

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Contribuir
a edificar la
civilización
del amor





Sumario

EDITORIALES

Intención de oración
para el mes de marzo en página 3

Entrevista con el cardenal Secretario
de Estado sobre lo que está ocurriendo
en Oriente Medio en páginas 4-6

Entrevista con Luis Gabriel Moreno Ocampo, el
primer fiscal de la Corte Penal Internacional entre
2003 y 2012 SILVINA PÉREZ en páginas 7-9

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

En Chiclayo, la misa celebrada por el cardenal Czer-
ny, enviado especial del Papa para la Jornada Mun-
dial del Enfermo en páginas 11-13

Jornada Mundial del Enfermo
en Chiclayo, Perú en páginas 14-15

Entrevista con Mons. Jesús Ruiz Molina,
misionero y obispo en República Centroafricana
LORENA PACHO en páginas 16-18

La Academia Pontificia para la Vida reflexiona
sobre “Salud para todos. Sostenibilidad y Equidad”
ROCÍO LANCHO en páginas 19-21

REGRESAR AL CONCILIO VATICANO II

Lumen Gentium, espejo del Exitus
y Reditus de la creación
ARTURO LÓPEZ en páginas 23-25

TIEMPO DE CUARESMA

Mensaje del Papa para la
Cuaresma 2026 en páginas 27-28

Homilía del Papa León XIV
en la santa misa, bendición e imposición
de Cenizas en páginas 29-31

VIAJE DEL PAPA A ESPAÑA

Mons. Argüello anuncia la colaboración de Ecclesia
con L'Osservatore Romano en páginas 32-35

La Iglesia española celebra la visita
de León XIV en páginas 36-37

La archidiócesis celebra su primera
Asamblea Presbiteral “Convivium”
Rocío Lancho García en páginas 38-40



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

Reza con el Papa: Por el desarme y la paz



En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor de la Vida,

que moldeaste a cada ser humano a tu imagen y semejanza,

creemos que nos creaste para la comunión, no para la guerra,

para la fraternidad, no para la destrucción.

Tú que saludaste a tus discípulos diciendo: “La paz esté con vosotros”,

concédenos el don de tu paz

y la fortaleza para hacerla realidad en la historia.

Hoy elevamos nuestra súplica por la paz en el mundo,

rogando que las naciones renuncien a las armas

y elijan el camino del diálogo y la diplomacia.

Desarma nuestros corazones del odio, el rencor y la indiferencia,

para que podamos ser instrumentos de reconciliación.

Ayúdanos a comprender que la verdadera seguridad

no nace del control que alimenta el miedo,

sino de la confianza, la justicia y la solidaridad entre los pueblos.

Señor, ilumina a los líderes de las naciones,

para que tengan la valentía de abandonar proyectos de muerte,

detener la carrera armamentista,

y poner en el centro la vida de los más vulnerables.

Que nunca más la amenaza nuclear condicione el futuro de la humanidad.

Espíritu Santo,

haz de nosotros constructores fieles y creativos de paz cotidiana:

en nuestro corazón, nuestras familias,

nuestras comunidades y nuestras ciudades.

Que cada palabra amable, cada gesto de reconciliación

y cada decisión de diálogo sean semillas de un mundo nuevo.

Amén.

Papa León XIV

Las guerras preventivas corren el riesgo de incendiar el mundo

ANDREA TORNIELLI

"Es realmente preocupante este debilitamiento del derecho internacional: a la justicia la ha sustituido la fuerza". El cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de la Santa Sede, habla con los medios vaticanos sobre la guerra en curso en Oriente Medio y observa con inquietud que "se está afirmando peligrosamente un multipolarismo caracterizado por el primado de la fuerza y la autorreferencialidad".

Eminencia, ¿cómo está viviendo estas horas dramáticas?

Con gran dolor, porque los pueblos de Oriente Medio, incluidas las ya frágiles comunidades cristianas, han vuelto a caer en el horror de la guerra, que quiebra brutalmente vidas humanas, produce destrucción y arrastra a naciones enteras a espirales de violencia de desenlace incierto. El domingo pasado, en el Ángelus, el Papa habló de una "tragedia de proporciones enormes" y del riesgo de un "abismo irreparable". Son palabras más que elocuentes para describir el momento que estamos atravesando.

¿Qué piensa del ataque estadounidense e israelí contra Irán?

Considero que la paz y la seguridad deben cultivarse y buscarse a través de las posibilidades que ofrece la diplomacia, especialmente la ejercida en los organismos multilaterales, donde los Estados pueden resolver los conflictos de manera incruenta y más justa. Tras la Segunda Guerra Mundial, que causó alrededor de 60 millones de muertos, los padres fundadores, con la creación de la Organización de las Naciones Unidas, quisieron ahorrar a sus hijos los horrores que ellos mismos habían vivido. Por eso, en la Carta de la ONU establecieron indicaciones precisas sobre la gestión de los conflictos.

Hoy, esos esfuerzos parecen haberse desvanecido. Más aún, como recordó el Papa al Cuerpo Diplomático a comienzos de año, "a una diplomacia que promueve el diálogo y busca el consenso de todos, se está sustituyendo una diplomacia de la fuerza, de individuos o de grupos de aliados", y se piensa que la paz puede perseguirse



"mediante las armas". Cuando se habla de las causas de una guerra, es complejo determinar quién tiene razón y quién no. Lo que sí es seguro es que siempre producirá víctimas y destrucción, además de efectos devastadores sobre la población civil. Por eso, la Santa Sede prefiere insistir en la necesidad de utilizar todos los instrumentos que ofrece la diplomacia para resolver las disputas entre los Estados. La historia ya nos ha enseñado que solo la política, con el esfuerzo de la negociación y la atención al equilibrio de intereses, puede aumentar la confianza entre los pueblos, promover el desarrollo y preservar la paz.

La justificación del ataque ha sido impedir la fabricación de nuevos misiles, en definitiva, una "guerra preventiva"...

Como establece la Carta de la ONU, el recurso a la fuerza debe considerarse únicamente como última y gravísima instancia, después de haber utilizado todos los instrumentos del diálogo político y diplomático, tras evaluar cuidadosamente los límites de la necesidad y la proporcionalidad, sobre la base de verificaciones rigurosas y motivaciones fundadas, y siempre en el marco de una gobernanza multilateral.

Si se reconociera a los Estados el derecho a la "guerra preventiva", según criterios propios y sin un marco jurídico supranacional, el mundo entero correría el riesgo de verse envuelto en llamas. Es realmente preocupante este debilitamiento del derecho internacional: a la justicia la ha sustituido la fuerza; a la fuerza del derecho la ha reemplazado el derecho de la fuerza, con la convicción de que la paz solo puede nacer después de que el enemigo haya sido aniquilado.

¿Qué peso tienen las masivas manifestaciones de las últimas semanas en Irán, sofocadas en sangre? ¿Pueden olvidarse? Ciertamente no; también esto ha sido motivo de profunda preocupación. Las aspiraciones de los pueblos deben ser tomadas en consideración y garantizadas dentro de un marco legal que permita a todos expresar libre y públicamente sus ideas, y esto vale también para el querido pueblo iraní. Al mismo tiempo, nos podemos preguntar



Se ha debilitado la conciencia de que el bien común beneficia verdaderamente a todos, es decir, que el bien del otro es también un bien para mí; por tanto, la justicia, la prosperidad y la seguridad se realizan en la medida en que todos puedan beneficiarse de ellas. Este principio está en la base de la creación del sistema multilateral o de un proyecto audaz como el de la Unión Europea

si realmente se piensa que la solución puede llegar mediante el lanzamiento de misiles y bombas.

¿Por qué el derecho internacional y la diplomacia atraviesan hoy este punto de declive?

Se ha debilitado la conciencia de que el bien común beneficia verdaderamente a todos, es decir, que el bien del otro es también un bien para mí; por tanto, la justicia, la prosperidad y la seguridad se realizan en la medida en que todos puedan beneficiarse de ellas. Este principio está en la base de la creación del sistema multilateral o de un proyecto audaz como el de la Unión Europea. Esa conciencia se ha atenuado, dando lugar a un mayor apetito por los propios intereses.

Esto tiene otra consecuencia: el sistema de la diplomacia multilateral en las relaciones entre los Estados vive una crisis profunda, entre otras cosas por la desconfianza que estos sienten hacia los vínculos jurídicos que limitan su acción. Esta actitud representa la otra cara de la voluntad de



poder: el deseo de actuar libremente, de imponer a otros el propio orden, evitando el dramático pero noble esfuerzo de la política, hecho de discusiones, negociaciones, ventajas

para uno mismo y concesiones a los demás.

Se está afirmando peligrosamente un multipolarismo caracterizado por el primado de la fuerza y la autorreferencialidad. Lamentablemente, se vuelven a cuestionar principios como la autodeterminación de los pueblos, la soberanía territorial y las normas que regulan la propia guerra (*ius in bello*). Se pone en tela de juicio y se va dejando de lado todo el aparato construido por el derecho internacional en ámbitos como el desarme, la cooperación al desarrollo, el respeto de los derechos fundamentales, la propiedad intelectual y los intercambios y tránsitos comerciales.

Y sobre todo parece haberse perdido la conciencia de lo que ya escribió Immanuel Kant en 1795: "La violación del derecho en un punto de la Tierra se siente en todos los demás". Aún más grave, en ciertos aspectos, es invocar el derecho internacional según la propia conveniencia.

¿A qué se refiere?

Me refiero a que hay casos en los que la comunidad internacional se indigna y se moviliza, y otros en los que no lo hace o lo hace con mucha más tibieza, dando la impresión de que existen violaciones del derecho que deben sancionarse y otras que pueden tolerarse; víctimas civiles que deben deplorarse y otras que pueden considerarse como "daños colaterales".

No hay muertos de primera y de segunda categoría, ni personas que tengan más derecho a vivir que otras solo por haber nacido en un continente u otro o en un determinado país. Quisiera subrayar la importancia del derecho internacional humanitario, cuyo respeto no puede depender de

las circunstancias ni de intereses militares o estratégicos.

La Santa Sede reitera con firmeza su condena de toda forma de implicación de civiles y de estructuras civiles -como residencias, escuelas, hospitales y lugares de culto- en operaciones militares, y pide que se proteja siempre el principio de la inviolabilidad de la dignidad humana y de la sacralidad de la vida.

¿Qué perspectivas a corto plazo ve para esta nueva crisis?

Espero y rezo para que el llamamiento a la responsabilidad que el Papa León XIV dirigió el domingo pasado sea acogido y logre tocar el corazón de quienes toman las decisiones. Deseo que cese pronto el estruendo de las armas y se vuelva a la negociación. No se debe vaciar de sentido el proceso negociador: es fundamental conceder el tiempo necesario para que pueda llegar a resultados concretos, actuando con paciencia y determinación.

Además, debemos reconocer que el orden internacional ha cambiado profundamente respecto al diseñado hace ochenta años con la creación de la ONU. Sin nostalgias del pasado, es necesario contrarrestar toda deslegitimación de las instituciones internacionales y promover el fortalecimiento de normas supranacionales que ayuden a los Estados a resolver pacíficamente sus disputas, mediante la diplomacia y la política.

¿Qué esperanza hay ante todo esto?

Los cristianos esperan porque confían en el Dios hecho Hombre, que en Getsemaní ordenó a Pedro envainar la espada y que en la Cruz vivió en primera persona el horror de la violencia ciega e insensata. Esperan también porque, a pesar de las guerras, las destrucciones, las incertidumbres y un extendido sentimiento de desconcierto, desde muchas partes del mundo siguen elevándose voces que reclaman paz y justicia.

¡Nuestros pueblos piden paz! Este clamor debería sacudir a los gobernantes y a quienes actúan en el ámbito de las relaciones internacionales, impulsándolos a multiplicar los esfuerzos por la paz.

La guerra produce venganza, la justicia sirve para evitarla

Las reflexiones del primer fiscal de la Corte Penal Internacional entre 2003 y 2012, protagonista del juicio contra las juntas militares argentinas en 1985, sobre la actualidad internacional y las guerras en curso: «Ninguna necesidad de seguridad nacional puede justificar los crímenes contra la población civil».

SILVINA PÉREZ

Mientras la guerra en Ucrania entra en su cuarto año y el conflicto en Gaza sigue produciendo una crisis humanitaria de proporciones dramáticas, Luis Moreno Ocampo lanza una advertencia contundente: «Ninguna exigencia de seguridad nacional puede justificar crímenes contra la población civil».

Primer fiscal jefe de la Corte Penal Internacional entre 2003 y 2012 y figura clave del histórico juicio a las Juntas militares argentinas en 1985, Moreno Ocampo sostiene



que el derecho internacional no es una opinión moral, sino una herramienta concreta de prevención de los crímenes. El problema —advierte— no es la falta de normas, sino la ausencia de voluntad política para aplicarlas. L'Osservatore Romano lo ha entrevistado.

Una justicia sin consenso político global

A cuatro años del inicio del conflicto en Ucrania y con Gaza aún atrapada en un conflicto sin salida, ¿tiene todavía la justicia internacional capacidad para incidir en la realidad de los conflictos?

Diría más bien que estamos pagando el precio de haberla construido sin un verdadero consenso político global. La guerra acompaña a la humanidad desde hace cinco mil años; la diplomacia tiene unos cuatro siglos de historia; la justicia internacional apenas veinte. Ese desequilibrio importa.

A escala mundial no existe una institución central capaz de garantizar la resolución pacífica de los conflictos ni de proteger efectivamente a las personas.

¿Cuál es el nudo estructural de esta fragilidad?

El hecho de que no exista un

gobierno global. El mundo está gobernado por Estados que actúan según intereses nacionales, no globales. De ahí surge una fractura permanente. Existe una Corte Internacional de Justicia que resuelve controversias entre Estados, pero solo 78 países aceptan su jurisdicción obligatoria, de un total de 195. Es un dato elocuente.

¿Y la Corte Penal Internacional? ¿No nace precisamente para llenar ese vacío?

Es la institución más reciente y más innovadora del sistema. No resuelve conflictos entre Estados: investiga crímenes. Protege a las víctimas de atrocidades masivas y afirma la responsabilidad penal individual, incluso en los niveles más altos del poder. Sin embargo, muchos de los conflictos más graves involucran a Estados que no reconocen su jurisdicción. No se trata solo de un límite coyuntural, sino estructural.

El derecho internacional frente a la lógica del poder

Entonces, ¿el derecho internacional es rehén de las relaciones de fuerza?

El derecho internacional no puede funcionar si se lo deja solo. El sistema creado por el Estatuto de Roma no es únicamente un tribunal: es una red de Estados que se comprometen a poner fin a la impunidad. Pero ese compromi-

so depende del apoyo de los ciudadanos y de los líderes políticos. Sin ese respaldo, la justicia queda expuesta a la selectividad.

Muchos observadores hablan precisamente de una aplicación selectiva de las normas.

Es una percepción comprensible. Pero el problema más profundo es otro: seguimos pensando el mundo con categorías del siglo XIX. Faltan pensadores y dirigentes capaces de ir más allá del Estado-nación. Los Estados siguen siendo indispensables, pero no suficientes para afrontar problemas globales.

¿Qué problemas exigen ese salto de escala?

El genocidio, los crímenes contra la humanidad, las violencias sistemáticas, los crímenes de guerra. Pero también el cambio climático y las pandemias. Son problemas globales y, frente a ellos, la soberanía nacional no basta. Se necesita un nivel de gobernanza más amplio.

¿Las Naciones Unidas no deberían desempeñar ese papel?

La Carta de las Naciones Unidas no establece la igualdad. Otorga autoridad legal a cinco países para imponer sus intereses. Por eso, en la práctica, el Consejo de Seguridad está paralizado por el derecho de veto de sus cinco miembros permanentes. Rusia lo ejerce sobre las resolucio-

nes relativas a Ucrania; Estados Unidos sobre las que afectan a Israel. El resultado es la inmovilidad. Tenemos que aprender a superar ese problema.

Guerra, tecnología y responsabilidad global

La tecnología nos muestra todo en tiempo real, pero no parece ayudarnos a detener la violencia.

Vivimos en un mundo con comunicación global, pero sin un sistema político global. Vemos de inmediato lo que ocurre en Ucrania, en Gaza o en Siria, pero no existe una institución que represente realmente a la comunidad global. El ser humano siente empatía por lo cercano, no por lo lejano. Pero la tecnología también puede ayudarnos. La inteligencia artificial se usa para la guerra y para vender mejor; también podemos utilizarla para detener genocidios y mejorar la protección del medio ambiente.

¿La guerra sigue siendo entonces un instrumento “normal” de las relaciones internacionales?

Durante milenios lo fue. Hoy ya no. El desarrollo de las armas nucleares y de destrucción masiva ha convertido la guerra en un mecanismo obsoleto. La civilización no sobreviviría a una tercera guerra mundial. Seguir pensando la guerra como una solución significa ignorar esta realidad.

Usted insiste a menudo en la contraposición entre guerra y justicia.

Son dos métodos distintos para enfrentar la violencia y producen efectos opuestos. La guerra genera venganza; la justicia sirve para impedirla. La guerra obliga a tomar partido —con Israel o con Palestina—, mientras que la justicia permite situarse del lado de las víctimas, de todas las víctimas: israelíes y palestinas, ucranianas y rusas. Desde hace décadas respondemos al terrorismo con venganza. Y no funciona.

¿Qué hace falta, entonces, para salir de este ciclo?

Rediseñar las instituciones. Los problemas del siglo XXI —del clima a las guerras entre Estados, del terrorismo global a las desigualdades— no pueden afrontarse con estructuras jurídicas diseñadas entre los siglos XVII y XVIII. Es un problema de diseño, no solo de liderazgo.

La tecnología nos muestra todo en tiempo real, pero no parece ayudarnos a detener la violencia.

Vivimos en un mundo con comunicación global, pero sin un sistema político global. Vemos de inmediato lo que ocurre en Ucrania, en Gaza o en Siria, pero no existe una institución que represente



realmente a la comunidad internacional.

Sin embargo, la tecnología sí puede ayudarnos.

Hoy la inteligencia artificial se utiliza para hacer la guerra o para optimizar los mercados; también puede emplearse para prevenir genocidios y reforzar la protección del medio ambiente.

En este contexto, el papel del Papa León XIV es de vital importancia.

Es una autoridad moral global, capaz de trazar una dirección y de encauzar el debate sobre bases éticas universales.

En septiembre de 2025 participé en un encuentro con el Santo Padre dedicado a estos temas y pude constatar directamente hasta qué punto este compromiso es para él concreto y central.

¿Es un objetivo realista?

Será difícil y llevará tiempo cambiar la arquitectura legal, pero podemos poner la inteligencia artificial al servicio de un mejor funcionamiento del sistema jurídico existente.

Los medios se centran en lo que deciden líderes políticos como Putin, Netanyahu o Trump, pero hay muchas otras personas con poder de decisión.

El fallo de la Corte Suprema de Estados Unidos sobre los aranceles es un buen ejemplo. La historia demuestra que la cooperación entre Estados no es una utopía.

Pero requiere innovación institucional y personas dispuestas a participar en los acontecimientos, no solo a comentarlos.

Pongamos la inteligencia artificial al servicio de esas personas y transformemos el orden global.

Eso es posible.



La compasión
del samaritano:
amar llevando
el dolor del otro

En Chiclayo, la misa celebrada por el cardenal Czerny, enviado especial del Papa para la Jornada Mundial del Enfermo

Colaborar con los demás por el bien de los más vulnerables

Estar cerca de quienes padecen enfermedades lleva a la conversión del corazón, crea comunidad y es una expresión concreta de amor a Dios. Así lo destacó ayer, 11 de febrero, festividad de Nuestra Señora de Lourdes, el cardenal jesuita Michael Czerny, Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (DSSUI) y enviado especial del Papa, al presidir la misa en el santuario peruano de Nuestra Señora de la Paz en Chiclayo, con motivo de la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el cardenal.

Lecturas: 2 Re 20, 1-6; Sal 101; St 5, 13-16; Mt 8, 5-17

Queridos hermanos y hermanas, es para mí una alegría y un honor poder transmitirles el saludo y la palabra de su Obispo emérito y nuestro Santo Padre León XIV con motivo de la celebración de la Trigésima cuarta Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra de manera solemne precisamente aquí, en Chiclayo, Perú. El Papa León, que tiene un vínculo especial con esta tierra por haber ejercido su ministerio como misionero y obispo entre ustedes durante varios años, hace referencia en su Mensaje para esta jornada precisamente a esa experiencia personal de vida como una ocasión en la que pudo constatar «cómo

muchas personas comparten la misericordia y la compasión», según el estilo sugerido por la parábola del Buen Samaritano, icono bíblico de esta Jornada. Queridos hermanos, esta indicación me parece particularmente

gicas abstractas. Se puede hablar de este amor solo a partir de la propia experiencia y fe personal, así como a través del recuerdo vivo de las ocasiones en que hemos sido testigos de este amor «en acción».

Aprendiendo del Santo Padre, por lo tanto, en esta Eucaristía queremos presentar también nosotros al Dios de la Vida nuestra íntima gratitud por todas las veces que, de algún modo, hemos sido partícipes de ese amor que cura y salva.

En este camino, no estamos lejos



significativa y también reviste una importancia especial para nosotros: el amor que lleva el dolor del otro, en el centro del mensaje del Papa, no puede reducirse a una mera idea, resultado de reflexiones teológicas o socioló-

de los muchos rostros y nombres que pueblan las páginas de las lecturas que acabamos de proclamar: personas que han experimentado personalmente la sanación, como Isaías, el salmista, el centurión y muchos otros. Si

hay un hilo conductor que une a todos estos personajes bíblicos, ¡y a cada uno de nosotros con ellos!, es precisamente la experiencia de ese amor divino que, «llevando el dolor del otro», puede dar vida, salud y salvación. Unidos por la experiencia del dolor y del amor que sana, también nosotros podemos encontrarnos en las palabras que León XIV nos transmitió en su Mensaje: «Ser uno en el Uno supone sentirnos verdaderamente miembros de un cuerpo en el que llevamos, según nuestra propia vocación, la compasión del Señor por el sufrimiento de todos

los hombres. Es más, el dolor que nos conmueve no es un dolor ajeno, es el dolor de un miembro de nuestro propio cuerpo al que nuestra Cabeza nos manda acudir para el bien de todos».

Partiendo de aquí, quisiera detenerme en tres aspectos que nos sugieren la Palabra de Dios y el Mensaje del Santo Padre.

En primer lugar, si la del amor que sana es, y debe ser, una experiencia personal, siempre se perfila como un verdadero camino de «conversión» para quien decide hacerse cargo del dolor del otro. Reflexionando sobre el profeta Isaías, que, en la primera lectura, casi adaptándose al «cambio» de Dios hacia Ezequías, primero le anuncia la muerte inminente a este último



(cf. 2 Re 20, 1), pero luego, cuando está a punto de marcharse, es llamado a volver atrás para llevar al rey, en nombre de Dios, una noticia completamente diferente, que le devuelve la esperanza de curación y vida (cf. 2 Re 20, 4-5). Sí, queridos hermanos y hermanas, ¡el amor es un proceso de conversión, en el sentido más auténtico del término! Se trata de «mirar con los ojos de Dios», de no conformarse con proclamar fríamente profecías nefastas o anunciar diagnósticos trágicos, sino, más bien, de estar siempre dispuestos a cambiar de rumbo, para inclinarse con esperanza, una y otra vez, hacia el otro.

Como escribe el Papa, basándose en una cita de san Agustín, «nadie es prójimo de otro sino

cuando se acerca voluntariamente a él. [...] El amor no es pasivo, va al encuentro del otro; ser prójimo no depende de la cercanía física o social, sino de la decisión de amar».

Pidámosle hoy al Señor este primer don: ser prójimo del otro para que sea capaz de «convertirme» a él, para que su dolor, del que quiero hacerme cargo, cambie radicalmente el rumbo de mis sentimientos, de mis pensamientos, de mis planes. Así podré aprender, según las palabras del Pontífice, que «la participación personal en los sufrimientos del otro impli-

ca el darse a sí mismo, supone ir más allá de cubrir necesidades, para llegar a que nuestra persona sea parte del don».

Un segundo aspecto digno de mención se refiere, por tanto, a la misión compartida en el cuidado de los enfermos. El Santo Padre se detiene ampliamente en este punto en la segunda parte de su Mensaje, en la que afirma la «dimensión social» de la compasión, mostrando cómo «esta experiencia, que se realiza en un entramado de relaciones, supera el mero compromiso individual». A este respecto, me gustaría mencionar las valiosas indicaciones que el apóstol Santiago nos ofrece hoy en la segunda lectura: «¿Está enfermo alguno de ustedes?, que llame a los presbí-

teros de la Iglesia, para que oren por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor» (St 5, 14) y aún más: «confiesen mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados» (St 5, 16).

En estas palabras, que podemos reconocer como trasfondo de los llamados «sacramentos de sanación», que hoy celebramos en este santuario, sobre todo en beneficio de los más débiles y heridos, se puede encontrar una muestra de la eficacia de ese «principio comunitario» en la acción de la Iglesia de atención a los enfermos. Me gusta al menos evocar, en esta memoria de Nuestra Señora de Lourdes, lo que ocurre dentro de los límites de ese Santuario cargado del dolor y las esperanzas de salvación de tantos hombres y mujeres. Ellos, en la diversidad de los ministerios vinculados a las necesidades de cada enfermo, juntos pueden dar mucho más de lo que, a primera vista, cabría esperar de cada uno por separado. María es nuestra maestra en esto: como en Caná, así en Lourdes, así en todo lugar de sufrimiento, nos repite aquel «Hagan todo lo que él les diga» (Jn 2,5); lo hace con la dulzura y la firmeza maternas de quien, invitándonos a unir nuestras manos con las de los demás, nos confía de nuevo la misión de aunar nuestro compromiso personal al de todos aquellos que desean responder a la llamada divina, a la compasión y al cuidado.

Solo así Dios mismo puede seguir respondiendo a las necesi-



¡El amor es un proceso de conversión, en el sentido más auténtico del término! Se trata de «mirar con los ojos de Dios», de no conformarse con proclamar fríamente profecías nefastas o anunciar diagnósticos trágicos, sino, más bien, de estar siempre dispuestos a cambiar de rumbo, para inclinarse con esperanza, una y otra vez, hacia el otro.

dades de tantos, desplegando su acción salvífica a través del compromiso activo de quienes, unidos únicamente por el deseo de servir a los hermanos, se hacen cargo, juntos, de su dolor. Hoy, en este santuario dedicado a María, Nuestra Señora de la Paz, pedimos un segundo don: ser capaz de colaborar con los demás por el bien de todos y, sobre todo, de los más frágiles, ofreciendo lo que puedo y venciendo la tentación de ese individualismo desconfiado o, a veces, presuntuoso, que me aleja de mis hermanos en la misión de cuidar de a más necesitados.

Por último, el Papa nos recuerda en su Mensaje que «servir al pró-

jimo es amar a Dios en la práctica»; en otras palabras, como cristianos nunca podemos olvidar que nuestro amor por los demás es siempre expresión concreta de nuestro amor por Dios y que, a la inversa, no podemos decir ni pensar que amamos a Dios sin pasar por el camino del amor, es decir, el amor dado al otro que me necesita.

A este respecto, en el Evangelio de hoy, Jesús subraya dos veces el ejemplo de fe, la relación con Dios, del centurión (cf. Mt 8, 10.13). El amor del centurión hacia ese siervo enfermo y la esperanza de sentarse a la mesa «con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos» (Mt 8, 11) parecen encontrar precisamente en esta relación con Dios, de la que la fe es expresión, su «clave de bóveda».

Queridos hermanos y hermanas, ¡esta fe nos ha reunido hoy para celebrar la Eucaristía en la Jornada Mundial del Enfermo 2026! Nos estamos abriendo, más bien, a través de un diálogo «familiar» con Dios, como el del centurión, al encuentro de fe con Aquel que, presente y vivo entre ustedes, es la razón de su amor, de su esperanza y de sus acciones de amor. Pidamos, pues, al Señor el don de esa fe que Él alaba en el centurión, mientras con las palabras del salmista lo seguimos invocando, por nosotros y por toda la humanidad que sufre: «Señor, escucha mi oración y llegue a ti mi clamor. [...] Quede esto escrito para el tiempo futuro y un pueblo renovado alabe al Señor» (Sal 101, 2.19). Amén.

Jornada Mundial del Enfermo en Chiclayo, Perú

La compasión del samaritano

La XXXIV Jornada Mundial del Enfermo con el tema “La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro” se ha celebrado en forma solemne en la Diócesis de Chiclayo, Perú, del 9 al 11 de febrero 2026.

Para esta ocasión, el Papa León XIV nombró su enviado especial al Cardenal Michael Czerny SJ, Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (DSDHI).

Este evento eclesial contó con la participación del Nuncio Apostólico en Perú, Mons. Paolo Rocco Gualtieri; con Obispos y/o delegados de la pastoral de la salud de las 22 Conferencias Episcopales de Latinoamérica y El Caribe invitadas; con representantes de las 46 jurisdicciones eclesísticas de Perú y con una delegación de la Santa Sede formada por el secretario del Card. Czerny, don Joseph Savarimuthu y los oficiales del DSDHI: el sacerdote Patricio Sarlat y la periodista Mercedes De La Torre.

El 9 de febrero la delegación vaticana encabezada por el Card. Czerny ha visitado tres hospitales: la Unidad de Cuidados Paliativos y Emergencia del Hospital Almanzor Aguinaga Asenjo, el Servicio de Medicina Interna del Hospital Las Mercedes y a los pacientes de Medicina Interna y Emergencia del Hospital Belén en

Lambayeque.

Durante la visita a estos hospitales se vivieron momentos muy conmovedores gracias al encuentro con muchos pacientes, algunos de ellos, en condiciones de salud graves. El Card. Czerny llevó la cercanía y bendición del Santo Padre. La delegación de la Santa Sede también pudo conocer a muchos representantes del personal sanitario (médicos, enfermeros, enfermeras y numerosos voluntarios de la pastoral de la salud) para conversar sobre sus desafíos. A ellos, el enviado papal agradeció por su compromiso y dijo estar convencido que “su trabajo no es solo una profesión, sino un auténtico servicio a la vida y a la dignidad humana”.

“Gracias por su compromiso a favor del cuidado integral del enfermo -del cuerpo, de la mente y del espíritu- porque es una responsabilidad compartida que honra a la sociedad cuando se ejerce con justicia y humanidad”, señaló el Card. Czerny quien deseó a todos que esta Jornada Mundial del Enfermo “renueve en todos nosotros la certeza de que cuidar, acompañar y sanar -cuando es posible- son caminos privilegiados para anunciar el Evangelio de la vida”. Posteriormente, el Prefecto del DSDHI ha participado en un encuentro en la Universidad Católica Santo Toribio (USAT) con los



Obispos y los delegados de la pastoral de la salud de las Conferencias Episcopales de América Latina y El Caribe presentes.

Al día siguiente, 10 de febrero, se llevó a cabo un seminario académico - teológico - pastoral con el tema: “La compasión del samaritano, avance de cuidados paliativos en Latinoamérica y espiritualidad de atención integral del paciente”. En el simposio de estudio y reflexión, realizado en el teatro del Colegio Santo Toribio de Mogrovejo, intervinieron el Obispo de Chiclayo, Mons. Edison Farfán O.S.A.; el Secretario General del CELAM, Mons. Lizardo Estrada; el Prefecto del DSDHI, Card. Michael Czerny y los ponentes: Dr. Luis Solari de la Fuente, la Dra. Luz María Loo Palomino de Li y el sacerdote Alejandro Álvarez Gallegos.

Al finalizar el Simposio, el Card. Michael Czerny SJ junto a Mons. Edison Farfán O.S.A. presidieron una rueda de prensa y concedieron entrevistas con los periodistas acreditados a la Jornada Mundial del Enfermo (JME). En este encuentro, estuvo también presente el Nuncio Apostólico en Perú, Mons. Paolo Rocco Gualtieri.

El Obispo de Chiclayo recordó que el objetivo principal de la

JME fue "sensibilizar a la sociedad civil y a las instituciones sanitarias sobre la necesidad de asegurar la mejor asistencia posible a los enfermos, centrando su atención en la asistencia integral (física, afectiva y espiritual), la dignidad de la persona y la solidaridad, promoviendo el servicio a quienes sufren".

"Por el mismo estado de salud de las personas y la complejidad de los mismos, este punto de la jornada ha sido más íntimo y cercano", destacó Mons. Farfán quien reiteró que en los hospitales el Card. Michael Czerny "ha podido palpar la realidad, y de cada persona, ha dado palabras de aliento y compañía a todos: pacientes, familiares, agentes sanitarios, voluntarios y colaboradores eclesiales".

Por la tarde, todos los delegados de la JME viajaron a la cercana ciudad de Eten, localizada todavía en la Diócesis de Chiclayo en donde experimentaron muchos gestos de auténtica religiosidad popular. A su llegada, el Card. Czerny fue recibido con mucho afecto por numerosos habitantes de la población quienes lo acompañaron en procesión. Los numerosos Obispos y sacerdotes concelebraron una Misa en la parroquia de María Magdalena, escucharon el relato del Milagro Eucarístico ocurrido en 1649 y compartieron un momento fraterno con música, bailes y comida tradicional.

Finalmente, el 11 de febrero se llevó a cabo una Celebración Eucarística en el Santuario de Nuestra Señora de la Paz a las 9:00 a.m. (hora local) presidida por el Card.



Michael Czerny y concelebrada por el Nuncio Apostólico en el Perú, Mons. Paolo Rocco Gualtieri; el Obispo de Chiclayo, Mons. Edinson Farfán O.S.A.; el Secretario General del CELAM, Mons. Lizardo Estrada, y por los Obispos y delegados de la Conferencia Episcopal de Perú y de los países invitados.

En la Santa Misa, transmitida en cinco idiomas por Vatican Media junto a numerosas televisiones y radios en el mundo, participaron también centenares de personas con problemas de salud quienes recibieron el Sacramento de la Unción de los Enfermos.

Con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo, la Penitenciaría Apostólica concedió la indulgencia plenaria a los fieles que participaron a la celebración -personalmente y a través de los medios de comunicación- bajo las debidas condiciones establecidas.

Al concluir la concelebración eucarística, la delegación oficial visitó en forma privada el Monasterio de Nuestra Señora de la Paz y San José de Chiclayo, lugar que visitó en varias ocasiones el entonces Obispo del lugar, Mons. Robert Prevost. En la más de media hora

compartida con las religiosas de clausura, se pudieron intercambiar experiencias, entre otros temas, el cómo es la vida al interior de un Monasterio, del trabajo que realiza el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, de algunos de los desafíos de la Iglesia universal. El personal de la Nunciatura y la delegación vaticana recibieron galletas artesanales realizadas por las religiosas de clausura y aseguraron sus oraciones por todas las intenciones compartidas.

Por último, antes de despedirse de Chiclayo, la Casa Jesuita "Santa María" compartió un momento fraterno con el enviado papal, el Nuncio Apostólico en Perú, el Obispo local y sus acompañantes en el cual el Card. Czerny mantuvo un diálogo espontáneo y respondió a las preguntas de los asistentes que viajaron de diferentes partes del Norte de Perú.

Además, la delegación pudo escuchar piezas musicales de la Orquesta sinfónica de Chiclayo y ver preciosas danzas tradicionales peruanas, como la marinera, que fueron interpretados por bailarines, entre ellos, una pareja de talentosos niños.

“El Evangelio debe producir vida”

Clínicas móviles para devolver salud y dignidad a un país olvidado

LORENA PACHO

En el corazón de África, la República Centroafricana es uno de los lugares más duros para vivir. Con casi seis millones de habitantes, más del 65% vive en pobreza extrema, la esperanza de vida — una de las más bajas del mundo — apenas supera los 52 años y la mortalidad infantil y materna se encuentran entre las más altas a nivel global.

El sistema sanitario es casi inexistente y la proporción de médicos por habitante, con sólo 0,6 sanitarios por cada diez mil personas, es una de las más bajas del planeta. Muchas personas ven a un médico por primera vez en su vida gracias a las clínicas móviles impulsadas por la Iglesia.

En medio de la guerra, los desplazamientos y el hambre, misioneros como Jesús

Ruiz Molina, comboniano y obispo de la diócesis de Mbaïki, no sólo evangelizan: llevan medicinas, curan heridas y devuelven dignidad a un pueblo que lucha cada día por sobrevivir. En esta entrevista con L'Osservatore Romano monseñor Ruiz reflexiona sobre la importancia de abrir pequeños espacios de esperanza en medio del abandono y el sufrimiento.

¿Cómo describiría la situación general de la población en términos de sanidad y acceso a servicios médicos?

La situación sanitaria en nuestro país es catastrófica. El Estado emplea siete euros por persona y año. Con esa inversión, la sanidad es prácticamente inexistente. De hecho, casi el 95 % de la población

¿Cómo afecta la falta de infraestructura y profesionales de la salud al bienestar de la comunidad local?

En un sistema donde prácticamente no existe la sanidad, los cuerpos están muy deteriorados. En este país la esperanza de vida es de unos 52 años, la mortalidad infantil supera el 10 % y la mortalidad materna al dar a luz es de las más altas del mundo.

Esto tiene consecuencias muy duras: las personas viven debilitadas y cualquier enfermedad tropical — especialmente el paludismo — puede resultar mortal.

Es una situación muy deprimente que afecta también a las familias, porque mucha gente muere muy joven. Además, quien logra acceder a la sanidad suele ser solo

quien tiene algo de dinero y puede viajar a la capital para encontrar un médico.

¿Qué proyectos de salud está promoviendo actualmente la diócesis?

En la diócesis tenemos tres puestos de salud atendidos por religiosas y el hospital de Bagandú, en plena selva, financiado por una diócesis de Polonia y dirigido por las Hermanas Misioneras Com-



con la que yo vivo nunca ha visto a un médico. En mi diócesis, con 400.000 habitantes, solo hay cuatro médicos, y muchas veces ni siquiera están en su puesto. La gente vive arrastrando enfermedades sin diagnóstico ni medicamentos. Esta situación empuja a muchos a recurrir a la superstición o la brujería buscando aliviar el dolor. Es una realidad muy triste.

bonianas. Además, contamos con tres centros de lucha contra la malnutrición, donde acompañamos a cientos de niños junto a sus madres.

Desde hace cuatro años organizamos también cuatro o cinco clínicas móviles al año con médicos centroafricanos de la capital que trabajan de forma gratuita. En la última participaron 22 doctores y se atendió a 1.200 personas. Estas clínicas visitan también la cárcel, donde hay unos 120 presos sin asistencia sanitaria, y comunidades muy vulnerables como el pueblo pigmeo.

A veces detectamos casos graves que enviamos a la capital para operar.

Intentamos ayudar como podemos en un lugar donde la infraestructura sanitaria es prácticamente inexistente, con el sueño de contar algún día con un hospital con médicos locales que puedan atender dignamente a la población.

¿Puede compartir algún ejemplo concreto de cómo estos proyectos han transformado la vida de la comunidad?

En los centros de malnutrición vemos muchos niños con desnutrición severa que, tras seis o diez meses de tratamiento, logran recuperarse. Además, formamos a las madres para mejorar la alimentación y prevenir nuevos casos.

En las clínicas móviles, donde todo es gratuito, mucha gente ve a un médico por primera vez después de años arrastrando enfermedades. Allí hemos detectado y tratado casos muy graves: niños ciegos que han sido operados y ahora

pueden ver o personas con úlceras tropicales o gangrenas que han recibido cirugía o prótesis.

Son ejemplos concretos de cómo una atención sanitaria básica puede devolver salud, dignidad y esperanza a personas que antes estaban completamente abandonadas. Es muy duro ver a la gente sufrir.

La Iglesia combina la atención espiritual con la asistencia material. ¿Cómo integra la dimensión pastoral con la atención sa-



nitaria en estos proyectos?

Nuestro lema es el Evangelio de Juan 10,10: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia”. Siempre he pensado que, si el Evangelio no genera vida, entonces no es el Evangelio de Jesús, porque por donde Él pasaba hacía crecer la vida. Por eso unimos la vida espiritual —la gracia, el perdón, la salvación— con el cuidado de la vida física.

El problema es que casi no tenemos medios ni profesionales. Mucha gente nunca ha visto un hospital ni puede pagar un médico.

A veces, en misa, la gente lleva litros de agua para que los bendiga, porque no tienen medicamentos. Aprovechamos esos momentos

para hacer catequesis y recordar que la fe no sustituye a la medicina, pero sí acompaña en el sufrimiento.

Por eso intentamos vivir una pastoral unificada: rezar y acompañar, pero también organizar las clínicas móviles, para que este pueblo tenga más vida y más dignidad.

Desde su experiencia, ¿qué enseñan los pacientes sobre sufrimiento, valentía y fe en un contexto de tanta necesidad?

En situaciones tan dramáticas, lo que más sorprende no es la solidaridad, sino la capacidad de la gente para vivir y soportar el sufrimiento. Muchos pacientes no pueden costear tratamientos como la diálisis —60.000 francos a la semana, cuando el sueldo base es 30.000 al mes— y deben abandonarlos, al igual que ocurre con otras enfermedades graves como el cáncer, ya que no hay medicinas ni equipos.

En estos momentos tengo varios casos gravísimos que no sé cómo solucionar con personas paralizadas completamente. Muchas familias tienen que dejar morir a sus seres queridos porque no tienen dinero para una operación.



A pesar de esto, las personas soportan el dolor con dignidad, enfrentan la muerte sin quejarse y mantienen una voluntad de vivir que es asombrosa. Lo que queda claro es su resistencia, su fortaleza y su humanidad frente a la carencia absoluta de recursos.

¿Cómo inspira la celebración de la Jornada Mundial del Enfermo a su comunidad y a los trabajadores de la salud?

Celebramos el Día del Enfermo con misa y palabras de consuelo. Además, a través de movimientos cristianos como San Vicente de Paul, la Legión de María o San José, promovemos la misericordia y la visita a los enfermos, así como un poco de prevención y apoyo familiar, guardando recursos para atender a quienes sufren.

En esta realidad, un enfermo puede significar un gasto enorme para la familia. Por eso fomentamos la solidaridad, ayudando a que puedan comer, tener medicamentos y recibir compañía y oración, combinando atención espiritual y práctica.

¿Qué papel desempeñan los médicos locales y voluntarios en estos proyectos?

El personal sanitario está casi todo en la capital, y pocos aceptan venir a zonas de riesgo sin medios ni medicamentos, lo que resulta muy frustrante para ellos. En la diócesis trabajamos con un grupo de unos 20 médicos locales – católicos, protestantes y musulmanes – que ofrecen su trabajo gratuitamente y se esfuerzan por atender, mostrando compasión por la población. Yo les hago ver que fuera de la capital la situación sanitaria es mucho peor si cabe, y cuando vienen a la diócesis se sorprenden de lo que es posible hacer. Les recuerdo: “si esto existe, es tu país”. El gran desafío es la fuga de cerebros: muchos médicos emigran o se unen a ONG extranjeras, donde incluso trabajar como chofer puede ser más rentable que ejercer la medicina en el país. Buscan mejores condiciones, lo que deja al país con muy pocos profesionales. Por eso valoramos aún más a quienes deciden quedarse y servir a pesar de las carencias extremas.

Sabemos que hay profesionales que han hecho historia en la medicina local. Desde su perspectiva pastoral, ¿qué nos enseña la historia del primer nefrólogo de la República Centroafricana, el doctor Cédric Ouanehpone, sobre vocación, servicio y esperanza en medio de tantas dificultades sanitarias?

El doctor Cédric Ouanehpone, primer nefrólogo del país, ha dedicado su vida a servir incluso en medio de la guerra, visitando barrios y atendiendo pacientes con valentía. Es una eminencia, se formó en Francia y rechazó una im-

portante oferta laboral allí para regresar a su país. Vive su trabajo como vocación cristiana, recordando que ha recibido mucho y debe darlo para que la gente viva.

Su ejemplo para mí es una esperanza de que podremos hacer un día algo distinto con la gente de aquí. Nos muestra que es posible construir una sanidad distinta, accesible para los pobres, liderada por africanos.

Personas como el doctor Cédric son una inspiración para nosotros, como misioneros combonianos nuestro lema es ‘salvar África con África’. Yo sueño con que sean los africanos los que inviertan en una sanidad distinta, que se preparen bien, por eso estamos preparando la universidad. Nuestro sueño es contar con un hospital propio donde también se forme a profesionales, ofreciendo esperanza frente a un sistema sanitario devastado y a los recortes internacionales que agravan la crisis.

¿Qué mensaje transmitiría a los fieles y a quienes quisieran apoyar los proyectos de salud en África?

Como cristiano y obispo, digo que el Evangelio debe producir vida aquí. Después de la muerte, eso no nos corresponde a nosotros, eso es a Dios, pero el evangelio es para crear vida aquí. Jesús curaba enfermedades y dolencias, y nuestra vocación misionera incluye atender la salud de la gente que sufre. Todo apoyo a ayuda a que un país joven como este – con más del 60% de la población menor de 16 años – pueda invertir su juventud y energía en crear vida y esperanza en su comunidad.

La Academia Pontificia para la Vida reflexiona sobre “Salud para todos. Sostenibilidad y Equidad”

Poner al paciente en el centro de la atención sanitaria



ROCÍO LANCHO GARCÍA

La Academia Pontificia para la Vida ha organizado en Roma del 16 al 17 de febrero, en el marco de la Asamblea Plenaria, un workshop internacional titulado “Salud para todos. Sostenibilidad y Equidad”.

Entre los diversos ponentes que han participado en el evento, se ha contado con la participación de dos españoles. Emili Bargalló es director de una de las unidades territoriales de la Orden San Juan de Dios, la que se corresponde con el este de España. Esta zona cuenta con 18 centros, algunos son hospitales y otros centros sociales: albergues para personas sin hogar, una fundación de atención a la dependencia, centros para personas con discapacidad o un centro universita-

rio. Federico de Montalvo es profesor ordinario de Derecho Constitucional en la Universidad Pontificia de Comillas y actualmente es profesor visitante durante este semestre en la Universidad LUMSA y la Gregoriana en Roma.

L'Osservatore Romano ha conversado con ambos especialistas, para profundizar en los temas abordados en sus respectivas ponencias y comentar el discurso que el Santo Padre pronunció cuando recibió a los participantes del encuentro.

Bargalló, en su ponencia, habló sobre la perspectiva católica y la sostenibilidad de los sistemas y organizaciones de salud occidentales. “Explicué cómo funciona el sistema sanitario y cómo está estructurado. Se divide en

tres bloques: macrogestión, mesogestión y microgestión”, explica. En la macrogestión, precisa, están los grandes elementos, las grandes piezas que marcan el funcionamiento del sistema. “Y esto se establece desde la ley de sanidad: las leyes marcan el desarrollo del proyecto. Este ámbito de acción va muy vinculado con la política”, asevera Emili. También existe la mesogestión, que es el espacio entre lo que dicen los políticos y lo que hacen los gestores en los centros sanitarios. “Es un espacio intermedio donde son muy relevantes todos los temas de coordinación. Es necesaria una coordinación entre los sectores sanitario y social. Actualmente se da con dificultad, hay mucho por mejorar”, afirma Bargalló. Otro gran bloque sería

la integración vertical dentro del propio sector sanitario, que tampoco es sencilla. El otro aspecto, la microgestión, es la coordinación entre servicios de un mismo centro. “El problema está en dónde ponemos al paciente. Si ponemos al paciente en el centro, hay cosas que a nivel organizativo hay que modificar”. Explica esto a través de un ejemplo: un paciente pluripatológico habitualmente tiene que ir al hospital seis o siete veces en un mes. En cambio, cuando se logra coordinar internamente, se puede atender al paciente en un solo día con los distintos servicios o procesos. Y así se logra afectar mucho menos a la vida diaria del paciente y de su familia.

Por otro lado, el experto asegura que la eficiencia no está reñida con la *charity*, al contrario. “Cuanto más eficientes podamos ser, más respuesta podremos dar. La clave está en el propósito y en los valores. Esa es nuestra clave y fortaleza: nosotros procuramos curar y cuidar. Cuando no se puede curar, siempre se puede cuidar a las personas en situación de vulnerabilidad para contribuir a la construcción de una sociedad más justa”, asegura Bargalló.

Reflexionando sobre la equidad y la sostenibilidad en el sistema sanitario, Emili reconoce que si se piensa de forma global puede

parecer desbordante ya que hay personas que no están suficientemente asistidas o fuera incluso del sistema. “El reto es mayúsculo, pero trabajando con esta mayor coordinación, buscando la integración y orientándose más al valor y no tanto a la mayor ac-



tividad. Es ahí donde podemos aportar más”, explica.

Otro aspecto que destaca es la relevancia de pensar en la prevención. A propósito, explica que existe la tendencia a mirar el sistema sanitario solo en sí mismo. “Pero la generación de salud empieza antes. Toda la prevención, promoción de la salud está en esa previa que es fundamental. El Papa hizo una referencia muy clara al tema de la prevención en la salud en su discurso”, explica Bargalló. El Pontífice también

advirtió que “a menudo se afirma que la vida y la salud son valores igualmente fundamentales para todos, pero esta afirmación resulta hipócrita si al mismo tiempo se ignoran las causas estructurales y las decisiones operativas que determinan las desigualdades.

A pesar de las declaraciones y proclamas, en realidad no todas las vidas son igualmente respetadas y la salud no se protege ni se promueve de la misma manera para todos”. Para intentar superar estas dificultades, Emili Bargalló apunta hacia “estas perspectivas que son mucho más amplias y no se centran solo en el sistema sanitario, sino que intentan ir más a buscar los determinantes de la salud, que son muy amplios”.

Por su parte, Federico de Montalvo en su ponencia abordó el derecho a la atención sanitaria

como derecho fundamental: cuando más puede ser menos. “Hace unos años, sobre todo con la crisis del 2008, varios países, entre ellos España, se plantearon la conveniencia de que el derecho a la protección a la salud, que tradicionalmente ha sido un derecho social por su impacto económico, se convirtiera en derecho fundamental. La idea era que, si se convierte en fundamental la posibilidad que tiene el Parlamento de limitarlo o restringirlo en una época de crisis,

se disminuye”. De Montalvo en su ponencia planteó que “esa idea de convertirlo en fundamental desde un plano más moral, filosófico, ético, tiene su razón de ser porque lo conectamos con la vida. También por la idea de la dignidad. Pero, prosigue, “cuando acabamos convirtiéndolo jurídicamente en un derecho fundamental, eso puede tener consecuencias que lo acaben debilitando o perjudicando”. El

rentes objeciones que hay a que los jueces decidan frente a un parlamento que tiene una visión general del gasto. Mi reflexión es sobre lo que puede ser teóricamente bueno y que puede acabar siendo malo.

Sobre el papel de la Iglesia en este debate, el experto asegura que lo que puede ofrecer es “a través del discernimiento, una reflexión y debate abierto, con propuestas que huyan de verdades

afirma que la Iglesia tiene un papel importante en materia de derecho a la salud. “Mi discurso va dirigido a evitar que ese derecho se acabe debilitando. Las tres grandes conquistas de nuestros estados son la justicia, la educación y la salud. Y esto es doctrina social de la Iglesia”, subraya.

Respecto al título del workshop internacional, cree que no es una utopía pensar en una atención sanitaria sostenible y equitativa. “La mayor construcción de las democracias europeas, es crear un estado social sanitario. Y esto ha generado sociedades más justas. Aunque es verdad que el sistema se enfrenta a retos difíciles”, precisa De Montalvo. Creo que la elección del tema de este año de la Pontificia Academia - prosigue - es muy interesante, porque es un tema clásico planteado en un momento que tiene mucha importancia

Finalmente, a propósito del discurso del Papa León XIV, destaca la visión general de la salud como algo más que un sistema sanitario. Es decir, la salud como algo más allá de la curación, como un entorno y condiciones de vida. Porque se puede dar una doble injusticia, los más vulnerables tienen más facilidad de enfermar y luego se les niega la asistencia. Del mismo modo, indica la referencia del Papa al Covid, y la idea de que la salud no es solo individuo, es comunidad. “La visión comunitaria significa derechos y responsabilidades. La sostenibilidad del sistema en parte la garantizo yo con mi conducta y hábitos”, explica el experto.



profesor explica que “se trata de un derecho que supone un gasto económico importante y, por tanto, realmente la política económica no podría corresponder a los jueces, como sucedería si se convierte en fundamental”. Es decir, “si es un derecho fundamental, un ciudadano al que se le niega un tratamiento podría acudir a un tribunal, y al final los jueces acabarían haciendo política económica, decidiendo en qué se gasta”. En mi ponencia - subraya Federico - planteé las dife-

preestablecidas o no bien fundamentadas”. Creo que la Iglesia -matiza- tiene la aspiración utópica del bien, pero también la aspiración humana del discernimiento sobre las consecuencias de eso que aparentemente es bueno. En este contexto “la Iglesia tiene una voz particularmente cualificada para expresar esta visión utópica de la esperanza con la visión de la realidad, y que quizá puede acabar perjudicando al más vulnerable cuando pretendo protegerlo”, asevera. Al respecto

REGRESAR AL CONCILIO VATICANO II



A propósito de las últimas catequesis del Papa sobre los textos del Concilio Vaticano II

Lumen Gentium, espejo del Exitus y Reditus de la creación



ARTURO LÓPEZ

El pasado miércoles 18 de febrero, ante una Plaza de san Pedro rebotante, el Papa León XIV, ofreció otra catequesis continuando la serie de reflexiones en torno a los documentos del Concilio Vaticano II. En concreto, su atención se centró en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, aprobada el 21 de noviembre de 1964.

Este documento, comentó el Pontífice «tomó de las Cartas de San Pablo el término “misterio”. Elijiendo este vocablo no quiso decir que la Iglesia es algo oscuro o incomprensible, como a veces comúnmente se piensa cuando se escucha pronunciar la palabra “misterio”. Exactamente lo contrario: de hecho, cuando San Pablo utiliza, sobre todo en la Carta a los Efesios, esta palabra quiere indicar una realidad que antes estaba escondida y que ahora ha sido revelada».

En esa misma catequesis, resuenan con mayor fuerza la invitación a la unidad que es el «plan de Dios que tiene un objetivo: unificar a todas las criaturas gracias a la acción reconciliadora de Jesucristo». Y, en concreto, esta acción «se llevó a cabo en su muerte en la cruz». La unidad deseada por

Dios, «se experimenta ante todo en la asamblea reunida para la celebración litúrgica», pues allí «las diversidades se relativizan». Y no se trata de un mero esfuerzo vacío de sentido o impuesto, sino que ese encontrarse juntos es «porque nos atrae el Amor de Cristo, que ha derribado el muro de separación entre personas y grupos sociales (cf. *Ef* 2,14)».

Posteriormente en la catequesis del pasado 4 de marzo, donde el Papa continuaba con el comentario sobre la *Lumen Gentium*, responde «a la pregunta sobre qué es la Iglesia» pues «ésta es descrita como “una realidad compleja”». Y es la *LG*, la que nos muestra la Iglesia gran riqueza de imágenes. Y leemos antes que nada que la Iglesia es, ante todo, «en Cristo, como un sacramento, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*LG*, 1). Y entre la variada serie de imágenes, la Iglesia se presenta como: redil y puerta (cf. *Jn.* 10,1-10); como Grey, con Cristo su pastor

(cf. *Is.* 40,11; *Ez* 34,11 ss). Es, también, labranza, o arada de Dios (cf. *1 Co* 3,9). Viña escogida (cf. *Mt.* 21,33-34 par.; cf. *Is.* 5,1 ss), donde Cristo mismo es la vid (cf. *Jn.* 15,1-5). Edificación de Dios (cf. *1 Co* 3,9) y Cristo como la piedra desechada por los constructores (cf. *Mt.* 21,42 par.; *Hch.* 4,11; *1 P* 2,7; *Sal.* 117,22). Casa de Dios (cf. *1 Tm* 3,15), habitación de Dios en el Espíritu (cf. *Ef* 2,19-22), tienda de Dios entre los hombres (*Ap.* 21,3), templo santo, la Jerusalén celestial (*Ga* 4,26; cf. *Ap.* 12,17), esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cf. *Ap* 19,7; 21,2 y 9; 22,17).

Dios, en Cristo, se revela a los hombres iluminándolos, desvelándoles su “cuerpo místico” en la Iglesia, y lo hace, precisamente, con el lenguaje propio del hombre, para crear esa familiaridad de la creatura con su creador. Y el objetivo de esta revelación es la redención de la creatura. En la cruz, podríamos decir que reivindica el llamado para que las creaturas vuelvan a él. Después del destierro del Paraíso por el pecado original, Cristo con su muerte, redime y llama a así a la obra de sus manos revelándole a su Iglesia como «misterio hecho perceptible», como lo dijo León XIV en esta catequesis, y añade que la *LG* «permite comprender la relación entre la acción unificadora de la Pascua de Jesús, que es misterio de pasión, muerte y resurrección, y la identidad de la Iglesia». Y al mismo tiempo, «nos hace sentir agradecidos por pertenecer a la Iglesia, cuerpo de Cristo resucitado y único pueblo de Dios peregrino en la historia, que vive como presencia santificadora en medio de una humanidad todavía fragmentada», esperando que vuelva a componerse, a reconstruir su imagen en la belleza del Bien, para asemejarse a la imagen de Dios, de quien es, también semejanza, para ser así, «signo eficaz de unidad y reconciliación entre los pueblos».

Estas imágenes de la Iglesia ilustran, se lee en *LG*, «la unión íntima con Dios», así como también «la unidad de todo el género humano». Y es que no podía ser de otro modo. Todo teólogo que se precie de ser tal, tiene clara su misión instructiva: estudiar, presentar, el camino, el modo, a partir de la revelación del “exitus de Dios”, marcando la condición de creatura, y posteriormente el “reditus”, el regreso de las creaturas a su origen, que es Dios. De hecho, Santo Tomas lo ilustra muy bien cuando escribe que «el teólogo considera las creaturas, en cuanto salieron del primer principio, y están ordenadas hacia su fin último que es Dios, de ahí que se le llame justamente divina sabiduría: porque (el teólogo) estudia la causa superior (altísima) que es Dios¹. Dante en su *Convivio* decía que «El deseo supremo de cada cosa, y lo primero que le da la naturaleza, es volver a su principio». Lo grandioso del misterio, es que no puede ser agotado en su totalidad. Deja siempre ese halo de trascendencia, diría casi de misticismo, para que así el hombre de cualquier época pueda sentirse atraído por “las cosas de arriba”, elevando su condición de creatura animal, de la tierra a las estrellas.



Todo teólogo que se precie de ser tal, tiene clara su misión instructiva: estudiar, presentar, el camino, el modo, a partir de la revelación del “exitus de Dios”, marcando la condición de creatura, y posteriormente el “reditus”, el regreso de las creaturas a su origen, que es Dios

Esta profundización de la Iglesia, leemos en LG, se vuelve más urgente dadas las «condiciones de nuestra época», los cuales están «más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, para, de este modo conseguir «la plena unidad en Cristo». Este mensaje habla por tanto al hombre de hoy en sus vínculos sociales, que implica estructuras económicas, políticas y hasta religiosas. A un hombre moderno que vive en una situación tecnológica concreta, que tiene que dar cuenta de la inteligencia artificial como parte de su idiosincrasia cotidiana, con toda la problemática que gira en torno a ello, como la falta de relacionalidad, la falta de empatía real por el afán de dar su propia imagen de modo sólo virtual, de la

soledad que implica el aislamiento del contacto con los hombres en pos de una vida completamente digitalizada.

Es, por ello, extremadamente importante el llamamiento de la LG a la unidad, salvando al hombre moderno perdido tantas veces en su peligrosa individualidad y soledad, en su condición de pecado y necesidad, pues como comentaba el Papa en la mencionada catequesis del 4 de marzo, es «precisamente a través de sus miembros y sus limitados aspectos terrenos, se manifiestan la presencia de Cristo y su acción salvadora».

Decir Amor, es insistir en su dimensión de Bien, Bondad y atracción, pues es propio del Bien el atraer (Santo Tomás decía del Bien que era *difusivum sui*). Dios en su plan divino quiere atraer a todas sus creaturas hacia sí, por la atracción del «Amor de Cristo», mostrando Su amor, mueve nuestro corazón, suscita en el fondo de nuestras almas ese anhelo de eternidad, porque ha vencido a la muerte con su muerte en la Cruz. Encontrarse, por tanto, juntos «celebrando, habiendo creído en el anuncio del Evangelio, y vivido como atracción ejercitada por la cruz de Cristo, que es la manifes-

tación suprema del amor de Dios».

Don, el de la fe. Camino, el que proyecta y realiza el alma en su vida terrenal. Encuentro de Dios y su creatura en el interior del alma y unidad de la humanidad en el sacramento, en la Liturgia, en la realización del misterio divino que se desvela al hombre para encender en él ese fuego de eternidad que ya ardía en el fondo de la naturaleza de cada persona humana. Un camino, por tanto, hacia «la plena unidad en Cristo».

Notas

¹«Sed theologus considerat creaturas, secundum quod a primo principio exierunt, et in finem ultimum ordinantur qui Deus est; unde recte divina sapientia nominatur: quia altissimam causam considerat, quae Deus est» Thomae Aquinatis, Scriptum super Sententiis, L.2, proemium.





Escuchar y ayunar. La Cuaresma como tiempo de conversión

Queridos hermanos y hermanas:
La Cuaresma es el tiempo en el que la Iglesia, con solicitud maternal, nos invita a poner de nuevo el misterio de Dios en el centro de nuestra vida, para que nuestra fe recobre su impulso y el corazón no se disperse entre las inquietudes y distracciones cotidianas.

Todo camino de conversión comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y la acogemos con docilidad de espíritu. Existe, por tanto, un vínculo entre el don de la Palabra de Dios, el espacio de hospitalidad que le ofrecemos y la transformación que ella realiza. Por eso, el itinerario cuaresmal se convierte en una ocasión propicia para escuchar la voz del Señor y renovar la decisión de seguir a Cristo, recorriendo con Él el camino que sube a Jerusalén, donde se cumple el misterio de su pasión, muerte y resurrección.

Escuchar

Este año me gustaría llamar la atención, en primer lugar, sobre la importancia de dar espacio a la Palabra a través de la *escucha*, ya que la disposición a escuchar es el primer signo con el que se manifiesta el deseo de entrar en relación con el otro.

Dios mismo, al revelarse a Moisés desde la zarza ardiente, muestra que la escucha es un rasgo distintivo de su ser: «Yo he visto la opre-

sión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor» (*Ex* 3,7). La escucha del clamor de los oprimidos es el comienzo de una historia de liberación, en la que el Señor involucra también a Moisés, enviándolo a abrir un camino de salvación para sus hijos reducidos a la esclavitud.

Es un Dios que nos atrae, que hoy también nos conmueve con los pensamientos que hacen vibrar su corazón. Por eso, la escucha de la Palabra en la liturgia nos educa para una escucha más verdadera de la realidad.

Entre las muchas voces que atraviesan nuestra vida personal y social, las Sagradas Escrituras nos hacen capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que no quede sin respuesta. Entrar en esta disposición interior de receptividad significa dejarnos instruir hoy por Dios para escuchar *como* Él, hasta reconocer que «la condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia».^[1]

Ayunar

Si la Cuaresma es tiempo de escucha, el *ayuno* constituye una práctica concreta que dispone a la acogi-



da de la Palabra de Dios. La abstinencia de alimento, en efecto, es un ejercicio ascético antiquísimo e insustituible en el camino de la conversión. Precisamente porque implica al cuerpo, hace más evidente aquello de lo que tenemos “hambre” y lo que consideramos esencial para nuestro sustento. Sirve, por tanto, para discernir y ordenar los “apetitos”, para mantener despierta el hambre y la sed de justicia, sustrayéndola de la resignación, educarla para que se convierta en oración y responsabilidad hacia el prójimo.

San Agustín, con sutileza espiritual, deja entrever la tensión entre el tiempo presente y la realización futura que atraviesa este cuidado del corazón, cuando observa que: «es propio de los hombres mortales tener hambre y sed de la justicia, así como estar repletos de la justicia es propio de la otra vida. De este pan, de este alimento, están repletos los ángeles; en cambio, los hombres, mientras tienen hambre, se ensanchan; mientras se ensanchan, son dilatados; mientras son dilatados, se hacen capaces; y, hechos capaces, en su mo-

mento serán repletos».[2] El ayuno, entendido en este sentido, nos permite no sólo disciplinar el deseo, purificarlo y hacerlo más libre, sino también expandirlo, de modo que se dirija a Dios y se oriente hacia el bien.

Sin embargo, para que el ayuno conserve su verdad evangélica y evite la tentación de enorgullecer el corazón, debe vivirse siempre con fe y humildad. Exige permanecer arraigado en la comunión con el Señor, porque «no ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios».[3] En cuanto signo visible de nuestro compromiso interior de alejarnos, con la ayuda de la gracia, del pecado y del mal, el ayuno debe incluir también otras formas de privación destinadas a hacernos adquirir un estilo de vida más sobrio, ya

que «sólo la austeridad hace fuerte y auténtica la vida cristiana».[4] Por eso, me gustaría invitarles a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse de utilizar palabras que afectan y lastiman a nuestro prójimo. Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato, a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad: en la familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos, en los me-

dios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y paz.

Juntos

Por último, la Cuaresma pone de relieve la dimensión comunitaria de la escucha de la Palabra y de la práctica del ayuno. También la Escritura subraya este aspecto de muchas maneras. Por ejemplo,



cuando narra en el libro de Nehemías que el pueblo se reunió para escuchar la lectura pública del libro de la Ley y, practicando el ayuno, se dispuso a la confesión de fe y a la adoración, con el fin de renovar la alianza con Dios (cf. *Né* 9,1-3).

Del mismo modo, nuestras parroquias, familias, grupos eclesiales y comunidades religiosas están llamados a realizar en Cuaresma un camino compartido, en el que la escucha de la Palabra de Dios, así como del clamor de los pobres y de la tierra, se convierta en forma de vida común, y el ayuno sostenga un arrepentimiento real. En este horizonte, la conversión no sólo concierne a la conciencia del indi-

viduo, sino también al estilo de las relaciones, a la calidad del diálogo, a la capacidad de dejarse interpelar por la realidad y de reconocer lo que realmente orienta el deseo, tanto en nuestras comunidades eclesiales como en la humanidad sedienta de justicia y reconciliación.

Queridos hermanos, pidamos la gracia de vivir una Cuaresma que haga más atento nuestro oído a

Dios y a los más necesitados. Pidamos la fuerza de un ayuno que alcance también a la lengua, para que disminuyan las palabras que hieren y crezca el espacio para la voz de los demás. Y comprometámonos para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde el grito de los

que sufren encuentre acogida y la escucha genere caminos de liberación, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor.

Los bendigo de corazón a todos ustedes, y a su camino cuaresmal.

Vaticano, 5 de febrero de 2026, memoria de santa Águeda, virgen y mártir.

LEÓN XIV PP.

[1] Exhort. ap. *Dilexi te* (4 octubre 2025), 9.

[2] S. Agustín, *La utilidad del ayuno*, 1, 1.

[3] Benedicto XVI, *Catechesis* (9 marzo 2011).

[4] S. Pablo VI, *Catechesis* (8 febrero 1978).

Sala Clementina

Viernes, 13 de febrero de 2026

Homilía del Papa León XIV en la santa misa, bendición e imposición de Cenizas

No detenerse entre las cenizas de un mundo que arden sino levantarse y reconstruir

Queridos hermanos y hermanas:

Al inicio de cada tiempo litúrgico, redescubrimos con una alegría siempre nueva la gracia de ser Iglesia, comunidad convocada para escuchar la Palabra de Dios. El profeta Joel nos alcanza con su voz, que saca a cada uno de su aislamiento y hace de la conversión una urgencia personal y pública al mismo tiempo: «Convoquen a la asamblea, congreguen a los ancianos, reúnan a los pequeños y a los niños de pecho» (Jl 2,16). Menciona a las personas cuya ausencia no sería difícil de justificar: las más frágiles y menos aptas para las grandes muchedumbres. Luego, el profeta nombra al esposo y a la esposa; parece sacarlos de su intimidad para que se sientan parte de una comunidad más grande. Después, toca el turno a los sacerdotes, que ya se encuentran –casi por obligación– «entre el vestíbulo y el altar» (v. 17); se les invita a llorar y a encontrar las palabras adecuadas para todos: «¡Perdona, Señor, a tu pueblo!» (v. 17).

La Cuaresma, también hoy, es un tiempo fuerte de comunidad: «Reúnan al pueblo, convoquen a la asamblea» (Jl 2,16). Sabemos cuán difícil resulta hoy en día reunir a las personas y sentirse pueblo, no



de manera nacionalista y agresiva, sino en la comunión en la que cada uno encuentra su lugar. Es más, aquí toma forma un pueblo que reconoce sus propios pecados, es decir, que el mal no proviene de supuestos enemigos, sino que ha entrado en los corazones, está en el interior de la propia vida y debe asumirse con valiente responsabilidad. Tenemos que admitir que se trata de una actitud contracorriente, pero que,

cuando es tan natural declararse impotente delante de un mundo que arde, constituye una alternativa auténtica, honesta y atractiva. Sí, la Iglesia existe también como profecía de comunidades que reconocen sus propios pecados.

Ciertamente, el pecado es personal, pero toma forma en los entornos reales y virtuales que frecuentamos, en las actitudes con las que nos condicionamos mutuamente, no pocas veces

dentro de verdaderas “estructuras de pecado” de orden económico, cultural, político e incluso religioso. Oponer el Dios vivo a la idolatría —nos enseña la Escritura— significa osar la libertad y reencontrarla a través de un éxodo, de un camino. Ya no paralizados, rígidos, seguros en nuestras posiciones, sino reunidos para ponerse en movimiento y cambiar. Qué raro es encontrar adultos que se arre-

«Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación» (2 Co 6,2). Percibamos, entonces, el alcance misionero de la Cuaresma, no para distraernos del trabajo que corresponde hacer sobre nosotros mismos, sino para abrirlo a tantas personas inquietas y de buena voluntad, que buscan caminos para una auténtica renovación de la vida, en el horizonte del Reino de Dios y de su justi-

durante una Audiencia general en la Basílica de San Pedro, el gesto que hoy estamos a punto de realizar. Habló de él como de una «ceremonia penitencial tan severa e impresionante» (*Audiencia general*, 23 febrero 1966), que impacta al sentido común y, al mismo tiempo, intercepta las preguntas de la cultura. Decía: «Nosotros, los modernos, podemos preguntarnos si esta pedagogía sigue siendo comprensible. Respondemos afirmativamente. Porque es una pedagogía realista. Es una severa llamada a la verdad. Nos devuelve a la visión correcta de nuestra existencia y nuestro destino» (*Idem*).

Esta “pedagogía penitencial” —decía san Pablo VI— «sorprende al hombre moderno bajo dos aspectos»: el primero es «el de su inmensa capacidad de ilusión, de autosugestión, de engaño sistemático a sí mismo sobre la realidad de la vida y sus valores». El segundo aspecto es “el pesimismo fundamental” que el Papa Montini encontraba en todas partes: «La mayor parte de la documentación humana que nos ofrecen hoy la filosofía, la literatura y el espectáculo —decía— concluye proclamando la ineludible vanidad de todas las cosas, la inmensa tristeza de la vida, la metafísica de lo absurdo y de la nada. Esta documentación es una apología de las cenizas».

Hoy podemos reconocer la profecía que contenían estas palabras y sentir, en las cenizas



pienten, personas, empresas e instituciones que admiten haber cometido un error. Hoy, entre nosotros, es precisamente esta posibilidad la que está en juego. Y no es casualidad que muchos jóvenes, incluso en contextos secularizados, sientan más que en el pasado, el llamamiento de este día, Miércoles de ceniza. Son los jóvenes, de hecho, los que perciben claramente que es posible una forma de vida más justa y que existen responsabilidades por aquello que no funciona en la Iglesia y en el mundo. Por lo tanto, hay que empezar por donde se pueda y con quien esté dispuesto a hacerlo.

cia.

«¿Por qué se ha de decir entre los pueblos: “¿Dónde está su Dios?”» (Jl 2,17). La pregunta del profeta es como un aguijón. Nos recuerda también aquellos pensamientos que nos conciernen y que surgen entre quienes observan al Pueblo de Dios desde afuera. La Cuaresma nos exhorta, de hecho, a esos cambios de rumbo —conversiones— que hacen nuestro anuncio más creíble.

Hace sesenta años, pocas semanas después de la conclusión del Concilio Vaticano II, san Pablo VI quiso celebrar públicamente el Rito de las Cenizas, haciendo visible para todos,

que se nos imponen, el peso de un mundo que arde en llamas, de ciudades desintegradas completamente por la guerra; las cenizas del derecho internacional y de la justicia entre los pueblos, las cenizas de ecosistemas enteros y de la concordia entre las personas, las cenizas del pensamiento crítico y de la sabiduría local ancestral, las cenizas de ese sentido de lo sa-

en efecto, no quedarnos entre las cenizas, sino levantarnos y reconstruir. Entonces, el Triduo Pascual, que celebraremos como culminación del camino cuaresmal, desplegará toda su belleza y su significado. Lo hará habiéndonos involucrado, a través de la penitencia, en el paso de la muerte a la vida, de la impotencia a las posibilidades de Dios.

los admirables testimonios que ahora se encuentran diseminados por todo el mundo? Reconocer los lugares, las historias y los nombres de quienes eligieron el camino de las Bienaventuranzas y llevaron sus consecuencias hasta el final. Una miríada de semillas que, incluso cuando parecían perdidas, enterradas, prepararon la abundante cosecha que nos toca re-



grado que habita en toda criatura.

“¿Dónde está su Dios?”, se preguntan los pueblos. Sí, queridos hermanos, la historia nos lo pregunta, y antes aún nuestra conciencia: llamar a la muerte por su nombre, llevar sus marcas en nosotros y, sin embargo, dar testimonio de la resurrección. Reconocer nuestros pecados para convertirnos es ya un presagio y un testimonio de resurrección. Significa,

Por eso, los mártires antiguos y contemporáneos brillan como pioneros de nuestro camino hacia la Pascua. La antigua tradición romana de las *stationes* cuaresmales —de las cuales la de hoy es la primera— es educativa: remite tanto al movimiento como peregrinos, cuanto a la parada —*statio*— ante las “memorias” de los mártires, sobre las que se levantan las basílicas de Roma. ¿No es acaso una invitación a seguir las huellas de

coger. La Cuaresma, como nos sugiere el Evangelio, liberándonos del deseo de ser vistos a toda costa (cf. *Mt* 6,2.5.16), nos enseña a ver más bien lo que nace, lo que crece; y nos impulsa a servirlo. Es la profunda sintonía que se establece con el Dios de la vida, nuestro Padre y el de todos, en el secreto de quien ayuna, ora y ama. A Él reorientamos, con sobriedad y con gozo, todo nuestro ser, todo nuestro corazón.

Próximo viaje apostólico del Papa a España

Acogiendo la invitación del Jefe de Estado y de las Autoridades eclesiásticas del país, el Santo Padre León XIV realizará un Viaje Apostólico a España del 6 al 12 de junio de 2026.

*El programa del viaje se dará a conocer a su debido tiempo.
(Declaraciones del Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni)*



Ante la próxima visita del Santo Padre León XIV

Una especial llamada a la comunión



MONS. LUIS JAVIER ARGÜELLO GARCÍA*



*Vendrá a visitarnos el
pastor universal, obispo
de Roma, para
ayudarnos a comprender
y vivir la experiencia de
la íntima relación entre
las Iglesias particulares
y la Iglesia toda*

La visita del Papa León XIV a España en el próximo mes de junio en sí misma es un regalo que, además, está lleno de ricas oportunidades. Recibiremos al sucesor de Pedro en la persona de Robert Francis Prevost un americano del Norte y del Sur; un matemático enriquecido con la Filosofía y Teología y con el corazón apasionado por San Agustín; religioso y obispo, misionero y administrador de la comunión. Una personalidad para el encuentro y la reconciliación entre tantas realidades sometidas hoy a dialécticas de contrarios.

Vendrá a visitarnos el pastor universal, obispo de Roma, para ayudarnos a comprender y vivir la experiencia de la íntima relación entre las Iglesias particulares y la Iglesia toda. El obispo de Roma, que preside en la caridad a todas las Iglesias, es principio de unidad y tiene un primado directo sobre cada una de ellas. La Iglesia universal nos es la suma o federación de Iglesias locales. Las Iglesias particulares existen en y a partir de la Iglesia toda con una mutua interioridad. El primado de Pedro asegura unidad doctrinal, sacramental y disciplinar y su autoridad directa es un servicio a la comunión. El Papa nos confirma en la fe para hacernos caer en la cuenta de que en cada una de las Iglesias particulares acontece la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Cada una de ellas está presidida por un sucesor de los apóstoles, unido colegial y sacramentalmente a Pedro, que pastore su respectiva Iglesia local cum Petro et sub Petro. Es una gran alegría poder vivir este coloquio que ayuda al obispo de Roma a conocer la realidad de la Iglesia universal que pastorea y que se en-

carna en cada una de las iglesias particulares. Es también una oportunidad para las Iglesias particulares para no cerrarse en una endogamia autocéfala, sino para saber que la razón de ser de su propia existencia, como Cuerpo y Esposa de Cristo, es la comunión visible y real con Pedro y a través de su ministerio y del Colegio de los Doce, con todas las Iglesias.

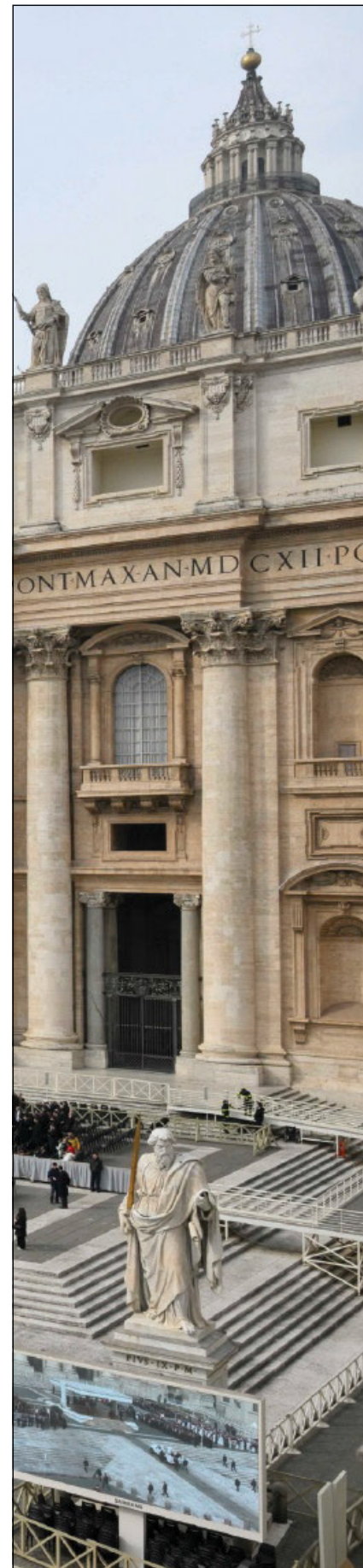
La visita de León XIV a España también ayuda a caer en la cuenta de que las iglesias particulares en un territorio nacional concreto viven una especial llamada a la comunión a través de Provincias eclesiásticas y Conferencia Episcopal para el discernimiento y el servicio compartido ante los desafíos comunes en la evangelización de una sociedad que tiene circunstancias culturales, económicas y políticas similares y que se dota además de una organización.

La visita apostólica constituye en sí misma una llamada a la comunión y, al mismo tiempo, un recordatorio del envío misionero, aquel que el día de la Ascensión de Jesucristo a los cielos reciben Pedro y los demás apóstoles: ¡Id y haced discípulos! Este mandato le acogemos en la Eucaristía que celebra la Iglesia extendida por toda la tierra. El Papa, que nos preside en la caridad, nos recordará en una gran *Statio Ecclesiae*, este imperativo constitutivo de la Iglesia misma desde su origen pascual antes de extenderse y aterrizar en las diversas partes del mundo, edificando así las Iglesias particulares que celebran la Eucaristía, conmemorando el acontecimiento pascual fuente de la alegría y el envío misionero.

La Iglesia española precisa de este coloquio de encuentro y comunión para impulsar la nueva hora de la evangelización de nuestro pueblo. La presencia del Papa en España y su encuentro con instituciones diversas de la sociedad española, en Madrid, Barcelona, Las Palmas y Tenerife será también una oportunidad para un nuevo diálogo entre Iglesia y sociedad que ensanche la mirada respecto a nuestros problemas locales y los abra a la universalidad; también dirigirá la mirada hacia la hondura de las cuestiones antropológicas y de sentido de la vida y de la historia que son fundamento y horizonte de los asuntos que nos preocupan. Su saludo de Paz nos convocará a una paz “desarmada y desarmante” en nuestras relaciones familiares, eclesiales y sociales.

El Papa, en su ministerio de pastoreo de la Iglesia universal, desde su condición de obispo de Roma, cuenta con el apoyo de los diversos servicios de la Curia romana, por eso, es una buena iniciativa la colaboración entre *L’Osservatore Romano* y la revista de la CEE *Ecclesia* para ayudarnos a todos en esta visita. Ayudar al Papa y a sus colaboradores a un conocimiento mayor de la realidad de la Iglesia española y ayudar también a la Iglesia española a crecer en la alegría de acoger al que viene en nombre del Señor; en la comunión, porque viene quien es principio de unidad y en la misión, porque Pedro quiere hacernos llegar con fuerza la palabra de Jesús, “id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”.

**Presidente de la Conferencia Episcopal Española*





*Fundada en España en 1941
es una revista sobre la actualidad
de la Iglesia y sobre los aspectos
de la vida social relacionados
con lo religioso*

L'Osservatore Romano comenzará una colaboración con la revista Ecclesia, iniciando un camino de trabajo conjunto y profundización de la actividad del Papa y de la Iglesia en España, siguiendo el magisterio del Pontífice, quien ha recomendado “cultivar la cultura del diálogo”. Y ha subrayado: “Es hermoso que todas las realidades eclesiales [...] sean espacios de escucha intergeneracional, de encuentro con mundos diferentes, de cuidado de las palabras y de las relaciones. Porque solo donde hay escucha puede nacer la comunión, y solo donde hay comunión la verdad se vuelve creíble” (A la Conferencia Episcopal Italiana, 17 de junio de 2025).

“Lo recibiremos con los brazos abiertos, bendito el que viene en el nombre del Señor”

La Iglesia en España ha acogido con gran alegría y entusiasmo el anuncio del próximo viaje del Papa León XIV al país del 6 al 12 de junio. La Iglesia española ha recibido la noticia del viaje del Papa León XIV al país el próximo mes de junio con una mezcla de alegría, ilusión, entusiasmo y gran responsabilidad. El presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Luis Argüello ha compartido, a través de un mensaje grabado en vídeo, la alegría del episcopado español ante la visita del Pontífice. Y ha señalado también que la visita constituye “un desafío” tanto de “disposición del corazón” como a nivel “organizativo”. El también arzobispo de Valladolid ha invitado a los fieles a “abrir los oídos y el corazón” para recibir al Papa. Y ha subrayado que León XIV visitará España “para confirmar a los hermanos en la fe de la Iglesia que se hace luego esperanza y caridad en la vida concreta de nuestras Iglesias”.

Mons. Argüello también ha calificado como “una buena noticia para la sociedad española” la presencia del Papa como impulsor de confianza, de una paz desarmada y desarmante y de fraternidad y amistad.

Madrid invita a los fieles a prepararse espiritualmente para recibir al Papa

La archidiócesis de Madrid ha acogido “con gran alegría” la confirmación por parte de la Santa Sede del viaje apostólico del Pontífice, como señalan a través de un comunicado. “La noticia ha sido recibida con entusiasmo por toda la comunidad diocesana, que vive este anuncio como un motivo de esperanza y de comunión para la Iglesia en Madrid”, se lee en el texto. El arzobispo de Madrid, el cardenal José Cobo, ha remarcado que “es un momento de alegría” para la Iglesia madrileña. “No solo es un acontecimiento multitudinario, el Papa viene a confirmarnos en la fe y a provocar procesos de conversión. El papa viene también a recibir el abrazo y a dar el abrazo a la iglesia de Madrid, que le espera y se prepara desde hace tiempo. Es un proceso que estamos iniciando con mucho cariño y mucho cuidado”, ha dicho el cardenal en un mensaje de vídeo. La archidiócesis de Madrid subraya especialmente la importancia de la preparación espiritual que ya comienza a vivirse en parroquias, comunidades, movimientos y centros educativos. “Se invita a todos los fieles a recorrer este tiempo desde la oración y la apertura del corazón, esperando que la presencia del Santo Padre deje frutos de fe,





Lo recibiremos con los brazos abiertos, bendito el que viene en el nombre del Señor, él representa a Jesús en medio del mundo y él nos trae su mensaje: un mensaje de fraternidad, de comunión, de paz, que sea una paz desarmante y desarmada, una paz que nace del fondo del corazón, del encuentro con Jesucristo y de su mensaje de fraternidad

unidad y renovación misionera”, señala el clero de la capital española.

Barcelona resalta el mensaje de comunión y fraternidad del Papa

El Arzobispado de Barcelona y la Junta Constructora de la Sagrada Familia, han expresado su “gratitud” al papa León XIV por aceptar la invitación a visitar la Basílica, coincidiendo con la conmemoración del centenario de la muerte de Antoni Gaudí, que tendrá lugar el próximo mes de junio. El arzobispo de Barcelona, el cardenal Juan José Omella ha invitado a los fieles a prepararse espiritualmente, con fe y espíritu de fraternidad, para la visita papal. “Lo recibiremos con los brazos abiertos, bendito el que viene en el nombre del Señor, él representa a Jesús en medio del mundo y él nos trae su mensaje: un mensaje de fraternidad, de comunión, de paz, que sea una paz desarmante y desarmada, una paz que nace del fondo del corazón, del encuentro con Jesucristo y de su mensaje de fraternidad”, ha dicho el arzobispo en un mensaje grabado en vídeo.

El archipiélago canario, “puente entre continentes”

La Iglesia canaria también festeja la visita del Papa a España. “Esta gran noticia nos llena a todos de alegría y nos invita a seguir trabajando con ilusión, colaborando entre todos, para preparar el viaje, la presencia del Santo Padre entre nosotros”, ha señalado Eloy Alberto Santiago, obispo de San Cristóbal de la Laguna, Tenerife. La diócesis de Canarias, que comprende las cuatro islas orientales del archipiélago canario: Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote y La Graciosa, ha señalado que el anuncio del viaje papal “supone un motivo de profunda alegría y gratitud”. Y ha querido poner en valor Canarias como territorio de encuentro, acogida y diálogo: “La Iglesia que peregrina en Canarias recibe esta noticia como un gesto de especial cercanía del Sucesor de Pedro hacia esta tierra atlántica, marcada por su condición de puente entre continentes y por su compromiso pastoral en una realidad social compleja y exigente”.

La Iglesia en España

En España, la Iglesia está presente a través de 69 diócesis (más el arzobispado castrense) extendidas por todo el territorio, presididas por un obispo o arzobispo.

A estas diócesis pertenecen 22.922 parroquias que son atendidas por 14.994 sacerdotes. Esta labor que se hace especialmente intensa en el ámbito rural, donde se ubican la mayoría de parroquias del país.

Cada año se celebran más de 9.500.000 eucaristías. Además, la labor social y asistencial que realizan las diócesis, las parroquias y otras instituciones eclesiales que atienden a los más desprotegidos acerca cada día el verdadero rostro de la Iglesia a muchas personas de la sociedad que lo desconocen. La labor de Cáritas española es posible gracias a 69.224 voluntarios.

La archidiócesis celebra su primera Asamblea Presbiteral “Convivium”

Un espacio de unión y comunión para los sacerdotes de Madrid

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Más de 1000 sacerdotes de la archidiócesis de Madrid, se reunieron en Convivium, una gran asamblea presbiteral celebrada en la capital española el 9 y 10 de febrero, convocados por el arzobispo, el cardenal José Cobo, para reflexionar sobre su ministerio y sobre el sacerdote que necesita hoy Madrid. “Da gusto veros y da gusto vernos”, dijo el cardenal Cobo en el saludo inicial. “Gracias de verdad por hacerlo posible y por responder a la llamada, que en definitiva es una llamada del Señor”, prosiguió el purpurado. Y puesto que es una llamada de Dios, continuaba, “qué mejor forma de empezar que poniéndonos en sus manos, poniendo el ministerio, el servicio, la entrega, la oración de cada uno de nosotros”. El Papa León XIV también ha querido dirigir unas palabras a los presentes a través de una carta enviada en la que recuerda que “se vuelve cada vez más necesario educar la mirada y ejercitarnos en el discernimiento, de modo que podamos percibir con mayor claridad lo que Dios ya está obrando, muchas veces de forma silenciosa y discreta, en medio de nosotros y de nuestras comunidades”.

Fernando María Rubio, sacerdote de la diócesis de Madrid, lleva dos años y medio ordenado. Además, es periodista y licenciado en comunicación corporativa y forma parte del equipo de comunicación del Convivium. En entrevista con L’Osservatore Romano define esta experiencia como una ocasión de “generar un espacio y un encuentro cuidando todos los aspectos”. Asimismo, explica que ha sido un equipo de trabajo muy sinodal compuesto por personas de diferentes generaciones, así como de la vida consagrada, matrimonios, sacerdotes... “Todos trabajando con el mismo objetivo que sale del corazón del cardenal José Cobo”, subraya.

El arzobispo de Madrid – explica el sacerdote – tuvo la intuición de juntarnos a todos los sacerdotes para recordarnos que vivimos la misión conjunta, siendo todos muy diferentes, pero todos en la





Poder poner un granito de arena al servicio, para que los sacerdotes en estos días podamos recordar que somos siervos del mismo Pastor, que es Jesucristo, y que hemos entregado la vida para darlo todo y sentirnos uno en esta misión, ha sido una maravilla

misma misión. El equipo se ha encargado de dar forma a esta intuición del cardenal. “Mi implicación ha sido en la parte de la comunicación. En estos grandes eventos no es importante solo el mensaje, sino también cómo comunicamos el mensaje”, ha recordado. El trabajo del equipo ha sido recoger todas las buenas ideas y traducirlas de una forma creativa. Como sacerdote, asegura sentirse muy agradecido por poder servir a la Iglesia desde el ámbito de la comunicación, para un objetivo tan importante como el de la comunión. “Vivimos en una época de mucha polarización social, y nosotros estamos llamados como cristianos a ser uno. Y como sacerdotes esa llamada es mucho más grande”, asevera el joven cura madrileño. “Poder poner un granito de arena al servicio, para que los sacerdotes en estos días podamos recordar que somos siervos del mismo Pastor, que es Jesucristo, y que hemos entregado la vida para darlo todo y sentirnos uno en esta misión, ha sido una maravilla”, afirma el padre Fernando.

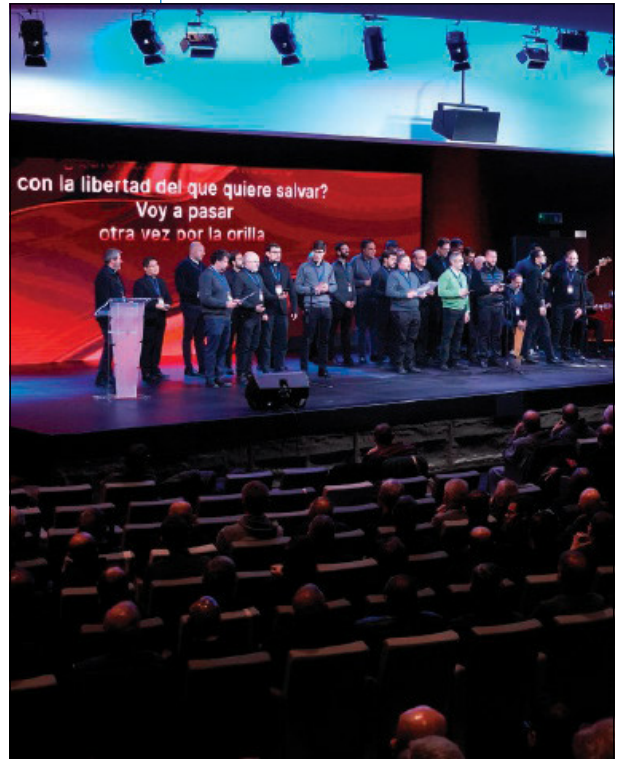
A partir de la intuición del cardenal se crea un equipo y se empieza a enriquecer con distintos departamentos. “Hemos trabajado durante todo este curso: cada sacerdote ha recibido un material personal para ir trabajar con lecturas para la oración, testimonios de sacerdotes santos de Madrid y reflexiones”, ha subrayado. Además, se han hecho también preguntas al pueblo santo de Dios para que los fieles de Madrid puedan decir qué sacerdotes quiere y necesita la archidiócesis. Una vez que recibieron las respuestas de los laicos, hubo un momento de preasambleas por franjas de edad de ordenación para trabajar y darle contenido al Convivium. Y de esta forma conseguir hablar de las cosas que realmente interesan e importan al sacerdote de Madrid. Por otro lado, el sacerdote asevera que “aunque seamos muchos, todos somos familia y queremos vivir esa familiaridad”.

Finalmente, el padre Fernando asegura que el evento es importante porque “el trabajo que nos debe urgir ahora mismo es la comunión, no la uniformidad, sino la unión en un mismo corazón al servicio de Cristo como bautizados y trabajar a una por el Reino de Dios, siendo diferentes”. Y destaca la importancia de “tener un espacio para recordarnos que somos una misma Iglesia, un mismo cuerpo, y también hacerlo de una manera cuidada, sin confundir eficacia con fecundidad y poder rezar juntos”. Esto, “es esencial para volver a enamorarnos de esta llamada que el Señor nos hace, reconociéndonos siervos inútiles pero ilusionados por esta misión”.

Entre los presentes en la asamblea está Ignacio Ozores Puig, que con 26 años es el sacerdote más joven que participa. Es uno de los autores del “himno oficial”, que será un “signo muy visible de la comunión de los sacerdotes”, en la diversidad, como ha quedado

tan de manifiesto en las preasambleas de sacerdotes que se han desarrollado estas últimas semanas en el Seminario Conciliar de Madrid. Así lo explica este joven sacerdote en la página web de la archidiócesis. En esta misma línea, asegura Ignacio, Convivium “va a ser una experiencia en la que todos ganemos; creo que los sacerdotes que llevan más tiempo viviendo el ministerio nos pueden enseñar a los más jóvenes qué significa la fidelidad, la madurez, una consagración después de tantos años de vida”. Y a su vez, precisa el joven sacerdote, las generaciones más jóvenes de sacerdotes “venimos con muchísima ilusión, con un deseo muy grande entregarlo todo, y nosotros también podemos generar ese aliento”. Según el padre Ozores, en la Asamblea Presbiteral encajarán “la ilusión y el empuje de las generaciones jóvenes de sacerdote con la madurez y experiencia de sacerdotes que llevan tantísimos años entregando la vida”. Y precisa que “hay una comunión que no depende tanto de una afinidad y unos gustos compartidos, sino de un Amor en el que uno vive y entrega su vida”. El sacerdocio se comparte “independientemente de la historia de cada uno” y en el lugar “donde todo converge, que es Jesús”.

También comparte su experiencia Daniel Sánchez Merino, de 95 años, quien es el sacerdote más mayor en Convivium. “En la imposición de las manos yo adquirí un compromiso” y ha sido fiel toda su vida a ello, asegura el sacerdote a la entrevista realizada en la web de la archidiócesis. Algo tenía en el corazón ya desde pequeño. “¿Por qué quieres ser sacerdote?”, le preguntó su madre. “Porque nos dicen en la catequesis que cuando uno salva muchas almas va al cielo, y yo quiero eso”. “Una forma inocente” de responder, se dice a sí mismo más de 80 años después. Su primera parroquia, en realidad fueron dos, Cervera de Buitrago y El Atazar, donde “ahí no había ni luz ni nada”. Tal y como explica el sacerdote madrileño, entonces a los seminaristas se les preparaba para ser “cura de pueblo”. Y esto es lo que realmente le hizo sacerdote a Daniel: el contacto con las gentes, con las familias. De aquella época también destaca el compartir: “eran los años del hambre; había necesidad de todo”. Vivían “con mucha intensidad la fraternidad sacerdotal”, algo que 70 años después se ha revelado como imprescindible en el camino de preparación de esta Asamblea Presbiteral. Sobre la convocatoria, asevera que es “ideal y necesaria cien por cien”, no solo por reflexionar sobre el sacerdocio, “sino como sentido de Iglesia”. El sacerdocio – precisa el padre Daniel – no es solo un ministerio, es una responsabilidad, y es una gracia que te da el Señor para poder tener la capacidad de seguir siendo sacerdote para siempre.





León XIV, ni apocalíptico ni integrado

JAVIER CERCAS

El mensaje del papa León XIV para la LX Jornada Mundial de las comunicaciones sociales, titulado “Custodiar voces y rostros humanos”, es un texto importante. Lo es para los católicos, pero también para los no católicos; para los creyentes, pero también para los no creyentes. Lo es por sus implicaciones de todo tipo -políticas, religiosas, morales, sociales, económicas- y por más motivos de los que podría comentar aquí. Solo me referiré a uno de ellos.

No soy un especialista en Inteligencia Artificial, pero me asombra que a menudo se repitan a propósito de ella las mismas o parecidas predicciones apocalípticas que se han repetido a lo largo de la historia cada vez que se produjo una gran revolución tecnológica (y no hay duda de que la IA lo es). Platón lamenta en el Fedro, por boca del rey Tanos, la aparición de la escritura, una invención peligrosísima porque “implantaré el olvido en el alma de los hombres”, quienes “dejarán de

ejercer la memoria porque contarán con lo que está escrito”; además, continuaba el personaje de Platón, la escritura volverá irrelevante la relación entre maestro y discípulo, que es esencial para cualquier aprendizaje; por todo ello, remataba, la escritura no proveerá a los hombres de sabiduría, sino de falsa sabiduría, lo que conducirá al fin de la



cultura auténtica. Siglos después de Platón se repitieron los mismos o parecidos lamentos cuando Gutenberg inventó la imprenta y tantos auguraron que, como este nuevo hallazgo difundiría la cultura hasta límites por entonces desconocidos y la permitiría salir de las bibliotecas exclusivas donde había estado encerrada hasta entonces y alcanzar una audiencia numerosísima, el saber inevitablemente se devalaría, se vulgarizaría para lle-

gar al gran público, y así se degradaría y acabaría desapareciendo la cultura más exigente, es decir, de nuevo, la cultura auténtica. Y cosas semejantes escuchamos nosotros, no hace mucho tiempo, acerca de la televisión o de internet o de las redes sociales. Pero lo cierto es que la escritura no provocó el fin de la verdadera cultura, sino la aparición de una cultura distinta, igual que la imprenta no acabó con la alta cultura: la prueba es que Shakespeare o Cervantes no son inferiores

a Homero o Virgilio. No estoy diciendo que la IA no entrañe riesgos y no debemos permanecer muy atentos a su desarrollo; estoy diciendo que, igual que la escritura o la imprenta o internet, es preciso usarla para bien y no para mal, y que ese uso depende exclusivamente de nosotros, del control que nosotros y nuestros poderes públicos ejerzamos o no sobre ella: la escritura y la imprenta, como la IA, se pueden asimismo



usar para bien o para mal, para publicar el Quijote pero también para publicar Mein Kampf. El problema no es la tecnología; el problema es el uso que hagamos de la tecnología. Tampoco digo que la tecnología sea neutral; digo que la tecnología la hemos diseñado los seres humanos, y que por lo tanto los responsables de lo bueno o lo malo que se haga con ella -ya sea la escritura, la imprenta o la IA- somos nosotros.

Si no me engaño, ese es exactamente el punto de vista de León XIV sobre la IA. El papa no es un apocalíptico: no piensa, como tantos, que esta nueva tecnología está siendo o será la causante de todos nuestros males, o de la mayoría de ellos, y que acabará destruyendo nuestra civilización, o al menos nuestra cultura; pero el papa tampoco es un integrado, y no piensa, como tantos otros, que esta nueva tecnología posee por sí sola la capacidad de mejorar nuestras vidas. “Acoger con valentía, determinación y discernimiento las oportunidades que

ofrecen la tecnología digital y la inteligencia artificial”, escribe León XIV, “no significa ocultar para nosotros mismos los puntos críticos, las opacidades, los riesgos”. El papa es muy consciente de estos últimos, y por ello pone en guardia contra la “confianza ingenuamente acrítica en la inteligencia artificial como ‘amiga’ omnisciente, dispensadora de toda información, archivo de toda memoria, ‘oráculo’ de todo consejo”. En suma: la IA no es para León XIV una panacea, pero tampoco un instrumento diabólico; es, ni más ni menos, lo que nosotros hagamos con ella, y por lo tanto su desarrollo constituye antes que nada un reto: el de usarla para construir una sociedad más justa, más igualitaria y más gozosa. Por eso el papa afirma que “el desafío que nos espera no es el de detener la innovación digital, sino el de guiarla, y el de ser conscientes de su carácter ambivalente”, de sus ventajas obvias, pero también de sus no menos obvios riesgos. Para fomentar al máximo aquellas y evitar es-

tos, para convertir la IA en nuestro aliado y no en nuestro enemigo, León XIV invoca una tríada de valores: responsabilidad, cooperación y educación. La responsabilidad de los dueños, creadores y programadores de la IA, de los políticos, entidades reguladoras y periodistas, pero también la de la ciudadanía, que es quien debe controlar a aquéllos; la cooperación entre los diferentes sectores que determinan el destino de la IA (por sí solo, ninguno puede determinarlo); y la educación de sus usuarios, que somos todos. Este triple imperativo dibuja un programa ambicioso; a mí me parece que también es indispensable.

Transcurrido ya casi un año desde la muerte del papa Francisco, muchos, católicos y no católicos, todavía nos preguntamos qué clase de papa acabará siendo León XIV, sobre todo, o inevitablemente, por comparación con Francisco: ¿ha venido este papa a apaciguar las aguas que su predecesor agitó y es un continuador de Francisco en el fondo, pero no en las formas, como pareció desde el principio? Sea como sea, este documento viene a demostrar que, igual que Francisco, León XIV es capaz de abordar los asuntos más candentes de nuestro tiempo con coraje, con lucidez y sin prejuicios. Es una de las formas en las que la Iglesia Católica puede sernos útiles a todos.

Próximos viajes del Pontífice a África y España

El Papa León reanuda sus peregrinaciones por el mundo

Un viaje de diez días a África y dos viajes a Europa, uno de un solo día al Principado de Mónaco y otro de seis días a España y al archipiélago español de las Canarias. Tras el significativo viaje a Turquía y Líbano a finales de 2025 y tras el anuncio de los próximos viajes a Italia que le llevarán hasta Lampedusa, el Papa León reanuda sus peregrinaciones por el mundo, según ha dado a conocer hoy la Sala de Prensa de la Santa Sede.

El más largo, del 13 al 23 de abril, será el que le llevará tras las huellas de San Agustín en Argelia (Argel y Annaba); luego hasta África Central: Camerún (Yaundé, Bamenda y Duala); Angola (Luan-da, Muxima y Saurimo) y, por último, Guinea Ecuatorial (Malabo, Mongomo y Bata). Un viaje complejo, que es al mismo tiempo un viaje por la memoria del santo de Hipona, a cuya figura está vinculado el Sucesor de Pedro, para luego visitar dos países en vías de desarrollo, con especial atención a los últimos, a los pobres y a quienes se ocupan de ellos. La paz también será uno de los objetivos:

León XIV se desplazará a la región anglófona del norte de Camerún, donde desde hace diez años se libra una guerra civil entre las fuerzas armadas regulares y los independentistas. La última etapa es Guinea Ecuatorial, el único país africa-

ponder positivamente a las repetidas invitaciones que las autoridades monegascas hicieron primero al Papa Francisco y luego a él. El Principado representa una realidad europea en la que el catolicismo es la religión oficial y en la que el diá-



no hispanohablante. Una peregrinación que, por su duración, se acerca a la que realizó en África en 1985 san Juan Pablo II, con siete países visitados en once días.

Los viajes al extranjero de la primera mitad de 2026 se inaugurarán con una visita relámpago de un día al Principado de Mónaco, prevista para el 28 de marzo, en vísperas de la Semana Santa. León ha querido res-

logo entre las instituciones civiles y la Iglesia mantiene una importancia concreta también en el debate público. También es significativo el compromiso con la paz del Principado, que acogerá por primera vez a un Papa en la era moderna. Por último, del 6 al 12 de junio, León visitará España: la capital, Madrid, y luego Barcelona, para inaugurar la nueva y más alta torre de la Sagrada Fami-

lia, la monumental basílica que ha rediseñado el horizonte de la ciudad catalana. La visita coincide con el centenario de la muerte del genial arquitecto que «soñó» la basílica y comenzó a construirla, Antoni Gaudí, declarado el año pasado venerable Siervo de Dios. El Pontífice, permaneciendo en España, se trasladará de Barcelona al archipiélago de las Canarias, para realizar un viaje que ya estaba en el corazón de Francisco, como subrayó el pasado mes de enero el cardenal arzobispo de Madrid José Cobo Cano. Las etapas serán dos, Tenerife y Gran Canaria.

A través de estos tres viajes, el obispo de Roma tendrá la oportunidad de conocer los más diversos tipos de países y situaciones, pasando de una nación musulmana donde los cristianos son una pequeña minoría y semilla de fraternidad, como Argelia, a países de mayoría cristiana situados en el corazón del continente africano, con sus problemas y su testimonio de fe gozosa. Hará una breve visita al segundo país más pequeño del mundo después de la Ciudad del Vaticano, situado en la Costa Azul, y luego se dirigirá a un gran país europeo, España, cuya identidad ha sido forjada por la fe cristiana, pero que se ve afectada por la secularización. Y concluirá el viaje en las Islas Canarias, una de las principales rutas migratorias de África a Europa, con decenas de miles de llegadas cada año.

Curso sobre el ministerio del exorcismo y la oración de liberación

Una iniciativa pionera a nivel mundial

P. LUIS RAMÍREZ LC

El curso sobre el ministerio del exorcismo y la oración de liberación, organizado por el Instituto Sacerdos del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum en colaboración con el GRIS (Grupo de Investigación e Información Socio-Religiosa), constituye una iniciativa pionera a nivel mundial en el ámbito académico y pastoral. Su objetivo es ofrecer una formación interdisciplinaria rigurosa sobre la comprensión teológica, pastoral, espiritual y científica del fenómeno del mal y las prácticas de liberación espiritual según la tradición y la sana doctrina de la Iglesia Católica.

La idea del curso surgió en 2003 ante la preocupación de numerosos sacerdotes que se enfrentaban a situaciones de personas afectadas por prácticas ocultas, magia o satanismo. La falta de preparación específica en el discernimiento entre fenómenos espirituales y trastornos psicológicos motivó la creación de un espacio académico capaz de ofrecer herramientas teológicas y humanas adecuadas. En 2004, el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y el GRIS pusieron en marcha el proyecto con el apoyo del arzobispo de

Bolonia.

El curso no confiere la condición de exorcista —título que según el Derecho Canónico compete exclusivamente al obispo diocesano—, sino que propone un itinerario formativo interdisciplinario de nivel académico. Está dirigido a sacerdotes, religiosos, consagrados, laicos y profesionales que deseen profundizar en la comprensión del fenómeno de la acción del mal y las formas de asistencia espiritual que la Iglesia ofrece.

Los objetivos fundamentales son: proporcionar una base sólida para el discernimiento espiritual; evitar confusiones entre lo espiritual y lo psicológico; fomentar la prudencia pastoral; y ofrecer herramientas científicas y teológicas que favorezcan la atención integral a las personas.

Durante los primeros años (2004-2006) el curso se impartió en formato extenso, distribuido en varios meses. A partir de 2007 adoptó la modalidad intensiva de una semana, para responder a la creciente demanda internacional. En 2008 se realizó una pausa de reflexión para reorganizar contenidos y métodos, retomando en 2009 con un nuevo impulso académico. Desde

entonces, la participación ha sido continua, con cientos de inscritos procedentes de más de cuarenta países de los cinco continentes.

El curso aborda el estudio del exorcismo y la oración de liberación desde múltiples perspectivas: bíblica, teológica, litúrgica, pastoral, espiritual, canónica, histórica, antropológica, fenomenológica, sociológica, cultural, médica, farmacológica, psicológica, legal y criminológica. Esta amplitud de enfoques busca formar a agentes pastorales y profesionales capaces de actuar con prudencia, competencia científica y fidelidad al Magisterio. La colaboración internacional incluye la participación de universidades y centros de investigación, así como mesas redondas ecuménicas con representantes de otras confesiones cristianas y religiones monoteístas que practican el ministerio del exorcismo.

Entre los temas tratados figuran los estudios de casos regionales sobre la práctica del exorcismo en distintos países (Brasil, Filipinas, Nigeria), el análisis del satanismo contemporáneo, y las consecuencias sociales y psicológicas del ocultismo en el mundo juvenil. El curso aborda también la re-

lación entre educación, cultura y religión, subrayando la necesidad de preparar docentes capaces de dialogar con los jóvenes sobre estos temas.

La reflexión teológica del curso parte del reconocimiento del mal como realidad personal y

to, del espíritu del mundo o del espíritu del maligno. El fundamento antropológico se basa en la libertad humana como don divino: el mal se introduce a través de la libertad mal usada, y la verdadera liberación consiste en reorientarla hacia el bien por medio de la gracia.

A lo largo de sus ediciones, el Curso sobre Exorcismo y Oración de Liberación se ha consolidado como un referente académico y pastoral de la Iglesia para el estudio del mal y de la liberación espiritual. Su carácter interdisciplinar y su apertura internacional han permitido un diálogo fecundo entre fe, razón y cultura.

La iniciativa busca formar agentes pastorales y profesionales capaces de ofrecer respuestas equilibradas, respetuosas y científicamente fundamentadas ante los desafíos espirituales contemporáneos. El

curso, en definitiva, reafirma que solo el amor de Dios, acogido libremente, tiene poder para vencer el mal y devolver al ser humano su dignidad plena de hijo de Dios.

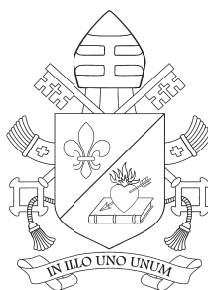
**Director del Instituto Sacerdos en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum en Roma*



Estatua de san Miguel Arcángel, en Vaticano

no mera metáfora. Siguiendo la enseñanza del papa Francisco en la exhortación apostólica **Gaudete et Exsultate**, se recuerda que el diablo es un ser personal que actúa en el mundo, y que el cristiano está llamado a discernir si una inspiración procede del Espíritu San-

Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV AL
COMITÉ ORGANIZADOR DE LA INICIATIVA “FROM
CRISIS TO CARE: CATHOLIC ACTION FOR
CHILDREN”

Sala Clementina Jueves, 5 de febrero de 2026

**Es una tragedia que los niños a
menudo se vean privados de
cuidados y de bienes de primera
necesidad**

¡Bienvenidos todos!

Queridos hermanos y hermanas:

Mientras se reúnen para llevar adelante los compromisos fruto de la Cumbre Internacional sobre los Derechos de los Niños, convocada por mi predecesor, el Papa Francisco, en este mismo periodo del año pasado, les doy una cordial bienvenida a todos ustedes. Tengan la seguridad de que rezo por ustedes mientras tratan de discernir la voluntad del Señor y de leer los “signos de los tiempos” referidos al impacto de las crisis mundiales sobre los “más pequeños” de Dios.

Es realmente una tragedia que los niños y los jóvenes de nuestro mundo, aquellos que Jesús quería que fuesen a Él, se vean tan a menudo privados de cuidados y del acceso a los bienes de primera necesidad. Además, con frecuencia tienen pocas oportunidades de realizar el potencial que Dios les ha dado. Lamentablemente, veo que la situación actual de los niños no ha mejorado en este último año; asimismo, es profundamente preocupante saber que no se han hecho progresos en la protección de los niños contra el peligro. Cuando vemos que en nuestra familia

humana global tantos niños viven aún en extrema pobreza, sufren abusos y son desplazados forzosamente, por no hablar del hecho de que no tienen una educación adecuada y son aislados o separados de sus familias, uno se pregunta si los compromisos para el desarrollo sostenible han sido abandonados.

Esto recuerda el fuerte énfasis del Papa Francisco en el “derecho [de todo niño] a recibir el amor de una madre y de un padre, ambos necesarios para su maduración íntegra y armoniosa” (*Amoris laetitia*, n. 172). Afirmemos y defendamos siempre la “profunda visión de la vida como un don que hay que apreciar, y de la familia como su guardiana responsable”, considerando “deplorable que se asignen recursos públicos para suprimir la vida, en lugar de invertirlos en apoyar a las madres y las familias” (Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 9 de enero de 2026).

A este respecto, aprecio su esfuerzo por desarrollar formas eficaces de abordar las preocupaciones planteadas en la Cumbre sobre los Derechos de los Niños. Mientras realizan esta tarea, me gustaría mencionar dos puntos importantes. En primer lugar, ustedes hablan en nombre de quienes no tienen voz. Es una labor verdaderamente noble. Acuérdense de esto cuando llegue la tentación de sentirse desanimados a causa de iniciativas fallidas, de la falta de interés por parte de otros o de la sensación de que la situación no está mejorando. Dejen que el bien que saben que están haciendo los impulse a seguir adelante.

El segundo punto se refiere a la necesidad de concentrarse en las necesidades transversales de los niños, que pueden pasar inadvertidas fácil-

mente cuando el cuidado se centra solamente en el ámbito de una necesidad. En este sentido, soy consciente de que el modo particular en el que cada uno de ustedes está afrontando las necesidades de los niños está en conformidad con sus carismas específicos y sus especializaciones dentro de sus estructuras eclesiales locales, congregaciones religiosas y organizaciones de inspiración católica. Sin embargo, les exhorto a encontrar modalidades para trabajar juntos con mayor armonía, a fin de que los niños reciban una asistencia equilibrada que tenga en cuenta su bienestar físico, psicológico y espiritual. El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, así como la Pontificia Academia para la Vida, la Unión de los Superiores Generales y la Unión Internacional de Superiores Generales los acompañan en este esfuerzo, y los animo a todos ustedes a elaborar pasos concretos y planes de acción para afrontar las necesidades transversales de los niños.

El Papa Francisco nos recordó a menudo que es necesario escuchar a los niños, y demostró ser un maestro ejemplar a este respecto. Por tanto, quisiera concluir citando la carta que los niños le presentaron durante la Cumbre del año pasado: “Junto a ti, queremos limpiar el mundo de cosas malas, colorearlo con amistad y respeto, y ayudarte a construir un futuro maravilloso para todos”. Implorando la intercesión de María, Madre de la Iglesia, rezo para que Dios bendiga a todos ustedes y les dé fuerza y valor mientras ayudan a los niños a transformar estos sueños en realidad.

Gracias.

Pidamos la bendición del Señor para todos ustedes y recordemos especialmente en la oración a los niños, sobre todo a los que sufren y carecen de lo necesario para vivir: Padre nuestro...

CARTA DEL PAPA SOBRE EL VALOR DEL DEPORTE

6 de febrero

La vida en abundancia

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la celebración de los XXV Juegos Olímpicos Invernales, que se realizarán entre Milán y Cortina d’Ampezzo del 6 al 22 de febrero próximo, y de los XIV Juegos Paralímpicos, que tendrán lugar en las mismas localidades, del 6 al 15 de marzo, deseo dirigir un saludo y los mejores deseos a cuantos están directamente implicados y, al mismo tiempo, aprovechar la oportunidad para proponer una reflexión destinada a todos. La práctica deportiva, lo sabemos, puede tener una naturaleza profesional, de altísima especialización; en esta forma corresponde a la vocación de pocos, aun suscitando admiración y entusiasmo en el corazón de tantos, que vibran al ritmo de las victorias o de las derrotas de los atletas. Pero el ejercicio del deporte es una actividad común, abierta a todos y saludable para el cuerpo y para el espíritu, hasta el grado de constituir una expresión universal de lo humano.

Deporte y construcción de la paz

Con motivo de los anteriores Juegos Olímpicos, mis predecesores han subrayado cómo el deporte puede tener un rol importante para el bien de la humanidad, en particular para la promoción de la paz. Por ejemplo, san Juan Pablo II, dirigiéndose a los jóvenes atletas provenientes de todo el mundo en 1984, citó la Carta olímpica,^[1] que considera el deporte como un factor que requiere «un espíritu de mejor comprensión mutua y amistad, contribuyendo así a construir un mundo mejor y más pacífico». Él animó a los participantes con estas palabras: «Hagan que sus encuentros sean un signo emblemático para toda la sociedad y un preludio de esa nueva era, en la cual “no levantará la espada una nación contra otra” (Is 2,4)».^[2]

En esta línea se sitúa la Tregua olímpica, que en la antigua Grecia era un acuerdo dirigido a suspender las hostilidades antes, durante y después de los Juegos Olímpicos, para que los atletas y los espectadores pudieran viajar libremente y las competiciones pudieran realizarse sin interrupciones. La institución de la Tregua surge de la convicción de que la participación en competi-

ciones reglamentadas (agones) constituye un camino individual y colectivo hacia la virtud y la excelencia (aretē). Cuando el deporte se practica en este espíritu y en estas condiciones, se promueve la maduración de la cohesión comunitaria y del bien común.

La guerra, por el contrario, nace de la radicalización del desacuerdo y del rechazo de cooperar los unos con los otros. El adversario es entonces considerado como un enemigo mortal, a quien hay que aislar y, si es posible, eliminar. Las trágicas evidencias de esta cultura de muerte están ante nuestros ojos –vidas truncadas, sueños destrozados, traumas de los supervivientes, ciudades destruidas– como si la convivencia humana se redujera superficialmente al escenario de un videojuego. Pero esto no debe hacernos olvidar nunca que la agresividad, la violencia y la guerra son siempre «una derrota de la humanidad».[3] Acertadamente, la Tregua olímpica ha sido propuesta de nuevo en tiempos recientes por el Comité Olímpico Internacional y la Asamblea General de las Naciones Unidas. En un mundo sediento de paz, necesitamos instrumentos que pongan «fin a la prepotencia, a la exhibición de la fuerza y al desinterés por el derecho».[4] Aliento vivamente a todas las naciones, con ocasión de los próximos Juegos Olímpicos y Paralímpicos invernales, a redescubrir y respetar este instrumento de esperanza que es la Tregua olímpica, símbolo y profecía de un mundo reconciliado.

El valor formativo del deporte

«Yo he venido para que las ovejas tengan Vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Estas palabras de Jesús nos ayudan a comprender el interés de la Iglesia por el deporte y el modo en el que el cristiano se acerca a él. Jesús puso siempre a las personas en el centro, se ocupó de ellas, deseando para cada una la plenitud de la vida. Por eso, como afirmó san Juan Pablo II, la persona humana «es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión».[5] La persona, por tanto, según la visión cristiana, debe permanecer siempre en el centro del depor-

te en todas sus expresiones, incluso en las de excelencia agonística y profesional.

A la luz de esto, en los escritos de san Pablo, conocido como el Apóstol de las gentes, podemos encontrar una sólida base de dicha conciencia. En el tiempo en el que él escribía, los griegos ya poseían desde hacía mucho tiempo tradiciones atléticas. Por ejemplo, la ciudad de Corinto patrocinaba los juegos ístmicos cada dos años desde el siglo VI a.C; por ello, escribiendo a los corintios, Pablo recurrió a imágenes deportivas para introducirlos en la vida cristiana: «¿No saben que –escribe– en el estadio todos corren, pero uno solo gana el premio? Corran, entonces, de manera que lo ganen. Los atletas se privan de todo, y lo hacen para obtener una corona que se marchita; nosotros, en cambio, por una corona incorruptible» (1 Co 9,24-25).

Siguiendo la tradición paulina, muchos autores cristianos utilizaron imágenes atléticas como metáforas para describir las dinámicas de la vida espiritual; y esto, hasta hoy, nos hace reflexionar sobre la profunda unidad entre las diferentes dimensiones del ser humano. Si bien no faltan, en épocas pasadas, escritos cristianos –influenciados por filosofías dualistas– que tienen una visión más bien negativa del cuerpo, el hilo conductor de la teología cristiana ha subrayado la bondad del mundo material afirmando que la persona es unidad de cuerpo, alma y espíritu. En efecto, los teólogos de la antigüedad y del medioevo refutaron con fuerza las doctrinas gnósticas y maniqueas, precisamente porque consideraban el mundo material y el cuerpo humano como intrínsecamente malos. Según estas concepciones, el fin de la vida espiritual consistiría en liberarse del mundo y del cuerpo. Por el contrario, los teólogos cristianos apelaron a las convicciones fundamentales de la fe: la bondad del mundo creado por Dios, el hecho de que el Verbo se hizo carne y la resurrección de la persona en su armonía entre cuerpo y alma.

Esta comprensión positiva de la realidad física favoreció el desarrollo de una cultura en la que el cuerpo, unido al espíritu, estuviera plenamente involucrado en las prácticas religiosas: en las

peregrinaciones, las procesiones, los dramas sacros, los sacramentos y la oración que hace uso de imágenes, estatuas y varias formas de representación.

Con la consolidación del cristianismo en el Imperio Romano, los espectáculos deportivos típicos de la cultura romana —en particular los combates entre gladiadores— iniciaron progresivamente a perder relevancia social. Sin embargo, la edad media estuvo marcada por la aparición de nuevas formas de práctica deportiva, como los torneos caballerescos, en los que la Iglesia concentró su atención ética, contribuyendo también a reinterpretarlos en clave cristiana, como lo testimonia la predicación del abad san Bernardo de Claraval.

En el mismo periodo, la Iglesia reconoció el valor formativo del deporte, gracias también al aporte de figuras como Hugo de San Víctor y santo Tomás de Aquino. Hugo, en su obra *Didascalicon*, destacó la importancia de las actividades gimnásticas en el currículo de los estudios, ayudando a configurar el sistema educativo medieval.[6]

La reflexión de santo Tomás de Aquino sobre el juego y el ejercicio físico ponía en primer plano la “moderación” como trato fundamental de una vida virtuosa. Según Tomás, esta última no se refiere sólo al trabajo o a las ocupaciones consideradas serias, sino que necesita también tiempo para el juego y el descanso. Escribe el Aquinate: «está la autoridad de San Agustín, quien dice [...]: Quiero que seas indulgente contigo mismo, porque conviene que el sabio relaje de vez en vez el rigor de su aplicación a las cosas que debe hacer. Ahora bien: esta relajación del ánimo respecto de las cosas que deben hacerse se realiza mediante palabras y acciones de recreo. Luego conviene que el sabio y el virtuoso recurran a ellas alguna vez».[7] Tomás reconoce que las personas juegan porque el juego es fuente de placer y, por tanto, lo practican por sí mismo. Respondiendo a una objeción según la cual un acto virtuoso debe ser dirigido a un fin, él observa que «las acciones lúdicas no se ordenan a ningún fin extrínseco, sino que se ordenan al bien

del que juega, porque le son agradables o le proporcionan descanso».[8] Esta “ética del juego” elaborada por Tomás de Aquino ejerció una notable influencia en la predicación y en la educación.

El deporte, escuela de vida y arcópagos contemporáneos

Se situaba en esta larga tradición al humanista Michel de Montaigne cuando, en un ensayo sobre la educación, escribía: «No se educa a un alma, ni se educa a un cuerpo; se educa a un hombre: no hay que dividirlo en dos».[9] Este es el motivo que él aduce para justificar la inserción de la educación física y del deporte en la jornada escolar. Estos principios fueron aplicados en las escuelas de los jesuitas, avalados por los escritos de san Ignacio de Loyola, en particular por las Constituciones de la Compañía de Jesús y la *Ratio Studiorum*. [10]

En ese contexto se incorporan también las obras de grandes educadores, desde san Felipe Neri a san Juan Bosco. Este último, por medio de la promoción de los oratorios, estableció un puente privilegiado entre la Iglesia y las nuevas generaciones, haciendo también del deporte un espacio de evangelización.[11] En esta línea, se puede recordar también la encíclica *Rerum novarum* (1891) de León XIII, que estimuló el surgimiento de numerosas asociaciones deportivas católicas, respondiendo así, en el plano pastoral, a las cambiantes exigencias de la vida moderna —piénsese en las condiciones de los trabajadores después de la revolución industrial— y a las nuevas costumbres emergentes.[12]

Entre los siglos XIX y XX, el fenómeno deportivo se volvió colectivo. Además, nacieron los Juegos Olímpicos de la era moderna (1896). Laios y pastores dedicaron una mirada más atenta y sistemática a esa realidad. A partir del pontificado de san Pío X (1903-1914), se registra un creciente interés por el deporte, testimoniado por numerosas declaraciones pontificias. En ellas, la Iglesia católica, por medio de la voz de los Papas, propuso una visión del deporte centrada en la dignidad de la persona humana, en

su desarrollo integral, en su educación y en su relación con los demás, evidenciando su valor universal como instrumento de promoción de valores tales como la fraternidad, la solidaridad y la paz. Emblemática es la pregunta planteada por el venerable Pío XII en un discurso dirigido a los atletas italianos en 1945: «¿Cómo podría la Iglesia no interesarse [en el deporte]?».[13]

El Concilio Vaticano II expresó su valoración positiva del deporte en el ámbito más amplio de la cultura, recomendando que se empleen «los descansos oportunamente para distracción del ánimo y para consolidar la salud del espíritu y del cuerpo, [...] con ejercicios y manifestaciones deportivas, que ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la comunidad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas».[14] Gracias a la lectura de los signos de los tiempos, ha crecido, por tanto, la conciencia eclesial de la importancia de la práctica deportiva. El Concilio representó un florecimiento en este campo; se desarrolló la reflexión sobre el deporte en relación a la vida de fe y una multiplicidad de experiencias pastorales en ámbito deportivo han revelado en los decenios sucesivos su fuerza generativa. También los Dicasterios de la Santa Sede han promovido válidas iniciativas en diálogo con este ámbito humano.[15]

Muy significativos han sido dos Jubileos del Deporte celebrados por san Juan Pablo II: el primero el 12 de abril de 1984, en el Año de la Redención; el segundo el 29 de octubre de 2000, en el Estadio Olímpico de Roma. En esta misma línea se ha situado el Jubileo del 2025, que ha relanzado de manera explícita el valor cultural, educativo y simbólico del deporte como lenguaje humano universal de encuentro y de esperanza. Esta perspectiva impulsó la decisión de acoger en el Vaticano el Giro de Italia, la gran competición ciclista que, además de ser un evento deportivo, es también un relato popular capaz de atravesar territorios, generaciones y diferencias sociales, y de hablar al corazón de la comunidad humana en camino.

Más allá de los lugares de más antigua tradición

cristiana, parece evidente que el deporte esté ampliamente presente en las culturas de las que tenemos testimonio. Incluso aquellas tradicionalmente orales han dejado rastros de campos de juego, instrumentos atléticos, además de imágenes o esculturas ligadas a sus prácticas deportivas. Hay, por tanto, mucho que aprender también de las tradiciones deportivas de las culturas indígenas, de los países africanos y asiáticos, de las Américas y de otras regiones del mundo.

Todavía hoy, el deporte sigue desempeñando un rol significativo en la mayor parte de las culturas. Ofrece un espacio privilegiado de relación y de diálogo con nuestros hermanos y hermanas pertenecientes a otras tradiciones religiosas, así como con quienes no se reconocen en ninguna de ellas.

Deporte y desarrollo de la persona

Algunos estudiosos de las ciencias sociales pueden ayudarnos a comprender mejor el significado humano y cultural del deporte y, por consiguiente, su significado espiritual. Un ejemplo relevante está representado por las investigaciones sobre la llamada *flow experience* (o “flujo”) en el deporte y en otros ámbitos de la cultura.[16] Dicha experiencia se verifica generalmente entre personas comprometidas en una actividad que requiere concentración y habilidad, cuando el nivel de desafío corresponde o es levemente superior al nivel ya adquirido. Pensemos, por ejemplo, en un intercambio prolongado en el tenis; el motivo por el cual esta es una de las partes más entretenidas de un partido es que cada jugador empuja al otro hasta el límite de su propio nivel de habilidad. La experiencia es estimulante y los dos jugadores se incitan mutuamente a mejorar; esto vale tanto para dos niños de diez años cuanto para dos campeones profesionales.

Numerosas investigaciones han reconocido que las personas no están motivadas sólo por el dinero o la fama, sino que pueden experimentar una alegría y recompensas intrínsecas en las actividades que realizan, es decir, llevándolas a cabo y apreciándolas por su propio valor. En particular, se ha observado que las personas experi-

mentan alegría cuando se entregan plenamente a una actividad o a una relación y superan el lugar en el que se encontraban, con una especie de movimiento progresivo. Dichas dinámicas favorecen el crecimiento de la persona en su totalidad.

Durante una experiencia deportiva, además, a menudo la persona concentra completamente su atención en lo que está haciendo. Se verifica una fusión entre acción y conciencia, hasta el punto de que no queda espacio para una atención explícita dirigida hacia sí misma. En este sentido, la experiencia interrumpe la tendencia al ego-centrismo. Al mismo tiempo, las personas describen un sentido de unión con lo que les rodea. En los deportes de equipo, esto suele vivirse como un vínculo o una unidad con los compañeros; el jugador ya no está replegado sobre sí mismo, porque forma parte de un grupo que tiende hacia un objetivo común. El Papa Francisco ha destacado varias veces este aspecto al animar a los jóvenes atletas a ser jugadores de equipo. Por ejemplo, ha dicho: «desarrollad el juego de equipo, de *équipe*. Pertenecer a una sociedad deportiva quiere decir rechazar toda forma de egoísmo y de aislamiento, es la ocasión para encontrarse y estar con los demás, para ayudarse mutuamente, para competir en la estima recíproca y crecer en la fraternidad».[17]

Cuando los deportes de equipo no están contaminados por el culto al lucro, los jóvenes “se ponen en juego” en relación a algo que para ellos es mucho más importante. Se trata de una oportunidad educativa formidable. No siempre es fácil reconocer las propias capacidades o comprender cómo estas puedan ser útiles al equipo. Además, trabajar junto a los coetáneos conlleva a veces la necesidad de afrontar conflictos y gestionar frustraciones y fracasos. También es necesario aprender a perdonar (cf. Mt 18,21-22). De ese modo, se forman las virtudes personales, cristianas y civiles fundamentales.

Los entrenadores desarrollan un rol fundamental en la creación de ambientes donde estas dinámicas puedan ser vividas, acompañando a los jugadores por medio de ellas. Dada la complejidad

humana involucrada, es de gran ayuda cuando un entrenador está animado por valores espirituales. Hay muchos entrenadores de este tipo, tanto en las comunidades cristianas y en otras realidades educativas, como a nivel agonístico y de élite profesional. Ellos describen con frecuencia la cultura del equipo como basada en el amor, que respeta y sostiene a cada persona, alentándola a expresar lo mejor de sí para el bien del grupo. Cuando un joven forma parte de un equipo así, aprende algo esencial sobre lo que significa ser humano y crecer. En efecto, «sólo juntos nos convertimos auténticamente en nosotros mismos. Sólo en el amor se profundiza nuestra interioridad y se fortalece nuestra identidad».[18]

Ampliando aún más la mirada, es importante recordar que, precisamente porque el deporte es fuente de alegría y favorece el desarrollo personal y las relaciones sociales, debería ser accesible a todas las personas que desean practicarlo. En algunas sociedades que se consideran avanzadas, donde el deporte está organizado según el principio del “pagar para jugar”, los niños provenientes de familias y comunidades más pobres no pueden permitirse las cuotas de participación y quedan excluidos. En otras sociedades, a las jóvenes y a las mujeres no se les permite practicar deportes. A veces, en la formación a la vida religiosa, especialmente femenina, persisten desconfianzas y temores hacia la actividad física y deportiva. Es necesario, por tanto, esforzarse para que el deporte sea accesible a todos. Esto es muy importante para la promoción de la persona. Me lo han confirmado los conmovedores testimonios de miembros del Equipo Olímpico de Refugiados, o de participantes en las Paralimpiadas, las Olimpiadas Especiales y la Copa Mundial de Fútbol Calle. Como hemos visto, los auténticos valores del deporte se abren naturalmente a la solidaridad y a la inclusión.

Los riesgos que ponen en peligro los valores deportivos

Después de haber considerado cómo el deporte contribuye al desarrollo de las personas y favorece el bien común, debemos ahora señalar las

dinámicas que pueden comprometer dichos resultados. Esto sucede sobre todo por una forma de “corrupción” que está a la vista de todos. En muchas sociedades, el deporte está estrechamente vinculado con la economía y las finanzas. Es evidente que el dinero es necesario para sostener las actividades deportivas promovidas por las instituciones públicas, por otros organismos civiles e instituciones educativas, así como las instituciones privadas a nivel agonístico y profesional. Los problemas aparecen cuando el negocio se convierte en la motivación principal o exclusiva; entonces las decisiones ya no están movidas por la dignidad de las personas, ni por aquello que favorece al bien del atleta y a su desarrollo integral o al de la comunidad.

Cuando se busca maximizar las ganancias, se sobrevalora lo que puede ser medido o cuantificado, en detrimento de dimensiones humanas de importancia incalculable: “sólo cuenta lo que puede ser contado”. Esta mentalidad invade el deporte cuando la atención se concentra obsesivamente en los resultados alcanzados y en las sumas de dinero que se pueden obtener de la victoria. En muchos casos, incluso a nivel aficionado, los imperativos y los valores del mercado han llegado a oscurecer otros valores humanos del deporte, que, en cambio, merecen ser custodiados.

El Papa Francisco ha llamado la atención sobre los efectos negativos que estas dinámicas pueden causar en los atletas, afirmando: «Cuando el deporte viene considerado únicamente en conformidad a los parámetros económicos o de persecución de la victoria a toda costa, se corre el peligro de reducir a los atletas a una mera mercancía lucrativa. Los mismos atletas entran en un mecanismo que los arrastra, pierden el verdadero sentido de su actividad, esa alegría de jugar que les atraía de niños y que les empujó a hacer tantos sacrificios para convertirse en campeones. El deporte es armonía, pero si prevalece una búsqueda desmedida del dinero y del éxito, esta armonía se interrumpe».[19]

También los atletas de alto nivel y profesionales, cuando el interés económico se vuelve el objeti-

vo principal o exclusivo, corren el riesgo de concentrarse en sí mismos y en el rendimiento, debilitando la dimensión comunitaria del juego y traicionando su dimensión social y cívica. El deporte, en cambio, es una actividad que posee valores compartidos por todos aquellos que participan en él y es capaz de humanizar la convivencia, incluso en situaciones difíciles. Por el contrario, una atención desproporcionada al dinero concentra la mirada de manera explícita y reducida sobre uno mismo. También en este caso es aplicable el dicho de Jesús: «Nadie puede servir a dos señores» (Mt 6,24).

Un peligro particular emerge cuando los beneficios económicos que derivan del éxito en el deporte son considerados más importantes que el valor intrínseco de la participación; la dictadura del rendimiento puede inducir al uso de sustancias dopantes y de otras formas de fraude, y puede conducir a los jugadores de deportes en equipo a concentrarse en su propio bienestar económico más que en la lealtad hacia su disciplina. Cuando los incentivos financieros se vuelven el único criterio, puede suceder que individuos y equipos dobleguen sus resultados a la corrupción y a la intromisión de la industria de los juegos de azar. Estas diversas formas de fraude no sólo corrompen las actividades deportivas en sí mismas, sino que contribuyen además a la desilusión del gran público y a socavar el aporte positivo del deporte a la sociedad en general.

Competición y cultura del encuentro

Ampliando la mirada a nivel de las competiciones deportivas, también estas pueden desarrollar un papel importante para favorecer la unidad entre las personas. Es interesante que la palabra competición deriva de dos raíces latinas: cum –“juntos”– y petere –“pedir”. En una competición, por tanto, se puede decir que dos personas o dos equipos buscan juntos la excelencia. No son enemigos mortales. Y en el tiempo que precede o que sigue a la competición existe, por lo general, la oportunidad de encontrarse y conocerse.

Precisamente por eso la competición deportiva,

cuando es auténtica, presupone un pacto ético compartido: la aceptación leal de las reglas y el respeto de la autenticidad del enfrentamiento. El rechazo del dopaje y de toda forma de corrupción, por ejemplo, es una cuestión no sólo disciplinar, sino que afecta al corazón mismo del deporte. Alterar artificialmente el rendimiento o comprar el resultado significa romper la dimensión del *cum-petere*, transformando la búsqueda común de la excelencia en una imposición individual o parcial.

El deporte verdadero, en cambio, educa a una relación serena con el límite y con la norma. El límite es un umbral para vivir; es lo que hace significativo el esfuerzo, inteligible el progreso y reconocible el mérito. La norma es la “gramática” compartida que hace posible el juego mismo. Sin reglas no hay competición ni encuentro, sino sólo caos o violencia. Aceptar los límites del propio cuerpo, del tiempo y del esfuerzo, y respetar las reglas comunes significa reconocer que los logros nacen de la disciplina, de la perseverancia y de la lealtad.

En este sentido, el deporte también ofrece una lección decisiva más allá del campo de juego; enseña que se puede aspirar al máximo sin negar la propia fragilidad, que se puede vencer sin humillar, que se puede perder sin quedar derrotados como personas. La justa competición protege así una dimensión profundamente humana y comunitaria; no separa, sino que pone en relación; no absolutiza el resultado, sino que valora el camino; no idolatra el rendimiento, sino que reconoce la dignidad del que juega.

La competición justa y la cultura del encuentro no conciernen sólo a los jugadores, sino también a los espectadores y a los simpatizantes. El sentido de pertenencia al propio equipo puede ser un elemento muy significativo de la identidad de muchos aficionados; ellos comparten las alegrías y frustraciones de sus héroes y hallan un sentido de comunidad con los otros seguidores. Esto es generalmente un factor positivo en la sociedad, fuente de rivalidad amistosa y de bromas jocosas, pero puede resultar problemático cuando se transforma en un modo de polarización que con-

duce a la violencia verbal y física. Entonces, de expresión de apoyo y participación, la afición se transforma en fanatismo; el estadio se vuelve un lugar de enfrentamiento más que de encuentro. Aquí el deporte no une, sino que divide; no educa, sino que deseduca, porque reduce la identidad personal a una pertenencia ciega y opositorra. Esto es particularmente preocupante cuando la afición se vincula con otras formas de discriminación política, social y religiosa, y se utiliza indirectamente para expresar formas más profundas de resentimiento y odio.

Las competiciones internacionales, en particular, ofrecen una ocasión privilegiada para experimentar nuestra común humanidad en la riqueza de sus diversidades. En efecto, hay algo profundamente emotivo en las ceremonias de apertura y de clausura de los Juegos Olímpicos, cuando vemos a los atletas desfilan con las banderas nacionales y los trajes típicos de sus países. Experiencias como éstas pueden inspirarnos y recordarnos que estamos llamados a formar una única familia humana. Los valores promovidos por el deporte —como la lealtad, el compartir, la acogida, el diálogo y la confianza en los demás— son comunes a toda persona, independientemente de la procedencia étnica, la cultura y la religión.[20]

Deporte, relación y discernimiento

El deporte nace como experiencia relacional; pone en contacto los cuerpos y, a través de los cuerpos, las historias, las diferencias y las pertenencias. Entrenar juntos, competir lealmente, compartir el esfuerzo y la alegría del juego favorece el encuentro y construye vínculos que superan barreras sociales, culturales y lingüísticas. En este sentido, el deporte es un poderoso facilitador de relaciones sociales que crea comunidad, educa al respeto de las reglas comunes y enseña que ningún resultado es fruto de un camino solitario. Sin embargo, precisamente porque moviliza pasiones profundas, el deporte lleva consigo también límites.

El significado educativo del deporte se revela de manera particular en la relación entre victoria y

derrota. Vencer no es simplemente prevalecer, sino reconocer el valor del itinerario realizado, de la disciplina, del esfuerzo compartido. Perder, por su parte, no coincide con el fracaso de la persona, sino que puede convertirse en una escuela de verdad y de humildad. El deporte educa de ese modo a una comprensión más profunda de la vida, en la que el éxito nunca es definitivo y la caída nunca tiene la última palabra. Aceptar la derrota sin desesperación y la victoria sin arrogancia significa aprender a vivir la realidad con madurez, reconociendo los propios límites y las propias posibilidades.

No es extraño, además, que el deporte sea revestido de una función casi religiosa. Los estadios se perciben como catedrales laicas, los partidos son liturgias colectivas, los atletas como figuras salvíficas. Esta sacralización revela una auténtica necesidad de sentido y de comunión, pero corre el riesgo de vaciar tanto el deporte como la dimensión espiritual de la existencia. Cuando el deporte pretende sustituir a la religión, pierde su carácter de juego y de servicio a la vida, volviéndose absoluto, totalizante, incapaz de relativizarse a sí mismo.

En este contexto se inserta también el peligro del narcisismo, que atraviesa hoy toda la cultura deportiva. El atleta puede quedar fijado al espejo del propio cuerpo vigoroso, del propio éxito medido en visibilidad y aprobación. El culto a la imagen y al rendimiento, amplificado por las redes sociales y las plataformas digitales, amenaza con fragmentar a la persona, separando el cuerpo de la mente y del espíritu. Es urgente reafirmar un cuidado integral de la persona humana, en la que el bienestar físico no se separe del equilibrio interior, de la responsabilidad ética y de la apertura a los demás. Es necesario redescubrir las figuras que hayan unido pasión deportiva, sensibilidad social y santidad. Entre los numerosos ejemplos que podría mencionar, quiero recordar a san Pier Giorgio Frassati (1901-1925), joven turinés que unía perfectamente fe, oración, compromiso social y deporte. Pier Giorgio era un apasionado del alpinismo y organizaba con frecuencia excursiones con sus amigos. Ir a la

montaña, sumergirse en esos escenarios majestuosos, le hacía contemplar la grandeza del Creador.

Otra distorsión se manifiesta en la instrumentalización política de las competiciones deportivas internacionales. Cuando el deporte se somete a lógicas de poder, de propaganda o de supremacía nacional, se traiciona su vocación universal. Las grandes manifestaciones deportivas deberían ser lugares de encuentro y de admiración recíproca, no escenarios para la afirmación de intereses políticos o ideológicos.

Los desafíos contemporáneos se intensifican ulteriormente con el impacto del transhumanismo y de la inteligencia artificial en el mundo del deporte. Las tecnologías aplicadas al rendimiento amenazan con introducir una separación artificial entre cuerpo y mente, transformando al atleta en un producto optimizado, controlado, potenciado más allá de los límites naturales. Cuando la técnica deja de estar al servicio de la persona y pretende redefinirla, el deporte pierde su dimensión humana y simbólica, convirtiéndose en un laboratorio de experimentación desencarnada.

En contraste con estas desviaciones, el deporte conserva una extraordinaria capacidad inclusiva. Practicado de manera adecuada, abre espacios de participación para personas de cualquier edad, condición social y habilidad, convirtiéndose en instrumento de integración y dignidad.

En esta perspectiva se sitúa la experiencia de *Athletica Vaticana*. Creada en el 2018 como equipo oficial de la Santa Sede y bajo la guía del Dicasterio para la Cultura y la Educación, da testimonio de cómo el deporte puede ser vivido también como servicio eclesial, sobre todo hacia los más pobres y los más frágiles. Aquí el deporte no es espectáculo, sino proximidad; no es selección, sino acompañamiento; no es competición exasperada, sino camino compartido.

Finalmente, es preciso interrogarse sobre la creciente asimilación del deporte con la lógica de los videojuegos. La “gamificación” extrema de la práctica deportiva, la reducción de la experiencia a puntuaciones, niveles y rendimiento repetibles,

corre el riesgo de desanclar el deporte del cuerpo real y de la relación concreta. El juego, que es siempre riesgo, imprevisto y presencia, es sustituido por una simulación que promete control total y gratificación inmediata. Recuperar el valor auténtico del deporte significa, entonces, restituirle su dimensión encarnada, educativa y relacional, para que siga siendo una escuela de humanidad y no un mero dispositivo de consumo.

Una pastoral del deporte para la vida en abundancia

Una pastoral válida del deporte nace de la conciencia de que el deporte es uno de los lugares donde se forman imaginarios, se plasman estilos de vida y se educa a las jóvenes generaciones. Por eso es necesario que las Iglesias particulares reconozcan el deporte como espacio de discernimiento y acompañamiento, que merece un compromiso de orientación humano y espiritual. En esta perspectiva, resulta oportuno que en el seno de las Conferencias episcopales haya oficinas o comisiones dedicadas al deporte, donde elaborar y coordinar la propuesta pastoral, poniendo en diálogo las realidades deportivas, educativas y sociales presentes en los diferentes territorios. El deporte, de hecho, atraviesa parroquias, escuelas, universidades, oratorios, asociaciones y barrios; estimular una visión compartida permite evitar la fragmentación y valorizar las experiencias ya existentes.

A nivel local, el nombramiento de un responsable diocesano y la constitución de equipos pastorales para el deporte responde a la misma necesidad de proximidad y continuidad. El acompañamiento pastoral del deporte no se agota en momentos celebrativos, sino que se realiza a lo largo del tiempo, compartiendo los esfuerzos, las expectativas, las decepciones y las esperanzas de quienes viven a diario el campo, el gimnasio y la calle. Este acompañamiento se refiere tanto al fenómeno deportivo en su conjunto —con sus transformaciones culturales y económicas—, como a las personas concretas que lo conforman. La Iglesia está llamada a acercarse allí donde el deporte se vive como profesión, como competi-

ción de alto nivel, como oportunidad de éxito o de exposición mediática, pero teniendo especialmente en cuenta el deporte de base, a menudo marcado por la escasez de recursos, pero muy rico en relaciones.

Una buena pastoral del deporte puede contribuir significativamente a la reflexión sobre la ética deportiva. No se trata de imponer normas desde fuera, sino de iluminar desde dentro el sentido de la acción deportiva, mostrando cómo la búsqueda del resultado puede convivir con el respeto al otro, a las reglas y a sí mismo. En particular, la armonía entre el desarrollo físico y el desarrollo espiritual debe considerarse como dimensión constitutiva de una visión integral de la persona humana. El deporte se convierte así en un lugar donde aprender a cuidar de uno mismo sin idolatrarse, a superarse sin anularse, a competir sin perder la fraternidad.

Pensar y poner en práctica el deporte como herramienta comunitaria abierta e inclusiva es otra tarea decisiva. El deporte puede y debe ser un espacio acogedor, capaz de involucrar a personas de diferentes orígenes sociales, culturales y físicos. La alegría de estar juntos, que nace del juego compartido, del entrenamiento común y del apoyo mutuo, es una de las expresiones más sencillas y profundas de la humanidad reconciliada.

En este horizonte, los deportistas constituyen un modelo que debe ser reconocido y acompañado. Su experiencia cotidiana habla de ascetismo y sobriedad, de trabajo paciente sobre sí mismos, de equilibrio entre disciplina y libertad, de respeto por los ritmos del cuerpo y de la mente. Estas cualidades pueden iluminar toda la vida social. La vida espiritual, a su vez, ofrece a los deportistas una visión que va más allá del rendimiento y del resultado. Introduce el sentido del ejercicio como práctica que forma la interioridad. Ayuda a dar sentido al esfuerzo, a vivir la derrota sin desesperación y el éxito sin presunción, transformando el entrenamiento en disciplina de lo humano.

Todo esto encuentra su horizonte último en la promesa bíblica que da título a esta Carta: la vi-

da en abundancia. No se trata de una acumulación de éxitos o logros, sino de una plenitud de vida que integra el cuerpo, las relaciones y la interioridad. Desde el punto de vista cultural, la vida en abundancia invita a liberar al deporte de lógicas reduccionistas que lo convierten en mero espectáculo o consumo. En clave pastoral, exhorta a la Iglesia a una presencia capaz de acompañar, discernir y generar esperanza. Así, el deporte puede llegar a ser verdaderamente una escuela de vida, en la que se aprende que la abundancia no nace de la victoria a cualquier precio, sino del compartir, del respeto y de la alegría de caminar juntos.

Vaticano, 6 de febrero de 2026

Leo P.P. XIV

Notas

- [1] Comité Olímpico Internacional, Olympic Charter 1984, Losanna 1983, 6.
- [2] S. Juan Pablo II, Homilía en la Santa Misa por el Jubileo de los deportistas (12 abril 1984), 3.
- [3] Id., Discurso al Cuerpo Diplomático (13 enero 2003), 4.
- [4] Encuentro internacional por la paz. Religiones y culturas en diálogo (Roma, 28 octubre 2025).
- [5] S. Juan Pablo II, Carta enc. Redemptor hominis (4 marzo 1979), 14.
- [6] Cf. H. de San Víctor, Didascalicon, II, XX-VII, Washington 1939, 44.
- [7] Sto. Tomás de Aquino, Summa Theologiae, II-II, q. 168, art. 2.
- [8] Ibíd., I-II, q. 1, art. 6, ad 1.
- [9] M. de Montaigne, Les Essais, I, 25, París 2007, 171.
- [10] Cf. M. Kelly, I cattolici e lo sport. Una visione storica e teologica, en La Civiltà Cattolica, 2014, IV, 567-568.
- [11] Cf. A. Stelitano - A. M. Dieguez - Q. Bortolato, I Papi e lo sport, Ciudad del Vaticano 2015.
- [12] Cf. León XIII, Carta enc. Rerum novarum (15 mayo 1891), 36.

- [13] Pío XII, Discurso a los atletas italianos (20 mayo 1945).
- [14] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 61.
- [15] Cf. Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, “Dar lo mejor de uno mismo”. Documento sobre la perspectiva cristiana del deporte y la persona humana (1 junio 2018).
- [16] Cf. M. Csikszentmihalyi, Beyond Boredom and Anxiety. The Experience of Play in Work and Games, San Francisco 1975.
- [17] Francisco, Discurso a los participantes en el encuentro organizado por el Centro Deportivo Italiano (7 junio 2014).
- [18] Encuentro con las autoridades, representantes de la sociedad civil y el Cuerpo diplomático (Ankara, Türkiye, 27 noviembre 2025).
- [19] Francisco, Discurso a los Comités Olímpicos Europeos (23 noviembre 2013).
- [20] Cf. Francisco, Discurso a los deportistas y a los organizadores del partido de fútbol por la paz (1 septiembre 2014).

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA SESIÓN PLENARIA DEL DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA

Sala Clementina, viernes 6 de febrero de 2026

Formar al respeto de la vida y a la tutela de los vulnerables

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
 ¡La paz esté con vosotros!
 Eminencias, excelencias,
 queridos sacerdotes, hermanos y hermanas:
 Me alegra recibirlos en estos días, que os ven reunidos para la Asamblea Plenaria del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. En el centro de vuestro trabajo están los temas de la formación cristiana y de los Encuentros Mundiales, realidades importantes para toda la Iglesia.
 Los Encuentros Mundiales atraen a un gran número de participantes y requieren un complejo

trabajo organizativo, en escucha y colaboración con las comunidades locales y con personas y organismos, muchos de los cuales poseen una larga y valiosa experiencia de evangelización.

Quisiera, sin embargo, detenerme especialmente en el tema de la formación cristiana. Las palabras de san Pablo que habéis elegido como título de vuestra reunión indican, a este respecto, una dirección precisa. Si consideramos por entero el versículo de la que han sido extraídas, leemos: «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros» (Gal 4,19). El apóstol se dirige a los gálatas y los llama “hijos míos”, refiriéndose a un “parto” con el que, no sin sufrimientos, los ha llevado a acoger a Cristo. La formación se coloca, de este modo, bajo el signo de la “generación”, del “dar vida”, del “hacer nacer”, en una dinámica que, con dolor, conduce al discípulo a la unión vital con la persona misma del Salvador, vivo y operante en él o en ella, capaz de transformar la vida “en la carne” (cfr. Rm 7,5) en vida de “Cristo en nosotros” (cfr. 2Cor 13,5; Gal 2,20).

Este es un tema muy querido por el apóstol y presente en varios pasos de sus cartas. Por ejemplo, allí donde, dirigiéndose a los corintios, dice: «ahora que estáis en Cristo tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús» (1Cor 4,15). Es cierto que en la Iglesia, a veces, la figura del formador como “pedagogo” empeñado en transmitir instrucciones y competencias religiosas ha prevalecido sobre la del “padre” capaz de generar en la fe. Sin embargo, nuestra misión es mucho más alta, por lo que no podemos detenernos en transmitir una doctrina, una observancia, una ética, sino que estamos llamados a compartir lo que vivimos con generosidad, amor sincero por las almas, disponibilidad a sufrir por los demás y dedicación sin reservas, como padres que se sacrifican por los hijos.

Y esto nos lleva a otro aspecto de la formación: su dimensión de comunión. Del mismo modo que la vida humana se transmite gracias al amor de un hombre y una mujer, así la vida cristiana

es vehiculada por el amor de una comunidad. No es el sacerdote solo, o un catequista, o un líder carismático quien genera a la fe, sino la Iglesia (cfr. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, 111), la Iglesia unida, viva, hecha de familias, de jóvenes, de célibes, de consagrados, animada por la caridad y por ello deseosa de ser fecunda, de transmitir a todos, y sobre todo a las nuevas generaciones, la alegría y la plenitud de sentido que vive y experimenta. Lo que hace nacer en los padres el deseo de dar la vida a los hijos no es la necesidad de tener algo, sino el afán de dar, de compartir la sobreabundancia de amor y de alegría que los habita; aquí también tiene sus raíces toda obra de formación.

Jesús, después de la Resurrección, confía a los apóstoles el mandato misionero diciéndoles que hagan “discípulos a todos los pueblos”, que los bauticen y les enseñen “a guardar todo lo que os he mandado” (cfr. Mt 28,19-20). Recuerdo estas expresiones porque en ellas encontramos resumidos otros elementos fundamentales de la misión del formador, que quisiera también subrayar.

Ante todo, la necesidad de favorecer caminos de vida constantes, atractivos y personales, que conduzcan al Bautismo y a los Sacramentos, o a su redescubrimiento, porque sin ellos no hay vida cristiana (cfr. Benedicto XVI, Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 22 de febrero de 2007, 6).

Luego, la importancia de ayudar a quienes emprenden un camino de fe a madurar y custodiar una nueva forma de vida, que abarque todos los ámbitos de la existencia, tanto privados como públicos, como el trabajo, las relaciones y la conducta cotidiana (cfr. S. Juan Pablo II, Discurso a los participantes en la asamblea plenaria del Pontificio Consejo para la Cultura, 16 de marzo de 2002, 3).

Además, es indispensable cuidar en nuestras comunidades los aspectos formativos orientados al respeto de la vida humana en todas sus etapas, especialmente aquellos que contribuyen a prevenir cualquier tipo de abuso a menores y personas vulnerables, así como a acompañar y apoyar a las víctimas.

Como podemos ver, el arte de formar no es fácil y no se improvisa: requiere paciencia, escucha, acompañamiento y verificación, tanto a nivel personal como comunitario, y no puede prescindir de la experiencia y la compañía de quienes lo han vivido, para aprender y tomar ejemplo. Así, en el curso de los siglos, han nacido gigantes del espíritu como san Ignacio de Loyola, san Felipe Neri, san José de Calasanz, san Gaspar del Bufalo o san Juan Leonardi. Y desde esta perspectiva, también San Agustín, apenas elegido obispo, compuso su tratado *De catechizandis rudibus*, cuyas indicaciones siguen siendo útiles y valiosas hasta el día de hoy.

Por eso, queridísimos, a la luz de estos modelos, os animo en vuestro trabajo y os agradezco la ayuda que prestáis al Dicasterio en la reflexión sobre estos temas. Los retos a los que os enfrentáis a veces pueden parecer superiores a vuestras fuerzas y recursos. Pero no debéis desanimaros. Empezad por lo pequeño, siguiendo, en la fe, la lógica evangélica del “grano de mostaza” (cfr. Mt 13,31-32), confiando en que el Señor hará que no os falten, en el tiempo oportuno, las energías, las personas y las gracias necesarias. Mirad a María: dándonos a Cristo, «cooperó con su caridad a que naciesen en la Iglesia los fieles que son los miembros de aquella cabeza» (S. Agustín, *De sancta virginitate* 6, 6). Imitad su fe y encomendaos siempre a su intercesión.

Hermanos y hermanas, renuevo mi “gracias”, os prometo acordarme de vosotros en la oración y os bendigo de corazón.

Mensaje del Papa con ocasión de la XII Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata de personas

6 de febrero de 2026

La paz comienza con la dignidad: una llamada global a poner fin a la trata de personas

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la 12ª Jornada Mundial de Oración y Sensibilización contra la Trata de Perso-

nas, renuevo firmemente la urgente llamada de la Iglesia a afrontar y poner fin a este grave crimen contra la humanidad.

Este año, en particular, deseo recordar el saludo del Señor Resucitado: «La paz esté con ustedes» (Jn 20,19). Estas palabras son más que un saludo; ofrecen un camino hacia una humanidad renovada. La verdadera paz comienza con el reconocimiento y la protección de la dignidad que Dios ha dado a cada persona. Sin embargo, en una época marcada por una violencia en aumento, muchos se ven tentados a buscar la paz «mediante las armas como condición para afirmar el propio dominio» (Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 9 enero 2026). Además, en situaciones de conflicto, la pérdida de vidas humanas es, con demasiada frecuencia, desestimada por los promotores de la guerra como un “daño colateral”, sacrificada en la persecución de intereses políticos o económicos.

Lamentablemente, la misma lógica de dominio y desprecio por la vida humana alimenta también el flagelo de la trata de personas. La inestabilidad geopolítica y los conflictos armados crean un terreno fértil para que los traficantes exploten a los más vulnerables, especialmente a las personas desplazadas, a los migrantes y a los refugiados. Dentro de este paradigma resquebrajado, las mujeres y los niños son los más afectados por este comercio atroz. Además, la creciente brecha entre ricos y pobres obliga a muchos a vivir en condiciones precarias, dejándolos expuestos a las promesas engañosas de los reclutadores.

Este fenómeno resulta particularmente perturbador en el auge de la llamada “esclavitud cibernética”, mediante la cual las personas son atraídas a esquemas fraudulentos y actividades delictivas, como las estafas en línea y el tráfico de drogas. En estos casos, la víctima es coaccionada a asumir el papel de perpetrador, agravando sus heridas espirituales. Estas formas de violencia no son incidentes aislados, sino síntomas de una cultura que ha olvidado cómo amar como Cristo ama.

Ante estos graves desafíos, acudimos a la oración

y a la sensibilización. La oración es la “pequeña llama” que debemos custodiar en medio de la tormenta, pues nos da la fuerza para resistir la indiferencia ante la injusticia. La sensibilización nos permite identificar los mecanismos ocultos de explotación en nuestros barrios y en los espacios digitales. En definitiva, la violencia de la trata de personas sólo puede superarse mediante una visión renovada que contemple a cada individuo como a un hijo amado de Dios.

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que, como Cristo, sirven con delicadeza y consideración al acercarse a las víctimas de la trata, incluidas las redes y organizaciones internacionales. Quiero también reconocer a los sobrevivientes que se han convertido en defensores, apoyando otras víctimas. Que el Señor los bendiga por su valentía, fidelidad y compromiso incansable.

Con estos sentimientos, encomiendo a quienes conmemoran este día a la intercesión de santa Josefina Bakhita, cuya vida se erige como un poderoso testimonio de esperanza en el Señor que la amó hasta el extremo (cf. Jn 13,1). Unámonos todos en el camino hacia un mundo donde la paz no sea simplemente la ausencia de guerra, sino “desarmada y desarmante”, arraigada en el pleno respeto de la dignidad de todos.

Vaticano, 29 de enero de 2026

LEÓN PP. XIV

SALUDO DEL PAPA AL PERSONAL DE LOS
SERVICIOS DE LA FLORERÍA Y DE LA OFICINA DE
EDILICIA CON SUS FAMILIARES

Sala Clementina, domingo 8 de febrero de 2026

Gratitud por el cuidado atento de los espacios de oración y de encuentro con el Papa

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

¡Buenos días a todos! ¡Feliz domingo y bienvenidos!

Queridos hermanos y hermanas de la Floristería y de la Oficina de Edificación, junto con sus familiares. También nos acompaña el canto, que es muy bonito... Que siga cantando.

Dentro de poco compartiremos la oración del Ángelus con todos los fieles que se han reunido en la Plaza de San Pedro. Pero antes, tengo el placer de saludarlos y agradecerles el trabajo que realizan con tanta dedicación. Como directivos, empleados y trabajadores de estos dos sectores operativos de la Ciudad del Vaticano, han demostrado una gran pasión por sus tareas, especialmente durante el Año Jubilar que acaba de concluir. Gracias también a su compromiso común, millones de peregrinos han podido vivir con orden y serenidad el paso por la Puerta Santa, participando fructíferamente en las celebraciones litúrgicas, las audiencias y otros eventos. El agradecimiento que les expreso de corazón se convierte en estímulo para los proyectos futuros, que se refieren tanto a la constante actualización de los servicios técnicos y logísticos como al cuidado atento de los ambientes vaticanos, sobre todo de los espacios dedicados a la oración y a los encuentros con el Papa. El decoro de los espacios y la seguridad de las estructuras encuentran, en efecto, su sentido más elevado en el apoyo que brindan a la devoción de los fieles y a la labor pastoral de la Iglesia. En particular, la Basílica de San Pedro es un lugar sagrado que pide ser custodiado ante todo como templo de contemplación, recogimiento y asombro espiritual. La plaza que se encuentra frente a ella, que abraza al mundo con su maravillosa columnata, es la «tarjeta de presentación», como se suele decir, de nuestra acogida a todos.

Por eso los invito, mientras realizan su trabajo diario, a unirse a mí para pensar en quienes pasan por los lugares que ustedes cuidan y a orar por ellos. De hecho, la fe y la oración dan sentido pleno a todo lo que hacemos.

Queridísimos, la labor que realizan cada día representa sin duda un servicio discreto y valioso para la misión apostólica del Papa. De hecho, se

inscribe en la compleja actividad de la Gobernación y de la Dirección de Infraestructuras y Servicios, a los que alabo por la diligente gestión de muchas tareas dentro del Estado del Vaticano. Cada uno por su parte, sobre todo en los momentos de prueba, recordemos que somos miembros de un único organismo, cuyo fin es dar testimonio del Evangelio según el mandato del Señor, buen Pastor y Cabeza de la Iglesia. Como signo de mi gratitud, los bendigo de corazón a ustedes, a sus familiares, que hoy los acompañan, y a su trabajo. Muchas gracias.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 8 de febrero de 2026

La historia enseña que no hay futuro sin respeto entre los pueblos

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

Después de haber proclamado las Bienaventuranzas, Jesús se dirige a quienes las viven diciéndoles que, gracias a ellos, la tierra ya no es la misma y el mundo ya no está oscuro. «Ustedes son la sal de la tierra. [...] Ustedes son la luz del mundo» (Mt 5,13-14). La alegría verdadera es la que da sabor a la vida y hace surgir lo que antes no existía. Esta alegría se irradia de un estilo de vida que se desea y elige, de un modo de habitar la tierra y de vivir juntos. Es la vida que resplandece en Jesús, el sabor nuevo de sus gestos y de sus palabras. Después de haberlo encontrado, parece insípido y opaco lo que se aleja de su pobreza de espíritu, de su mansedumbre y sencillez de corazón, de su hambre y sed de justicia, que impulsan a la misericordia y a la paz como dinámicas de transformación y reconciliación.

El profeta Isaías enumera gestos concretos que ponen fin a la injusticia: compartir el pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo, cubrir al desnudo, sin despreocuparse de los vecinos y familiares (cf. Is 58,7). «Entonces —conti-

núa el profeta— despuntará tu luz como la aurora y tu llaga no tardará en cicatrizar» (v. 8). Por una parte, la luz, que no se puede esconder porque es grande como el sol de cada mañana que disipa las tinieblas; por otra, una herida, que antes ardía y ahora sana.

Es doloroso, en efecto, perder sabor y renunciar a la alegría; sin embargo, es posible tener esta herida en el corazón. Pareciera que Jesús pone en guardia a quien lo escucha para que no renuncie a la alegría. La sal que ha perdido sabor, dice, «ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por la gente» (Mt 5,13). Cuántas personas —quizá nos ha sucedido también a nosotros— se sienten descartadas, fracasadas; como si su luz se hubiera escondido. Pero Jesús nos anuncia a un Dios que nunca nos descarta, a un Padre que custodia nuestro nombre y nuestra unicidad. Cada herida, aun profunda, sanará acogiendo la palabra de las Bienaventuranzas y haciéndonos regresar al camino del Evangelio.

Los gestos de apertura y de atención a los demás son los que reavivan la alegría. Ciertamente, en su sencillez nos sitúan contracorriente. Jesús mismo fue tentado, en el desierto, por otros caminos: hacer valer su identidad, exhibirla y tener el mundo a sus pies. Pero él rechaza los caminos en los que hubiera perdido su verdadero sabor, aquel que hallamos cada domingo en la fracción del Pan: la vida entregada, el amor que no hace ruido.

Hermanos y hermanas, dejémonos alimentar e iluminar por la comunión con Jesús. Sin exhibiciones seremos entonces como una ciudad en la cima del monte, no sólo visible, sino también atrayente y acogedora; la ciudad de Dios en la que todos, en definitiva, desean vivir y encontrar la paz. A María, Puerta del cielo, dirijamos ahora la mirada y la oración, para que nos ayude a ser y a permanecer como discípulos de su Hijo.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Huércal-Overa, España, fue beatificado don Salvador Valera Parra, párroco plenamente entregado a su pueblo, humilde y solícito en la

caridad pastoral. Que su ejemplo de sacerdote centrado en lo esencial sea un estímulo para los sacerdotes de hoy, para que sean fieles en la vida cotidiana vivida con sencillez y austeridad.

Con dolor y preocupación he tenido noticia de los recientes ataques contra diversas comunidades en Nigeria, que han causado graves pérdidas de vidas humanas. Expreso mi cercanía en la oración a todas las víctimas de la violencia y del terrorismo. Espero que las autoridades competentes continúen actuando con determinación para garantizar la seguridad y la protección de la vida de cada ciudadano.

Hoy, memoria de santa Josefina Bakhita, se celebra la Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata de Personas. Agradezco a las religiosas y a todos aquellos que se comprometen a combatir y eliminar las actuales formas de esclavitud. Junto con ellos digo: ¡la paz comienza con la dignidad!

Aseguro mi cercanía a las poblaciones de Portugal, Marruecos, España –en particular de Grazalema en Andalucía– y del sur de Italia –especialmente de Niscemi en Sicilia–, afectadas por inundaciones y derrumbes. Aliento a las comunidades a permanecer unidas y solidarias, bajo la materna protección de la Virgen María.

Y ahora doy la bienvenida a todos ustedes, romanos y peregrinos italianos y de diversos países. Saludo a los fieles de Melilla, Murcia y Málaga, en España; a los procedentes de Bielorrusia, Lituania y Letonia; a los estudiantes de Olivenza, España, y a los confirmandos de Malta. Saludo también a los jóvenes conectados con nosotros desde tres oratorios de la diócesis de Brescia.

Sigamos rezando por la paz. Las estrategias del poder económico y militar –como nos enseña la historia– no generan futuro para la humanidad. El futuro está en el respeto y en la fraternidad entre los pueblos.

Les deseo a todos un feliz domingo.

CARTA DEL SANTO PADRE AL PRESBITERIO DE LA
ARCHIDIÓCESIS DE MADRID CON OCASIÓN DE LA

ASAMBLEA PRESBITERAL “CONVIVIUM”

9 de febrero de 2025

Configurados con Cristo en el mundo pero no del mundo

Queridos hijos:

Me alegra poder dirigiros esta carta con ocasión de vuestra Asamblea Presbiteral y hacerlo desde un sincero deseo de fraternidad y unidad. Agradezco a vuestro Arzobispo y, de corazón, a cada uno de vosotros la disponibilidad para reuniros como presbiterio, no sólo para tratar asuntos comunes, sino para sosteneros mutuamente en la misión que compartís.

Valoro el compromiso con el que vivís y ejercitáis vuestro sacerdocio en parroquias, servicios y realidades muy diversas; sé que muchas veces este ministerio se desarrolla en medio del cansancio, de situaciones complejas y de una entrega silenciosa de la que sólo Dios es testigo. Precisamente por eso deseo que estas palabras os alcancen como un gesto de cercanía y de aliento, y que este encuentro favorezca un clima de escucha sincera, de comunión verdadera y de apertura confiada a la acción del Espíritu Santo, que no deja de obrar en vuestra vida y en vuestra misión.

El tiempo que vive la Iglesia nos invita a detenernos juntos en una reflexión serena y honesta. No tanto para quedarnos en diagnósticos inmediatos o en la gestión de urgencias, sino para aprender a leer con hondura el momento que nos toca vivir, reconociendo, a la luz de la fe, los desafíos y también las posibilidades que el Señor abre ante nosotros. En este camino se vuelve cada vez más necesario educar la mirada y ejercitarnos en el discernimiento, de modo que podamos percibir con mayor claridad lo que Dios ya está obrando, muchas veces de forma silenciosa y discreta, en medio de nosotros y de nuestras comunidades.

Esta lectura del presente no puede prescindir del marco cultural y social en el que hoy se vive y se expresa la fe. En muchos ambientes constatamos procesos avanzados de secularización, una cre-

ciente polarización en el discurso público y la tendencia a reducir la complejidad de la persona humana, interpretándola desde ideologías o categorías parciales e insuficientes. En este marco, la fe corre el riesgo de ser instrumentalizada, banalizada o relegada al ámbito de lo irrelevante, mientras se afianzan formas de convivencia que prescinden de toda referencia trascendente.

A ello se suma un cambio cultural profundo que no puede ignorarse: la progresiva desaparición de referencias comunes. Durante mucho tiempo, la semilla cristiana encontró una tierra en buena medida preparada, porque el lenguaje moral, las grandes preguntas sobre el sentido de la vida y ciertas nociones fundamentales eran, al menos en parte, compartidos. Hoy ese sustrato común se ha debilitado notablemente. Muchos de los presupuestos conceptuales que durante siglos facilitaron la transmisión del mensaje cristiano han dejado de ser evidentes y, en no pocos casos, incluso comprensibles. El Evangelio no se encuentra sólo con la indiferencia, sino con un horizonte cultural distinto, en el que las palabras ya no significan lo mismo y donde el primer anuncio no puede darse por supuesto.

Sin embargo, esta descripción no agota lo que realmente está sucediendo. Estoy convencido —y sé que muchos de vosotros lo percibís en el ejercicio cotidiano de vuestro ministerio— de que en el corazón de no pocas personas, especialmente de los jóvenes, se abre hoy una inquietud nueva. La absolutización del bienestar no ha traído la felicidad esperada; una libertad desvinculada de la verdad no ha generado la plenitud prometida; y el progreso material, por sí solo, no ha logrado colmar el deseo profundo del corazón humano. En efecto, las propuestas dominantes, junto con determinadas lecturas hermenéuticas y filosóficas con las que se ha querido interpretar el destino del hombre, lejos de ofrecer una respuesta suficiente, han dejado con frecuencia una mayor sensación de hartazgo y vacío. Precisamente por ello, constatamos que muchas personas comienzan a abrirse a una búsqueda más honesta y auténtica, una búsqueda que, acompañada con paciencia y respeto, las está conduciendo de nuevo

al encuentro con Cristo. Esto nos recuerda que para el sacerdote no es momento de repliegue ni de resignación, sino de presencia fiel y de disponibilidad generosa. Todo ello nace del reconocimiento de que la iniciativa es siempre del Señor, que ya está obrando y nos precede con su gracia.

Se va perfilando así qué tipo de sacerdotes necesita Madrid —y la Iglesia entera— en este tiempo. Ciertamente no hombres definidos por la multiplicación de tareas o por la presión de los resultados, sino varones configurados con Cristo, capaces de sostener su ministerio desde una relación viva con Él, nutrida por la Eucaristía y expresada en una caridad pastoral marcada por el don sincero de sí. No se trata de inventar modelos nuevos ni de redefinir la identidad que hemos recibido, sino de volver a proponer, con renovada intensidad, el sacerdocio en su núcleo más auténtico —ser *alter Christus*—, dejando que sea Él quien configure nuestra vida, unifique nuestro corazón y dé forma a un ministerio vivido desde la intimidad con Dios, la entrega fiel a la Iglesia y el servicio concreto a las personas que nos han sido confiadas.

Queridos hijos, permitidme que hoy os hable del sacerdocio sirviéndome de una imagen que conocéis bien: vuestra Catedral. No para describir un edificio, sino para aprender de él. Porque las catedrales —como cualquier lugar sagrado— existen, como el sacerdocio, para conducir al encuentro con Dios y la reconciliación con nuestros hermanos, y sus elementos encierran una lección para nuestra vida y ministerio.

Al contemplar su fachada aprendemos ya algo esencial. Es lo primero que se ve, y, sin embargo, no lo dice todo: indica, sugiere, invita. Así también el sacerdote no vive para exhibirse, pero tampoco para esconderse. Su vida está llamada a ser visible, coherente y reconocible, aun cuando no siempre sea comprendida. La fachada no existe para sí misma: conduce al interior. Del mismo modo, el sacerdote no es nunca fin en sí mismo. Toda su vida está llamada a remitir a Dios y a acompañar el paso hacia el Misterio, sin usurpar su lugar.

Al llegar al umbral comprendemos que no conviene que todo entre en el interior, pues es espacio sagrado. El umbral marca un paso, una separación necesaria. Antes de entrar, algo queda fuera. También el sacerdocio se vive así: estando en el mundo, pero sin ser del mundo (cf. Jn 17,14). En este cruce se sitúan el celibato, la pobreza y la obediencia; no como negación de la vida, sino como la forma concreta que permite al sacerdote pertenecer enteramente a Dios sin dejar de caminar entre los hombres.

La catedral es también un hogar común, donde todos tienen lugar. Así está llamada a ser la Iglesia, especialmente para con sus sacerdotes: una casa que acoge, que protege y que no abandona. Y así ha de vivirse la fraternidad presbiteral; como la experiencia concreta de saberse en casa, responsables unos de otros, atentos a la vida del hermano y dispuestos a sostenernos mutuamente. Hijos míos, nadie debería sentirse expuesto o solo en el ejercicio del ministerio: ¡resistid juntos al individualismo que empobrece el corazón y debilita la misión!

Al recorrer el templo, advertimos que todo descansa sobre las columnas que sostienen el conjunto. La Iglesia ha visto en ellas la imagen de los Apóstoles (cf. Ef 2,20). Tampoco la vida sacerdotal se sostiene por sí misma, sino en el testimonio apostólico recibido y transmitido en la Tradición viva de la Iglesia, y custodiado por el Magisterio (cf. 1 Co 11,2; 2 Tm 1,13-14). Cuando el sacerdote permanece anclado en este fundamento, evita edificar sobre la arena de interpretaciones parciales o acentos circunstanciales, y se apoya en la roca firme que lo precede y lo supera (cf. Mt 7,24-27).

Antes de llegar al presbiterio, la catedral nos muestra lugares discretos pero fundamentales: en la pila bautismal nace el Pueblo de Dios; en el confesionario es continuamente regenerado. En los sacramentos, la gracia se revela como la fuerza más real y eficaz del ministerio sacerdotal. Por eso, queridos hijos, celebrad los sacramentos con dignidad y fe, siendo conscientes de que lo que en ellos se produce es la verdadera fuerza que edifica la Iglesia y que son el fin último al

que se ordena todo nuestro ministerio. Pero no olvidéis que vosotros no sois la fuente, sino el cauce, y que también necesitáis beber de esa agua. Por eso, no dejéis de confesaros, de volver siempre a la misericordia que anunciáis.

Junto al espacio central se abren capillas diversas. Cada una tiene su historia, su advocación. A pesar de ser distintas en arte y composición, todas comparten una misma orientación; ninguna está girada hacia sí misma, ninguna rompe la armonía del conjunto. Así sucede también en la Iglesia con los distintos carismas y espiritualidades mediante los cuales el Señor enriquece y sostiene vuestra vocación. Cada uno recibe una forma particular de expresar la fe y de nutrir la interioridad, pero todos permanecen orientados hacia el mismo centro.

Miremos el centro de todo, hijos míos: aquí se revela qué da sentido a lo que hacéis cada día y de dónde brota vuestro ministerio. En el altar, por vuestras manos, se actualiza el sacrificio de Cristo en la más alta acción confiada a manos humanas; en el sagrario, permanece Aquel que habéis ofrecido, confiado de nuevo a vuestro cuidado. Sed adoradores, hombres de profunda oración y enseñad a vuestro pueblo a hacer lo mismo.

Al término de este recorrido, para ser los sacerdotes que la Iglesia necesita hoy, os dejo el mismo consejo de vuestro santo compatriota, san Juan de Ávila: «Sed vosotros todo suyo» (Sermón 57). ¡Sed santos! Os encomiendo a Santa María de la Almudena y, con el corazón lleno de gratitud, os imparto la Bendición Apostólica, que extendiendo a cuantos están confiados a vuestro cuidado pastoral.

Vaticano, 28 de enero de 2026. Memoria de santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia.

LEÓN PP. XIV

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI, miércoles 11 de febrero de 2026

Entre muchas palabras vacías la Palabra de Dios es la única siempre nueva

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

En la catequesis de hoy nos detendremos en la profunda y vital relación que existe entre la Palabra de Dios y la Iglesia, relación expresada en la Constitución conciliar Dei Verbum, en el capítulo sexto. La Iglesia es el lugar propio de la Sagrada Escritura. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, la Biblia nació del pueblo de Dios, y está destinada al pueblo de Dios. En la comunidad cristiana tiene, por así decir, su habitat: efectivamente, en la vida y en la fe de la Iglesia encuentra el espacio donde revelar su significado y manifestar su fuerza.

El Vaticano II recuerda que «la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia». Además, «siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe» (Dei Verbum, 21).

La Iglesia nunca deja de reflexionar sobre el valor de las Sagradas Escrituras. Después del Concilio, un momento muy importante a este respecto fue la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, en octubre de 2008. El Papa Benedicto XVI recogió sus frutos en la Exhortación postsinodal Verbum Domini (30 de septiembre de 2010), en la que afirma: «Precisamente el vínculo intrínseco entre Palabra y fe muestra que la auténtica hermenéutica de la Biblia sólo es posible en la fe eclesial, que tiene su paradigma en el sí de María. [...] El lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia» (n. 29).

Por tanto, la Escritura encuentra en la comunidad eclesial el ámbito en el que desarrollar su

propia tarea y alcanzar su fin: dar a conocer a Cristo y abrir al diálogo con Dios. «La ignorancia de la Escritura – de hecho – es ignorancia de Cristo» [1]. Esta célebre frase de san Jerónimo nos recuerda la finalidad última de la lectura y la meditación de la Escritura: conocer a Cristo y, a través de Él, entrar en relación con Dios; relación que puede ser entendida como una conversación, un diálogo. Y la Constitución Dei Verbum nos presenta la Revelación precisamente como un diálogo en el que Dios habla a los hombres como a amigos (cfr. DV, 2). Esto sucede cuando leemos la Biblia con una actitud interior de oración: entonces Dios viene a nuestro encuentro y entra en conversación con nosotros.

La Sagrada Escritura, confiada a la Iglesia y custodiada y explicada por ella, desempeña un papel activo: con su eficacia y potencia, sostiene y fortalece la comunidad cristiana. Todos los fieles están llamados a beber de esta fuente, sobre todo en la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos. El amor por las Sagradas Escrituras y la familiaridad con ellas deben guiar a quien ejerce el ministerio de la Palabra: obispos, sacerdotes, diáconos, catequistas. El trabajo de los exégetas y de cuantos practican las ciencias bíblicas es muy valioso; y en la Teología, que tiene su fundamento y su alma en la Palabra de Dios, la Escritura ha de ocupar el puesto central.

Lo que la Iglesia desea ardientemente es que la Palabra de Dios pueda alcanzar a todos sus miembros y nutrir su camino de fe. Pero la Palabra de Dios también empuja a la Iglesia más allá de sí misma, la abre continuamente a la misión hacia todos. De hecho, vivimos rodeados de multitud de palabras; sin embargo, ¡cuántas de ellas son palabras vacías! A veces escuchamos también palabras sabias pero que no tocan nuestro destino último. En cambio, la Palabra de Dios sacia nuestra sed de sentido y de verdad sobre nuestra vida. Es la única Palabra siempre nueva: revelándonos el misterio de Dios es inexhaustible, no cesa nunca de ofrecer sus riquezas. Queridos, viviendo en la Iglesia se aprende que

la Sagrada Escritura se refiere totalmente a Jesucristo, y se experimenta que esta es la razón profunda de su valor y su potencia. Cristo es la Palabra viviente del Padre, el Verbo de Dios hecho carne. Todas las Escrituras anuncian su Persona y su presencia que salva, para todos nosotros y para toda la humanidad. Abramos, entonces, el corazón y la mente para acoger este don, siguiendo a María, Madre de la Iglesia.

[1] S. Jerónimo, Comm. in Is., Prol.: PL 24, 17 B.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Me uno espiritualmente a cuantos hoy se reúnen en Chiclayo, Perú, para celebrar solemnemente la Jornada Mundial del Enfermo y confío a todos, especialmente a los enfermos y a sus familiares, a la protección maternal de la Santísima Virgen María. Bajo su amparo también encomiendo a las víctimas y a todos los afectados por las graves inundaciones en Colombia, mientras exhorto a toda la comunidad a sostener con la caridad y la oración a las familias damnificadas. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS
CARABINEROS DE LA COMPAÑÍA ROMA-SAN
PIETRO

Sala Clementina, viernes 13 de febrero de 2026

Fieles al Evangelio para llenar toda acción y servicio con la caridad de Cristo

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Me complace darles la bienvenida a ustedes, que están al servicio del orden y la seguridad en el área metropolitana de Roma y en el territorio provincial.

Me ha alegrado mucho saber que el pasado Año

Jubilar, a pesar de haber sido particularmente exigente, ha representado para ustedes una experiencia enriquecedora, tanto en el plano humano como en el profesional. Doy gracias al Señor por ello. De hecho, así ha sido para todos los que vivimos en Roma: el testimonio de tantos peregrinos nos ha edificado.

Y pienso en los albores del cristianismo en esta ciudad, cuando en los diversos ámbitos, incluso en el ejército, comenzó a circular la Buena Nueva de Jesús: una nueva forma de vivir y de pensar, un Dios que es amor, misericordia, perdón; una fraternidad entre todos los hombres y mujeres que supera cualquier diferencia social y étnica.

Queridos amigos, ustedes son militares y saben bien lo que significa jerarquía, mando, obediencia. Estas palabras también las usamos en la Iglesia, transformadas por la novedad del Evangelio. Y, de manera análoga, el Evangelio, a lo largo de los siglos, ha impregnado las estructuras, los criterios, las formas de actuar y de pensar de las civilizaciones en las que ha penetrado; lo ha hecho no con una revolución violenta, sino con una transformación pacífica, desde dentro, a través de las conciencias, de la conversión de los corazones. Así, el Evangelio ha llevado a todas partes el sentido de Dios y del ser humano: el respeto absoluto por la vida y la persona humana, junto con la adoración de Dios y solo de Él.

Entonces, reflexionemos: ¿no es esto lo que puede y debe suceder en todas las épocas, incluso en el mundo y en la Roma de hoy? Así es, y lo tenemos confirmado al más alto nivel del Magisterio de la Iglesia católica: en el Concilio Vaticano II, en las enseñanzas y en los ejemplos de los Papas. Estamos llamados a redescubrir la esencialidad del mensaje cristiano y el estilo de la Iglesia naciente, para encarnarlos en nuestro mundo tan diferente, mucho más complejo. Pero «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y lo será para siempre» (Heb 13,8).

Señores y señoras, les agradezco el servicio que prestan, en particular en los alrededores del Vaticano y en la ciudad de Roma. Les deseo que lo

realicen siempre con conciencia recta, fieles a los principios y normas del Cuerpo de los Carabinieri y, como cristianos, fieles al Evangelio, que llena cada intención y cada acción con la caridad de Cristo.

Los encomiendo a la protección de María Virgo Fidelis, y bendigo de corazón a cada uno de ustedes, a sus familias y a su trabajo. ¡Gracias!

[Bendición]

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 15 de febrero

También se mata con las palabras y no respetando la dignidad de las personas

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

También hoy escuchamos en el Evangelio una parte del “sermón de la montaña” (cf. Mt 5,17-37). Después de haber proclamado las Bienaventuranzas, Jesús nos invita a entrar en la novedad del Reino de Dios y, para guiarnos en este camino, revela el verdadero significado de los preceptos de la Ley de Moisés, que no sirven para satisfacer una necesidad religiosa exterior y sentirse bien ante Dios, sino para hacernos entrar en la relación de amor con Dios y con los hermanos. Por eso, Jesús dice que no ha venido a abolir la Ley, «sino a dar cumplimiento» (v. 17).

El cumplimiento de la Ley es precisamente el amor, que realiza su significado profundo y su fin último. Se trata de adquirir una “justicia superior” (cf. v. 20) a la de los escribas y fariseos, una justicia que no se limita a observar los mandamientos, sino que nos abre al amor y nos compromete en el amor. Jesús, en efecto, examina algunos preceptos de la Ley que se refieren a casos concretos de la vida, y utiliza una forma lingüística –las antinomias– para hacer ver la diferencia entre una justicia religiosa formal y la justicia del Reino de Dios. Por una parte, Jesús afirma: «Ustedes han oído que se dijo a los antepasa-

dos», y, por otra: «Pero yo les digo» (cf. vv. 21-37).

Este planteamiento es muy importante. Nos dice que la Ley ha sido dada a Moisés y a los profetas como un camino para empezar a conocer a Dios y su proyecto sobre nosotros y sobre la historia o, para usar una frase de san Pablo, como un preceptor que nos ha guiado hacia Él (cf. Ga 3,23-25). Pero ahora, Él mismo, en la persona de Jesús, ha venido entre nosotros llevando la Ley a cumplimiento, haciéndonos hijos del Padre y dándonos la gracia de entrar en relación con Él como hijos y hermanos entre nosotros.

Hermanos y hermanas, Jesús nos enseña que la verdadera justicia es el amor y que, en cada precepto de la Ley, debemos percibir una exigencia de amor. No es suficiente con no matar físicamente a una persona, si después la mato con las palabras o no respeto su dignidad (cf. vv. 21-22). Del mismo modo, no basta con ser fiel al cónyuge formalmente y no cometer adulterio, si en esa relación faltan la ternura recíproca, la escucha, el respeto, el cuidado mutuo y el caminar juntos en un proyecto común (cf. vv. 27-28.31-32). A estos ejemplos, que Jesús mismo nos ofrece, podríamos agregar otros más. El Evangelio nos ofrece esta preciosa enseñanza: no se necesita una justicia mínima, se necesita un amor grande, que es posible gracias a la fuerza de Dios.

Invoquemos juntos a la Virgen María, que ha dado al mundo a Cristo, Aquel que lleva a cumplimiento la Ley y el plan de salvación. Que Ella interceda por nosotros, ayudándonos a entrar en la lógica del Reino de Dios y a vivir en su justicia.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso mi cercanía a la población de Madagascar, afectada en tan poco tiempo por dos ciclones que han provocado inundaciones y deslizamientos de tierra. Rezo por las víctimas y sus familiares, así como por todas las personas que han sufrido graves daños.

En los próximos días se celebrará el año nuevo lunar, una festividad que celebrarán miles de mi-

llones de personas en Asia oriental y otras partes del mundo. Que esta alegre celebración sirva para reforzar los lazos familiares y de amistad, lleve serenidad a los hogares y a la sociedad, y sea una ocasión para mirar juntos hacia el futuro construyendo la paz y la prosperidad para todos los pueblos. Con mis mejores deseos para el nuevo año, expreso a todos mi afecto e invoco sobre cada uno la bendición del Señor.

Me complace saludar a todos ustedes, romanos y peregrinos, en particular a los fieles de la parroquia de San Lorenzo en Cádiz, España, y a los que han venido desde Le Marche.

Doy la bienvenida a los estudiantes y profesores de la Escuela Católica All Saints de Sheffield y del Colegio Salesiano Thornleigh de Bolton, en Inglaterra; de la Escuela de Vila Pouca de Aguiar, en Portugal; del Colegio Altasierra, de Sevilla; y de la Escuela Edith Stein de Schillingfürst, en Alemania.

Saludo a los participantes en el Encuentro Nacional del Movimiento de Estudiantes Católicos (FIDAE); a los confirmandos de Almenno San Salvatore y a los de Lugo, Rosaro, Stallavena y Alcenago; a los niños de la Escuela San Giuseppe de Bassano del Grappa y a los del Instituto Salesiano Sant'Ambrogio, de Milán; a los jóvenes de Petosino y a los de Solbiate y Cagno. ¡Les deseo un buen domingo a todos!

HOMILÍA DEL PAPA EN LA MISA EN LA
PARROQUIA DE SANTA MARÍA REINA DE LA PAZ
Ostia Lido, 15 de febrero de 2025

No resignarse al a cultura de la prepotencia y la injusticia

Queridos hermanos y hermanas,
es para mí motivo de gran alegría estar aquí y vivir con su comunidad el gesto que da nombre al «domingo». Es «el día del Señor» porque Jesús Resucitado viene entre nosotros, nos escucha y nos habla, nos alimenta y nos envía. Así, en el Evangelio que hemos escuchado hoy, Jesús nos anuncia su «ley nueva»: no solo una enseñanza,

sino la fuerza para llevarla a cabo. Es la gracia del Espíritu Santo la que escribe en nuestro corazón de manera indeleble y lleva a cumplimiento los mandamientos de la antigua alianza (cf. Mt 5, 17-37).

A través del Decálogo, después de la salida de Egipto, Dios había sancionado la alianza con su pueblo, ofreciéndole un proyecto de vida y un camino de salvación. Las «Diez Palabras» se sitúan y se comprenden, pues, dentro del camino de liberación, gracias al cual un conjunto de tribus divididas y oprimidas se transforma en un pueblo unido y libre. Esos mandamientos aparecen así, en el largo camino a través del desierto, como la luz que muestra el camino; y su observancia se comprende y se cumple no tanto como un cumplimiento formal de preceptos, sino como un acto de amor, de correspondencia agradecida y confiada al Señor de la alianza. Por lo tanto, la ley dada por Dios a su pueblo no está en contradicción con su libertad, sino que, al contrario, es la condición para que esta florezca.

Así, la primera lectura, tomada del libro del Eclesiástico (cf. 15, 16-21), y el salmo 118, con el que hemos cantado nuestra respuesta, nos invitan a ver en los mandamientos del Señor no una ley opresiva, sino su pedagogía para la humanidad que busca la plenitud de la vida y la libertad.

A este respecto, al comienzo de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, encontramos una de las expresiones más bellas del Concilio Vaticano II, en la que casi se siente palpar el corazón de Dios a través del corazón de la Iglesia. El Concilio dice:

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1).

Esta profecía de salvación se derrama de manera sobreaabundante en la predicación de Jesús, que

comienza a orillas del lago de Galilea con el anuncio de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,1-12) y continúa mostrando el sentido auténtico y pleno de la ley de Dios. Dice el Señor: Ustedes han oído que se dijo a los antepasados: "No matarás", y el que mata, debe ser llevado ante el tribunal. Pero yo les digo que todo aquel que se irrita contra su hermano, merece ser condenado por un tribunal. Y todo aquel que lo insulta, merece ser castigado por el Sanedrín. Y el que lo maldice, merece la Gehena de fuego. De este modo, indica como camino hacia la plenitud del ser humano una fidelidad a Dios basada en el respeto y el cuidado del otro en su inviolable sacralidad, que debe cultivarse, antes que en los gestos y en las palabras, en el corazón. Es allí, de hecho, donde nacen los sentimientos más nobles, pero también las profanaciones más dolorosas: las cerrazones, las envidias, los celos, por lo que quien piensa mal de su hermano, alimentando malos sentimientos hacia él, es como si en su íntimo ya lo estuviera matando. No en vano, San Juan afirma: «Todo aquel que odia a su hermano es homicida» (1 Jn 3,15).

¡Cuán ciertas son estas palabras! Y, cuando también a nosotros nos suceda juzgar a los demás y despreciarlos, recuerden que el mal que vemos en el mundo tiene sus raíces precisamente allí, donde el corazón se vuelve frío, duro y pobre en misericordia.

Esto se experimenta también aquí, en Ostia, donde, lamentablemente, la violencia existe y hiere, extendiéndose a veces entre los jóvenes y los adolescentes, tal vez alimentada por el consumo de sustancias; o bien a causa de organizaciones criminales, que explotan a las personas involucrándolas en sus crímenes y que persiguen intereses inicuos con métodos ilegales e inmorales.

Ante estos fenómenos, los invito a todos ustedes, como comunidad parroquial, unidos a otras realidades virtuosas que operan en estos barrios, a seguir dedicándose con generosidad y valentía a sembrar en sus calles y en sus hogares la buena semilla del Evangelio. No se resignen a la cultura de la prepotencia y la injusticia. Al contrario,

difundan el respeto y la armonía, comenzando por desarmar los lenguajes y luego invirtiendo energías y recursos en la educación, especialmente de los niños y los jóvenes. Sí, que en la parroquia puedan aprender la honestidad, la acogida, el amor que traspasa las fronteras; aprender a ayudar no solo a quienes les corresponden y a saludar no solo a quienes les saludan, sino a ir hacia todos de manera gratuita y libre; aprender la coherencia entre la fe y la vida, como nos enseña Jesús cuando dice: «...si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda. » (Mt 5,23-24).

Hace ciento diez años, el Papa Benedicto XV quiso que esta parroquia se llamara Santa María Reina de la Paz. Lo hizo en plena Primera Guerra Mundial, pensando también en su comunidad como un rayo de luz en el cielo plomizo de la guerra. Con el paso del tiempo, lamentablemente, muchas nubes siguen oscureciendo el mundo, con la difusión de lógicas contrarias al Evangelio, que exaltan la supremacía del más fuerte, fomentan la prepotencia y alimentan la seducción de la victoria a cualquier precio, sordas al grito de quienes sufren y de quienes están indefensos.

Oponemos a esta deriva la fuerza desarmante de la mansedumbre, continuando pidiendo la paz, y acogiendo y cultivando su don, con tenacidad y humildad. San Agustín enseñaba que «no es difícil poseer la paz [...]. Si [...] la queremos tener, está ahí, a nuestro alcance, y podemos poseerla sin ningún esfuerzo» (Sermo 357, 1). Y esto es porque nuestra paz es Cristo, que se conquista dejándose conquistar y transformar por Él, abriéndole el corazón y, con su gracia, abriéndolo a quienes Él mismo pone en nuestro camino.

Hagan ustedes también lo mismo, queridas hermanas y queridos hermanos, día tras día. Háganlo juntos, como comunidad, con la ayuda de María, Reina de la Paz. Que Ella, Madre de Dios y Madre nuestra, nos custodie y nos prote-

ja siempre. Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES EN LA PLENARIA DE LA
PONTIFICIA ACADEMIA PARA LA VIDA
Sala Clementina Lunes, 16 de febrero de 2026

La guerra es el atentado más absurdo contra la vida y la salud

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

¡Buenos días a todos y, bienvenidos!

Eminencias,

Excelencias,

distinguidos académicos,

queridos hermanos y hermanas,

me complace encontrarme con ustedes por primera vez, junto con el nuevo presidente, monseñor Renzo Pegoraro. Les agradezco su investigación científica al servicio de la vida humana y el trabajo que realizan en esta Academia Pontificia.

Aprecio mucho el tema que han elegido para su encuentro de este año: Healthcare for All. Sustainability and Equity. (Salud para todos. Sostenibilidad y equidad). Es un tema de gran importancia, tanto por su actualidad como desde el punto de vista simbólico. De hecho, en un mundo desgarrado por conflictos que absorben enormes recursos económicos, tecnológicos y organizativos para producir armas y otros dispositivos bélicos, es más significativo que nunca dedicar tiempo, fuerzas y competencias a proteger la vida y la salud. Esta última, como afirmaba el papa Francisco, «no es un bien de consumo, sino un derecho universal por lo cual el acceso a los servicios sanitarios no puede ser un privilegio».» (Discurso a los Medicos con África - CUAMM, 7 de mayo de 2016). Por lo tanto, les agradezco esta elección.

Un primer aspecto que deseo destacar es el vínculo entre la salud de todos y la salud de cada uno. La pandemia de Covid-19 nos lo ha demos-

trado de manera a veces brutal. Ha quedado claro que la reciprocidad y la interdependencia son la base de nuestra salud y de la vida misma. El estudio de esta interdependencia requiere el diálogo entre diferentes conocimientos: la medicina, la política, la ética, la gestión y otros; como en un mosaico, cuyo éxito depende tanto de la elección de las piezas como de su combinación. De hecho, en lo que respecta a los sistemas sanitarios y la salud pública, se trata, por un lado, de comprender los fenómenos y, por otro, de identificar las medidas políticas, sociales y tecnológicas que afectan a la familia, el trabajo, el medio ambiente y toda la sociedad.

En este sentido quisiera reiterar que es necesario centrarse no «en el lucro inmediato, sino en lo que será mejor para todos, sabiendo ser pacientes, generosos y solidarios, creando lazos y tendiendo puentes, para trabajar en red, para optimizar los recursos, para que todos puedan sentirse protagonistas y beneficiarios del trabajo común» (Discurso a los participantes en el Seminario de ética en la gestión de las empresas del sector sanitario, 17 de noviembre de 2025).

Aquí encontramos el tema de la prevención, que también implica una perspectiva amplia: las situaciones en las que viven las comunidades, que son el resultado de políticas sociales y medioambiental, tienen un impacto sobre la salud y sobre la vida de las personas. Cuando examinamos la esperanza de vida – y de vida en buena salud – en diferentes países y en diferentes grupos sociales, descubrimos enormes desigualdades. Estas dependen de variables como, por ejemplo, el nivel de remuneración, el título de estudios, el barrio de residencia.

Y, lamentablemente, hoy en día no podemos dejar de lado las guerras, que afectan a las estructuras civiles, incluidos los hospitales, y constituyen el ataque más absurdo que la propia mano del ser humano dirige contra la vida y la salud pública. A menudo se afirma que la vida y la salud son valores igualmente fundamentales para todos, pero esta afirmación resulta hipócrita si al mismo tiempo se ignora las causas estructurales y las decisiones operativas que determinan las

desigualdades. A pesar de las declaraciones y proclamas, en realidad no todas las vidas son igualmente respetadas y la salud no se protege ni se promueve de la misma manera para todos.

Puede sernos útil la noción de One health, como base para un enfoque global, multidisciplinario e integrado de las cuestiones sanitarias. Esta noción subraya la dimensión ambiental y la interdependencia de las múltiples formas de vida y de los factores ecológicos que permiten su desarrollo equilibrado. Es importante tomar conciencia de que la vida humana es incomprensible e insostenible sin las demás criaturas. De hecho, en palabras de la encíclica *Laudato si'*, «todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (n. 89). Este enfoque está muy en sintonía con la bioética global por la que su Academia se ha interesado repetidamente y que es bueno seguir cultivando.

Traducido en términos de acción pública, One health requiere la integración de la dimensión sanitaria en todas las políticas (transporte, vivienda, agricultura, empleo, educación, etc.), siendo conscientes de que la salud afecta a todas las dimensiones de la vida. Por lo tanto, necesitamos consolidar nuestra comprensión y nuestra práctica del bien común, para que no se descuide bajo la presión de intereses particulares, individuales y nacionales.

El bien común, que constituye uno de los principios fundamentales del pensamiento social de la Iglesia, corre el riesgo de seguir siendo una noción abstracta e irrelevante si no reconocen que tiene sus raíces en la práctica concreta de las relaciones de proximidad entre las personas y los vínculos que se viven entre los ciudadanos. Este es el terreno en el que puede crecer una cultura democrática que favorezca la participación y sea capaz de conjugar eficiencia, solidaridad y justicia. Es necesario recuperar la conexión con la actitud fundamental del cuidado como apoyo y cercanía al otro, no solo porque se encuentra en una situación de necesidad o enfermedad, sino

porque comparte una condición existencial de vulnerabilidad que une a todos los seres humanos. Solo así podremos desarrollar sistemas sanitarios más eficaces y sostenibles, capaces de satisfacer las necesidades de salud en un mundo con recursos limitados y de restablecer la confianza en la medicina y en los profesionales sanitarios, a pesar de la desinformación y el escepticismo hacia la ciencia.

Dada la dimensión global de la cuestión, reitero la necesidad de encontrar formas eficaces de reforzar las relaciones internacionales y multilaterales, de manera que puedan «recuperar la fuerza precisa para desempeñar su papel de encuentro y mediación. Esto es realmente necesario para prevenir conflictos y garantizar que nadie se vea tentado a imponerse a los demás mediante la mentalidad de la fuerza, ya sea verbal, física o militar» (Discurso al Cuerpo diplomático, 9 de enero de 2026). Y este horizonte también se aplica a la cooperación y la coordinación llevadas a cabo por las organizaciones supranacionales comprometidas con la protección y la promoción de la salud.

He aquí, queridos amigos, mi deseo final: que su compromiso dé testimonio eficaz de esa actitud de cuidado mutuo en la que se expresa el estilo de Dios hacia nosotros, porque Él cuida de todos sus hijos. Bendigo de corazón a cada uno de ustedes, a sus seres queridos y a su trabajo. Gracias.

Oremos juntos

Padre nuestro...

El Señor esté con ustedes...

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS MIEMBROS
DE LA ASOCIACIÓN “PRO PETRI SEDE”

Salita del Aula Pablo VI, miércoles 18 de febrero de

2026

**En tiempos turbulentos es
necesario que el Papa conserve la
libertad de decir la verdad**

¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

¡La paz esté con ustedes!

Hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me complace encontrarme con ustedes, queridos miembros de la Asociación Pro Petri Sede, con motivo de su peregrinación a Roma. Sé que vienen regularmente a encontrarse con el Sucesor de Pedro —cada tres años, creo— para manifestarle su apego y su fidelidad, mostrando así pública y simbólicamente el sentido de su propio carisma: sostener la Sede Apostólica, como indica el propio nombre de su asociación. Son, en efecto, los lejanos herederos de los zuavos pontificios que se comprometieron incondicionalmente, hasta dar su vida, a defender la libertad del Romano Pontífice, entonces amenazado. Las condiciones sociohistóricas han cambiado, evidentemente, y hoy ya no se trata de luchar con las armas ni de ejercer violencia alguna. Por otra parte, ¿no rechazó mi beato predecesor Pío IX que se derramara sangre ante las murallas de Roma? Un gesto profético que indica que la verdadera lucha es de otra naturaleza...

Su compromiso incondicional con el Papa se traduce hoy esencialmente en: sus oraciones; sus esfuerzos para explicar a los fieles el papel y la acción de la Santa Sede; y sus ofrendas materiales, en particular en favor de los más necesitados. ¡Les doy las gracias muy sinceramente por ello! Me ha conmovido que este año hayan elegido apoyar una obra de caridad de mi querida ex diócesis de Chiclayo. La creación de un centro de formación para los más necesitados será de gran utilidad y me permitirá, aunque lejos por la distancia, permanecer cerca de todas esas personas con el pensamiento y la caridad. Les agradezco de nuevo de todo corazón, y les agradezco también en nombre del obispo de Chiclayo, S.E. monseñor Edinson Farfán.

Queridos amigos, les pido que perseveren en su importante misión de apoyar a la Sede Apostólica y que la amplíen también, si es posible, una misión que conserva hoy todo su significado. El obispo de Roma, en efecto, ha recibido de Cris-

to la tarea de reunir en la unidad al pueblo fiel y de anunciar el Evangelio de la Salvación en toda la tierra; y el carisma de sus sucesores implica la libertad soberana de poder hacerlo. Ahora bien, el anuncio del Reino se ve obstaculizado en muchos lugares del mundo y de muchas maneras. Cuán importante es, pues, en los tiempos turbulentos en que vivimos, que «Pedro» conserve su total libertad para decir la verdad, denunciar la injusticia, defender los derechos de los más débiles, promover la paz y, sobre todo, anunciar a Jesucristo muerto y resucitado, único horizonte posible de una humanidad reconciliada.

Les agradezco nuevamente sus oraciones. Son de gran importancia para la Iglesia; también son un gran consuelo para mí en el ejercicio de mi función.

Encomendándoles a ustedes, así como a todos los miembros de su asociación, sin olvidar a sus familias, a la intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, y a la protección del apóstol Pedro, de buen grado les imparto la bendición apostólica. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro, Miércoles 18 de febrero de 2026

Oración y ayuno de gestos y comentarios que hieren

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos.

El Concilio Vaticano II, a cuyos documentos estamos dedicando las catequesis, cuando quiso describir la Iglesia se preocupó, ante todo, de explicar de dónde proviene su origen. Para hacerlo, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, aprobada el 21 de noviembre de 1964, tomó de las Cartas de San Pablo el término “misterio”. Eligiendo este vocablo no quiso decir que la Iglesia es algo oscuro o incomprensible, como a veces comúnmente se piensa cuando se escucha pronunciar la palabra “misterio”. Exactamente lo contrario: de hecho, cuando San Pablo utiliza, sobre todo en la Carta a los Efesios, esta

palabra quiere indicar una realidad que antes estaba escondida y que ahora ha sido revelada. Se trata del plan de Dios que tiene un objetivo: unificar a todas las criaturas gracias a la acción reconciliadora de Jesucristo, acción que se llevó a cabo en su muerte en la cruz. Esto se experimenta ante todo en la asamblea reunida para la celebración litúrgica: allí las diversidades se relativizan, lo que cuenta es encontrarse juntos porque nos atrae el Amor de Cristo, que ha derribado el muro de separación entre personas y grupos sociales (cf. Ef 2,14). Para San Pablo el misterio es la manifestación de lo que Dios ha querido realizar para la entera humanidad y se da a conocer en experiencias locales, que gradualmente se dilatan hasta incluir a todos los seres humanos e incluso al cosmos.

La condición de la humanidad es una fragmentación que los seres humanos no son capaces de reparar, aunque la tensión hacia la unidad habite en sus corazones. En esa condición se inscribe la acción de Jesucristo, que, mediante el Espíritu Santo, venció a las fuerzas de la división y al Divisor mismo. Encontrarse juntos celebrando, habiendo creído en el anuncio del Evangelio, y vivido como atracción ejercitada por la cruz de Cristo, que es la manifestación suprema del amor de Dios; y sentirse convocados juntos por Dios: por eso se usa el término *ekklesía*, es decir, asamblea de personas que reconocen haber sido convocadas. Así pues, hay una cierta coincidencia entre este misterio y la Iglesia: la Iglesia es el misterio hecho perceptible.

Esta convocatoria, precisamente porque es realizada por Dios, no puede, sin embargo, limitarse a un grupo de personas, sino que está destinada a convertirse en experiencia de todos los seres humanos. Por eso, el Concilio Vaticano II, al inicio de la Constitución *Lumen gentium*, afirma así: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (n. 1). Con el uso del término “sacramento” y la consiguiente explicación, se quiere indicar que la Iglesia es en la historia de la humanidad expresión de lo que Dios quiere realizar;

por lo que, al mirarla se capta en cierta medida el plan de Dios, el misterio: en este sentido la Iglesia es un signo. Además, al término “sacramento” se añade también el de “instrumento”, precisamente para indicar que la Iglesia es un signo activo. De hecho, cuando Dios obra en la historia, involucra en su actividad a las personas que son destinatarias de su acción. Es mediante la Iglesia que Dios alcanza su objetivo de unir en sí mismo a las personas y de reunir las entre ellas.

La unión con Dios encuentra su reflejo en la unión de las personas humanas. Es esta la experiencia de la salvación. No es casualidad que en la Constitución *Lumen gentium* en el capítulo VII, dedicado al carácter escatológico de la Iglesia peregrina, en el n. 48, se utiliza de nuevo la descripción de la Iglesia como sacramento, con la especificación “de salvación”: «Porque Cristo – dice el Concilio – levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rm 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre». Este texto permite comprender la relación entre la acción unificadora de la Pascua de Jesús, que es misterio de pasión, muerte y resurrección, y la identidad de la Iglesia. Al mismo tiempo, nos hace sentir agradecidos por pertenecer a la Iglesia, cuerpo de Cristo resucitado y único pueblo de Dios peregrino en la historia, que vive como presencia santificadora en medio de una humanidad todavía fragmentada, como signo eficaz de unidad y reconciliación entre los pueblos.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy, Miércoles de Ceniza, comenzamos la Cuaresma, tiempo de gracia y conversión. Pidamos al Señor que disponga nuestros corazones

nes para escuchar y hacer vida su Palabra, ayudando de gestos y comentarios que hieran a los demás y nos alejen de su Corazón misericordioso. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES EN EL CAPÍTULO GENERAL DE
LOS LEGIONARIOS DE CRISTO
Sala del Consistorio, Jueves 19 de febrero de 2026

La autoridad no es un dominio sino servicio espiritual y fraterno

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Eminencia, Excelencia, queridos hermanos:

Me alegra recibirlos en la fase final de su Capítulo General. Como en la vida de todo instituto religioso, este es un tiempo de gracia, ya que constituye un momento privilegiado de discernimiento comunitario y de escucha al Espíritu Santo, que sigue guiando su historia y sosteniendo la misión confiada a su congregación, en fidelidad al carisma recibido como un don de Dios para la Iglesia.

Es, además, la ocasión para que ustedes se reconozcan herederos de un carisma que, a través de diversos caminos y expresiones históricas —a veces dolorosas y no exentas de crisis— ha dado origen a la congregación de los Legionarios de Cristo, unida por una misma raíz espiritual y por una pasión apostólica común. Esta memoria compartida no mira sólo al pasado, sino que impulsa a una renovación constante en el presente, fieles al Evangelio.

El carisma es un don del Espíritu Santo. Cada instituto y cada uno de sus miembros están llamados a encarnarlo personalmente y en comunidad, en un continuo proceso de profundización de la propia identidad que los sitúa y los define dentro de la Iglesia y de la sociedad. Este camino constituye, a su vez, una aportación valiosa para la Iglesia en su conjunto y, de modo particular, para la familia espiritual del Regnum

Christi.

La diversidad de formas, estilos y acentos en la vivencia del carisma recibido no debilita la unidad, sino que la enriquece, como en «el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 236). Por esta razón, no se debe temer la pluralidad, sino acogerla y discernirla, y permitir que se exprese para responder con mayor transparencia y fidelidad a la llamada de Dios. Al igual que en una familia cada miembro posee su propia identidad y misión, también entre ustedes la pluralidad de dones manifiesta la fecundidad del Espíritu y fortalece la misión común.

Como se ha mencionado, el carisma es un don del Espíritu Santo; es Él quien distribuye sus dones (cf. 1 Co 12,11), y lo hace para la renovación y edificación de la Iglesia. Como dice san Pablo, «en cada uno se manifiesta para el bien común» (1 Co 12,7). Por ello, el carisma debe ser recibido con gratitud y consuelo (cf. Const. dogma. *Lumen gentium*, 12). Recuerden, por tanto, que no son dueños del carisma, sino sus custodios y servidores. Están llamados a entregar su vida para que este don siga siendo fecundo en la Iglesia y en el mundo. Por ello, este Capítulo los invita a seguir preguntándose cómo vivir hoy, con fidelidad creativa, la intuición carismática que dio origen a su familia religiosa.

Un Capítulo General también es el momento para evaluar el camino recorrido y discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, el camino por recorrer. De este modo, ustedes han considerado el ejercicio del gobierno y de la autoridad en el instituto como uno de los temas centrales. La autoridad, en la vida religiosa, no se entiende como dominio, sino como servicio espiritual y fraterno a quienes comparten la misma vocación. Su ejercicio debe manifestarse en el «“arte del acompañamiento”, para aprender a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). [...] Con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 169). La autoridad en la

vida religiosa está también al servicio de la animación de la vida común, centrándola en Cristo y orientándola hacia la plenitud de la vida en Él, evitando toda forma de control que no respete la dignidad y la libertad de las personas.

Entre las tareas fundamentales del gobierno religioso se encuentra, de igual forma, la de promover la fidelidad al carisma. Para ello, es necesario fortalecer un estilo de gobierno caracterizado por la escucha mutua, la corresponsabilidad, la transparencia, la cercanía fraterna y el discernimiento comunitario. Un buen gobierno, en lugar de concentrarlo todo en sí mismo, fomenta la subsidiariedad y la participación responsable de todos los miembros de la comunidad.

La vida consagrada, llamada a ser experta en comunión, crea espacios donde el Evangelio se traduce en fraternidad concreta. Durante estos días, sin duda, han vivido una experiencia concreta de comunión entre hermanos de diversas culturas y realidades, de generaciones distintas, y entre quienes ejercen responsabilidades de gobierno y quienes sirven cotidianamente en comunidades y misiones.

La misión de ustedes consiste en ofrecer este testimonio visible de escucha mutua y de búsqueda conjunta de la voluntad de Dios, tanto para sus comunidades como para aquellos a quienes encuentran en el camino mientras cumplen su misión.

«La unidad misionera, obviamente, no debe entenderse como uniformidad». [1] No se trata de eliminar las diferencias, sino de tener la capacidad de armonizar la diversidad en beneficio de todos, aceptando las divergencias como una riqueza y discerniendo juntos los caminos que el Señor nos propone.

Este proceso requiere humildad para escuchar, libertad interior para expresarse con sinceridad y apertura para aceptar el discernimiento conjunto. Se trata de una exigencia inherente a toda vocación que se vive en comunidad.

La Iglesia vive hoy una intensa llamada a la sinodalidad, es decir, a caminar, escuchar y discernir juntos. El Capítulo General es, por su propia naturaleza, un ejercicio sinodal en el cual todos

están llamados a aportar su experiencia y sensibilidad para construir juntos el futuro del instituto.

Queridos hermanos, los exhorto a seguir viviendo en actitud de oración, humildad y libertad interior. No sigan intereses particulares o regionales, ni busquen meras soluciones organizativas, sino ante todo la voluntad de Dios para su familia religiosa y para la misión que la Iglesia les ha confiado.

Que este Capítulo los abra a un tiempo de esperanza. El Señor sigue llamando y enviando; sanando y purificando, por ello su tarea consiste en discernir cómo responder con fidelidad al presente que Dios pone en sus manos.

Confiando esta nueva etapa de su congregación a la protección maternal de Nuestra Señora de Guadalupe, les imparto de corazón la Bendición Apostólica. Gracias.

[1] Mensaje para la 100.^a Jornada Mundial de las Misiones (18 enero 2026).

DISCURSO DEL PAPA A LOS MISIONEROS OBLATOS DE MARÍA INMACULADA Y A LAS PARTICIPANTES EN EL CAPÍTULO GENERAL DE LAS HERMANAS DE LOS APÓSTOLES

Sala Clementina, sábado 21 de febrero de 2026

La atención a la caridad espejo del amor de Dios

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

¡Buenos días y bienvenidos a todos!

Me alegra mucho saludar a los superiores generales aquí presentes, así como a todos ustedes que se encuentran hoy aquí. Me complace reunirme con ustedes con motivo de dos hitos importantes para sus Congregaciones: el 200 aniversario de la aprobación papal de las Reglas y Constituciones de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada y el 150 aniversario de la fundación de las Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles.

Aunque sus historias son diferentes, sus institutos religiosos tienen muchas cosas en común: el periodo de su fundación, su tierra de origen y, sobre todo, la vocación misionera.

«Me ha enviado a evangelizar a los pobres» (cf. Is 61, 1; Lc 4, 18) fue el lema elegido por San Eugenio de Mazenod para los Oblatos, cuya fundación emprendió con valentía en un momento en que Europa se veía sacudida por acontecimientos complejos y dramáticos que acentuaban la urgencia de anunciar el Evangelio a los más necesitados. Habló y actuó con fuerza en defensa de la dignidad de los pobres, los obreros y los campesinos, explotados como mera fuente de mano de obra y cuyas necesidades humanas más profundas eran ignoradas. Igualmente poderosa e impresionante fue la audacia con la que, incluso como obispo de Marsella, no dudó en responder a su hermano en el episcopado, el arzobispo Bourget de Montreal, que le pidió ayuda. Envío religiosos primero a Canadá y luego a Europa, África y Asia. Esta generosidad fue recompensada, de hecho, con un impresionante florecimiento de vocaciones misioneras, lo que da testimonio de cómo la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo y la atención a las exigencias de la caridad son fuentes de fecundidad y levadura de crecimiento para toda fundación.

Aún hoy, con más de tres mil religiosos repartidos por setenta países, continúan llevando a cabo su ministerio con la misma apertura preferencial hacia los más pequeños, enriquecidos por el precioso don de una extensa familia carismática y una creciente apreciación de las culturas individuales. Acogen esta vitalidad como un don y como un signo que les impulsa a preservar y renovar el espíritu de sus orígenes.

Como les señaló el Papa Francisco hace no muchos años, su Fundador les enseñó a amar a la Iglesia como a una madre, y ustedes le ofrecen «vuestro celo misionero y vuestra vida, participando en su éxodo hacia las periferias del mundo amado por Dios, y viviendo un carisma que os lleva hacia los más lejanos, los más pobres, aquellos a los que nadie llega. (Discurso a los participantes en el Capítulo General de los Mi-

sioneros Oblatos de María Inmaculada, 3 de octubre de 2022). Y hacen todo esto bajo la protección de María y con su apoyo maternal.

En este sentido, también estamos animados por la presencia de las Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, cuyo lema se inspira en las palabras de San Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Con María, la Madre de Jesús» (1, 14).

Esta frase se refiere a la presencia de la Santísima Virgen María entre los Apóstoles, en el Cenáculo y en la primera comunidad cristiana. El padre Agustín Planque les confió estas palabras hace un siglo y medio, cuando fundó su Congregación para asegurar la presencia indispensable de las mujeres en la obra de la Sociedad de Misiones Africanas. Muchas mujeres de Francia y de otros países respondieron a su invitación a estar «con María» para ser como ella, que dio testimonio de Cristo entre los apóstoles y en el mundo. Para muchas de ellas, ese «sí» les costó la vida, dada la dureza del trabajo misionero, la exposición a las enfermedades y, en tiempos recientes, el martirio. Incluso ahora, están presentes en situaciones difíciles, donde ofrecen su servicio con fe y respeto para con todos. Las animo, queridas hermanas, a continuar esta misión, dondequiera que sirvan, convirtiéndose en testigos cada vez más auténticas de solidaridad y de paz (cf. San Juan Pablo II, Homilía en la Santa Misa de la Fiesta de la Presentación del Señor, 2 de febrero de 2002, 4).

Quisiera concluir recordando un último aspecto del carisma que une la inspiración de sus fundadores: el espíritu de familia. En este sentido, ambos animaron a sus hijos e hijas espirituales a fomentar un espíritu de familia sincero y generoso dentro de sus comunidades. Para los hombres y mujeres consagrados, así como para los laicos cristianos verdaderamente comprometidos, esto surge ante todo de su encuentro con Dios, de la Eucaristía, de la oración, de la adoración, de la escucha de la palabra y de la celebración de los sacramentos. Desde allí, desde el altar y el sagrario, este espíritu crece en nuestros corazones, llenándonos de esos sentimientos de comunión y afecto, de solicitud y cercanía paciente, que

siempre deben distinguirnos y que nos hacen reflejo del amor de Dios en el mundo.

Queridísimas, queridísimos, gracias por todo el bien que hacen. Les aseguro mi apoyo en la oración y les imparto de corazón mi bendición apostólica a ustedes y a sus congregaciones.

Oremos juntos...

Padre nuestro...

El Señor esté con ustedes...

HOMILÍA DEL PAPA LEÓN XIV

Parroquia "Sacro Cuore di Gesù a Castro Pretorio", 22 de febrero de 2026

La Iglesia sea presencia de caridad y cercanía dentro de los desafíos del territorio

Queridísimos hermanos y hermanas, hace unos días, con el rito de las Cenizas, iniciamos el camino cuaresmal. La Cuaresma es un tiempo litúrgico intenso, que nos ofrece la oportunidad de redescubrir la riqueza de nuestro Bautismo, para vivir como criaturas plenamente renovadas gracias a la encarnación, muerte y resurrección de Jesús.

La primera lectura y el Evangelio que hemos escuchado, en diálogo entre sí, nos ayudan a redescubrir precisamente el don del Bautismo como gracia que se encuentra con nuestra libertad. El relato del Génesis nos remite a nuestra condición de criaturas, puestas a prueba no tanto por una prohibición, como se cree a menudo, sino por una posibilidad: la posibilidad de una relación. Es decir, el ser humano es libre de reconocer y acoger la alteridad del Creador, quien reconoce y acoge la alteridad de las criaturas. Para impedir esta posibilidad, la serpiente insinúa la presunción de poder anular toda diferencia entre las criaturas y el Creador, seduciendo al hombre y a la mujer con la ilusión de convertirse en Dios. Satanás los impulsa a apoderarse de algo que, según él, Dios querría negarles para mantenerlos siempre en un estado de inferiori-

dad. Este "fresco" del Génesis es una obra maestra insuperable que representa el drama de la libertad.

El Evangelio parece responder al antiguo dilema: ¿puedo realizar mi vida en plenitud diciendo «sí» a Dios? ¿O, para ser libre y feliz, debo liberarme de Él?

La escena de las tentaciones de Cristo, en el fondo, aborda esta dramática pregunta. Nos lleva a descubrir la verdadera humanidad de Jesús que, como enseña la Constitución conciliar *Gaudium et spes*, revela a la persona humana a sí misma: «En el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre» (GS, 22). De hecho, vemos al Hijo de Dios que, oponiéndose a las insidias del antiguo adversario, nos muestra al hombre nuevo, al hombre libre, epifanía de la libertad que se realiza diciendo «sí» a Dios.

Esta nueva humanidad nace de la fuente bautismal. Y entonces, especialmente en este tiempo de Cuaresma, están llamados a redescubrir la gracia del Bautismo, como fuente de vida que habita en nosotros y que, de manera dinámica, nos acompaña en el más absoluto respeto a nuestra libertad.

En primer lugar, es el sacramento mismo el que es dinámico, porque lo que ofrece no se agota en el espacio y el tiempo del rito, sino que es una gracia que acompaña constantemente toda la vida, sosteniendo su seguimiento de Cristo. Pero el Bautismo es dinámico también porque les pone siempre de nuevo en camino, ya que la gracia es una voz interior que nos impulsa a conformarnos a Jesús, liberando nuestra libertad para que encuentre su plenitud en el amor a Dios y al prójimo.

Comprendemos así la naturaleza relacional del Bautismo, que llama a vivir la amistad con Jesús y, así, a entrar en su comunión con el Padre. Esta relación llena de gracia les hace capaces de vivir también una auténtica cercanía con los demás, una libertad que —a diferencia de lo que el diablo propone a Jesús— no es búsqueda del propio poder, sino amor que se dona y que nos hace a todos hermanos y hermanas. De hecho,

san Pablo afirma: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28).

Hermanos y hermanas, el Papa León XIII pidió a San Juan Bosco que construyera aquí mismo la iglesia en la que nosotros nos encontramos hoy. Él había intuido la importancia de este lugar, junto a la estación Termini y en un cruce único de la ciudad, destinado a convertirse con el tiempo en algo aún más importante.

Por eso, queridísimos, al encontrarme hoy con ustedes, veo en ustedes una presencia especial de proximidad, de cercanía dentro de los desafíos de este territorio. En efecto, en ella hay numerosos jóvenes universitarios, personas que se desplazan diariamente por motivos de trabajo, inmigrantes en busca de empleo, jóvenes refugiados que han encontrado en la sede de al lado, por iniciativa de los Salesianos, la posibilidad de conocer a jóvenes italianos de su misma edad y realizar proyectos de integración; y luego están nuestros hermanos que no tienen hogar y que encuentran acogida en los espacios de Cáritas en la calle Marsala. En pocos metros se pueden tocar las contradicciones de este tiempo: la despreocupación de quienes van y vienen con todas las comodidades y quienes no tienen un techo; las muchas posibilidades de bien y la violencia rampante; el deseo de trabajar honestamente y el comercio ilícito de drogas y prostitución.

Su parroquia está llamada a hacerse cargo de estas realidades, a ser levadura del Evangelio en la masa del territorio, a ser signo de cercanía y caridad. Agradezco a los Salesianos por la incansable labor que realizan cada día, y animo a todos a seguir siendo aquí una pequeña llama de luz y esperanza.

Que María Auxiliadora sostenga siempre nuestro camino, nos fortalezca en los momentos de tentación y prueba, para vivir plenamente la libertad y la fraternidad de los hijos de Dios.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 22 de febrero de 2026

Toda guerra es una herida infligida a la familia humana

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz domingo!

Hoy, primer domingo de Cuaresma, el Evangelio nos habla de Jesús que, guiado por el Espíritu, va al desierto y es tentado por el diablo (cf. Mt 4,1-11). Después de ayunar durante cuarenta días, siente el peso de su humanidad: el hambre a nivel físico y las tentaciones del diablo a nivel moral. Enfrenta la misma dificultad que todos experimentamos en nuestro camino y, resistiendo al demonio, nos muestra cómo vencer sus engaños y sus trampas.

La liturgia, con esta Palabra de vida, nos invita a considerar la Cuaresma como un itinerario resplandeciente en el que, con la oración, el ayuno y la limosna, podemos renovar nuestra colaboración con el Señor para hacer de nuestra vida una obra maestra irreplicable. Se trata de permitirle eliminar las manchas y curar las heridas que el pecado haya podido causar en ella, y de comprometernos a hacerla florecer con toda su belleza hasta alcanzar la plenitud del amor, que es la única fuente de felicidad verdadera.

Es verdad, se trata de un camino exigente, y existe el riesgo de que nos desanimemos o de que nos dejemos seducir por caminos de satisfacción menos agotadores, como la riqueza, la fama y el poder (cf. Mt 4,3-8). Estas tentaciones, que también fueron las de Jesús, no son más que pobres sucedáneos de la alegría para la que fuimos creados y que, al final, nos dejan inevitable y eternamente insatisfechos, inquietos y vacíos.

Por eso, san Pablo VI enseñaba que la penitencia, lejos de empobrecer nuestra humanidad, la enriquece, purificándola y fortaleciéndola en su camino hacia un horizonte «que tiene como término el amor y el abandono en el Señor» (Const. ap. Paenitemini, 17 febrero 1966, I). De hecho, la penitencia, al tiempo que nos hace conscientes de nuestras limitaciones, nos da la fuerza para superarlas y vivir, con la ayuda de Dios, una comunión cada vez más intensa con

Él y entre nosotros.

En este tiempo de gracia, practiquémosla generosamente, junto con la oración y las obras de misericordia; demos espacio al silencio, apagemos un poco los televisores, la radio y los smart-phone. Meditemos la Palabra de Dios, acerquémonos a los sacramentos; escuchemos la voz del Espíritu Santo, que nos habla al corazón, y escuchémonos unos a otros, en las familias, en los lugares de trabajo y en las comunidades. Dedicemos tiempo a los que están solos, especialmente a los ancianos, a los pobres y a los enfermos. Renunciemos a lo superfluo y compartamos lo que ahorramos con quienes carecen de lo necesario. Entonces, como dice san Agustín, “nuestra oración, hecha con humildad y caridad, acompañada del ayuno y las limosnas, de la templanza y del perdón; practicando el bien y no devolviendo mal por mal, alejándonos del mal y entregándonos a la virtud, llegará al Cielo y nos dará la paz” (cf. Sermón 206,3).

A la Virgen María, Madre que siempre asiste a sus hijos en la prueba, le confiamos nuestro camino cuaresmal.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Han pasado ya cuatro años desde el inicio de la guerra contra Ucrania. Mi corazón sigue la dramática situación que todos tenemos ante nuestros ojos: ¡cuántas víctimas, cuántas vidas y familias destrozadas, cuánta destrucción, cuánto sufrimiento indecible! En verdad, toda guerra es una herida infligida a la familia humana: deja tras de sí muerte, devastación y un rastro de dolor que marca a generaciones.

La paz no puede posponerse, es una necesidad urgente, que debe encontrar espacio en los corazones y traducirse en decisiones responsables. Por eso renuevo con fuerza mi llamamiento: que callen las armas, que cesen los bombardeos, que se llegue sin demora a un alto el fuego y que se refuerce el diálogo para abrir el camino a la paz.

Invito a todos a unirse en la oración por el martirizado pueblo ucraniano y por todos los que

sufren a causa de esta guerra y de todos los conflictos en el mundo, para que brille en nuestros días el tan esperado don de la paz.

Y ahora dirijo mi saludo a todos ustedes, fieles de Roma, peregrinos italianos y de diversos países.

Bendigo de corazón a las Hermanas Obreras de Jesús, en el centenario de la fundación de su Instituto. Saludo a la Escuela de San José Calasanz de Prievidza, en Eslovaquia, y renuevo mi apoyo a las asociaciones que se comprometen a afrontar juntas las enfermedades raras.

Saludo al grupo del Apostolado de la Oración de Biella, a los fieles de Nicosia, de Castelfranco Veneto y del Decanato de Melegnano; a los confirmandos de Boltiere, a los jóvenes de la Comunidad pastoral Santa María Magdalena de Milán y a los scouts de Tarquinia.

Les deseo a todos un buen domingo y un buen camino cuaresmal.

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES DEL CONGRESO TEOLÓGICO
PASTORAL SOBRE EL EVENTO DE GUADALUPE

24 de febrero de 2026

La evangelización exige diálogo con las culturas

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo cordialmente y agradezco su trabajo de reflexión en torno al signo de perfecta inculturación que, en Santa María de Guadalupe, el Señor quiso regalar a su pueblo. Al reflexionar sobre la inculturación del Evangelio, conviene reconocer el modo mediante el cual Dios mismo se ha manifestado y nos ha ofrecido la salvación.

Él ha querido revelarse no como un ente abstracto ni como una verdad impuesta desde fuera, sino entrando progresivamente en la historia y dialogando con la libertad del hombre. «Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras» (Hb 1,1), Dios

se reveló plenamente en Jesucristo, en quien no sólo comunica un mensaje, sino que se comunica Él mismo; por eso, como enseña san Juan de la Cruz, después de Cristo no queda otra palabra por esperar, no hay nada más que decir, pues todo ha sido dicho en Él (cf. Subida al Monte Carmelo, II, 22, 3-5). Evangelizar consiste, ante todo, en hacer presente y accesible a Jesucristo. Toda acción de la Iglesia debe buscar introducir al ser humano en una relación viva con Él, que ilumina la existencia, interpela la libertad y abre a un camino de conversión, disponiendo a acoger el don de la fe como respuesta al Amor que da sentido y sostiene la vida en todas sus dimensiones.

Sin embargo, el anuncio de la Buena Nueva acontece siempre dentro de una experiencia concreta. Tener eso en cuenta es reconocer e imitar la lógica del misterio de la Encarnación, por el cual Cristo «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14), asumiendo nuestra condición humana, con todo lo que ella comporta en su configuración temporal. Se sigue entonces que no puede ignorarse la realidad cultural de quienes reciben el anuncio y se comprende que la inculturación no es una concesión secundaria ni una mera estrategia pastoral, sino una exigencia intrínseca de la misión de la Iglesia. Como señaló san Pablo VI, el Evangelio —y, por consiguiente, la evangelización— no se identifica con ninguna cultura en particular, pero es capaz de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 20).

Inculturar el Evangelio es, desde esta convicción, seguir el mismo camino que Dios ha recorrido: entrar con respeto y amor en la historia concreta de los pueblos para que Cristo pueda ser verdaderamente conocido, amado y acogido desde dentro de su propia vivencia humana y cultural. Esto implica asumir las lenguas, los símbolos, las formas de pensar, de sentir y de expresarse de cada pueblo, no sólo como vehículos externos del anuncio, sino como lugares reales en los que la gracia desea habitar y actuar.

Con todo, es necesario aclarar que la inculturación no equivale a una sacralización de las cul-

turas ni a su adopción como marco interpretativo decisivo del mensaje evangélico, ni puede reducirse a una acomodación relativista o a una adaptación superficial del mensaje cristiano, pues ninguna cultura, por valiosa que sea, puede identificarse sin más con la Revelación ni convertirse en criterio último de la fe. Legitimar todo lo culturalmente dado o justificar prácticas, visiones del mundo o estructuras que contradicen el Evangelio y la dignidad de la persona sería desconocer que toda cultura —como toda realidad humana— debe ser iluminada y transformada por la gracia que brota del misterio pascual de Cristo.

La inculturación es, más bien, un proceso exigente y purificador, mediante el cual el Evangelio, permaneciendo íntegro en su verdad, reconoce, discierne y asume las semina Verbi presentes en las culturas, y al mismo tiempo purifica y eleva sus valores auténticos, liberándolos de aquello que los oscurece o los desfigura. Estas semillas del Verbo, como huellas de la acción previa del Espíritu, encuentran en Jesucristo su criterio de autenticidad y su plenitud.

Desde esta perspectiva, Santa María de Guadalupe es una lección de la pedagogía divina sobre la inculturación de la verdad salvífica. En ella no se canoniza una cultura ni se absolutizan sus categorías, pero tampoco se las ignora o se las desprecia: son asumidas, purificadas y transfiguradas para convertirse en un lugar de encuentro con Cristo. La Morenita manifiesta el modo de Dios para acercarse a su pueblo; respetuoso en su punto de partida, inteligible en su lenguaje y firme y delicado en su conducción hacia el encuentro con la Verdad plena, con el Fruto bendito de su vientre. En la tilma, entre rosas pintadas, la Buena Noticia entra en el mundo simbólico de un pueblo y hace visible su cercanía, ofreciendo su novedad sin violencia ni coacción. Así, lo sucedido en el Tepeyac no se presenta como una teoría ni como una táctica, sino como un criterio permanente para el discernimiento de la misión evangelizadora de la Iglesia, llamada a anunciar al Verdadero Dios por quien se vive sin imponerlo, pero también sin diluir la radical no-

vedad de su presencia salvadora.

Hoy, en muchas regiones del continente americano y del mundo, la transmisión de la fe ya no puede darse por supuesta, particularmente en los grandes centros urbanos y en sociedades plurales, marcadas por visiones del hombre y de la vida que tienden a relegar a Dios al ámbito de lo privado o a prescindir de Él. En este contexto, fortalecer los procesos pastorales exige una inculturación capaz de dialogar con estas realidades culturales y antropológicas complejas, sin asumirlas acríticamente, de modo que suscite una fe adulta y madura, sostenida en contextos exigentes y a menudo adversos. Esto implica concebir la transmisión de la fe no como una repetición fragmentaria de contenidos ni como una preparación meramente funcional para los sacramentos, sino como un verdadero camino de discipulado, en el que la relación viva con Cristo forme creyentes capaces de discernir, de dar razón de su esperanza y de vivir el Evangelio con libertad y coherencia.

Por ello, la catequesis se vuelve una prioridad irrenunciable para todos los pastores (cf. CELAM, Documento de Aparecida, 295-300). Está llamada a ocupar un lugar central en la acción de la Iglesia, a acompañar de forma continua y profunda el proceso de maduración que conduce a una fe realmente comprendida, asumida y vivida de manera personal y consciente, incluso cuando ello suponga ir a contracorriente de los discursos culturales dominantes.

En este Congreso, ustedes han querido redescubrir y comprender cómo difundir adecuadamente el contenido teológico del acontecimiento guadalupano y, por ende, del Evangelio mismo. Que el ejemplo y la intercesión de tantos santos evangelizadores y pastores que se enfrentaron a ese mismo desafío en su tiempo —Toribio de Mogrovejo, Junípero Serra, Sebastián de Aparicio, Mamá Antula, José de Anchieta, Juan de Palafox, Pedro de San José de Betancur, Roque González, Mariana de Jesús, Francisco Solano, entre tantos otros— les concedan luz y fortaleza para proseguir el anuncio hoy. Y que Santa María de Guadalupe, Estrella de la Nueva Evange-

lización, acompañe e inspire cada iniciativa rumbo a los 500 años de su aparición. De corazón les imparto la Bendición.

Vaticano, 5 de febrero de 2026. Memoria de san Felipe de Jesús, protomártir mexicano.

LEÓN PP. XIV

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LAS
COMUNIDADES DE CUATRO SEMINARIOS
ESPAÑOLES: ALCALÁ DE HENARES, TOLEDO,
INTERDIOCESANO DE CATALUÑA Y CARTAGENA
Sala Clementina, sábado 28 de febrero de 2026

Es peligroso acostumbrarse a las cosas de Dios sin vivir para Él

Queridos hermanos en el episcopado, Eminencia, sacerdotes, seminaristas y familiares:

El seminario es siempre un signo de esperanza para la Iglesia; de ahí que encontrarme con vosotros —tanto con quienes estáis recorriendo esta etapa como con quienes tenéis la responsabilidad de acompañarla— sea para mí un motivo de verdadera alegría.

Podría hablar de muchos aspectos importantes para vuestra formación, sobre los que ya he tenido ocasión de escribir en la carta que envié al Seminario de San Carlos y San Marcelo en Trujillo, Perú —institución de la que formé parte durante varios años—, y que os animaría a leer cuando tengáis ocasión. Pero hoy quisiera centrarme en algo que sostiene silenciosamente todo lo demás y que, precisamente por eso, corre el riesgo de darse por supuesto sin ser cultivado: el tener una mirada sobrenatural de la realidad.

Hay una frase del autor Chesterton que puede servir como clave de lectura de todo lo que quisiera compartir con vosotros: “Quitad lo sobrenatural y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural” (cf. *Heretics*, VI). El hombre no está hecho para vivir cerrado en sí mismo, sino en relación viva con Dios. Cuando esa relación se oscurece o se debilita, la vida comienza a desordenarse desde dentro. Lo antinatural no es sólo lo

escandaloso, basta con vivir prescindiendo de Dios en lo cotidiano, dejándolo al margen de los criterios y de las decisiones con los que se afronta la existencia.

Y, si esto es cierto para todo cristiano, lo es de un modo particularmente serio en el camino de formación hacia el sacerdocio. ¿Qué podría haber más antinatural que un seminarista o un sacerdote que habla de Dios con familiaridad, pero vive interiormente como si su presencia existiera sólo en el plano de las palabras, y no en el espesor de la vida? Nada sería más peligroso que acostumbrarse a las cosas de Dios sin vivir de Dios. Por eso, en el fondo, todo comienza —y vuelve siempre— a la relación viva y concreta con Aquel que nos ha elegido sin mérito nuestro.

Tener visión sobrenatural no significa huir de la realidad, sino aprender a reconocer la acción de Dios en lo concreto de cada jornada; una mirada que no se improvisa ni se delega, sino que se aprende y se ejercita en lo ordinario de la vida. Precisamente por eso, si la visión sobrenatural es tan decisiva para la vida cristiana a mayor razón lo es para quien actuará in persona Christi, y ya desde la etapa formativa merece ser custodiada con especial atención, porque es el principio que da unidad a todo lo demás.

Esta mirada creyente de la realidad necesita traducirse cada día en opciones concretas de vida; de lo contrario, incluso las prácticas intrínsecamente buenas —como el estudio, la oración, la vida comunitaria— pueden vaciarse interiormente y desnaturalizarse, volviéndose mero cumplimiento. Un modo sencillo y probado para custodiar esta mirada es ejercitarse en la práctica de la presencia de Dios, que mantiene el corazón despierto y la vida constantemente referida a Él.

La Sagrada Escritura expresa esta verdad con una imagen sencilla en el salmo primero, cuando describe al justo como «un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo y cuyas hojas no se marchitan» (v. 3). No es fructuoso por la ausencia de dificultades, sino por el lugar donde ha echado raíces. El viento, el invierno, la sequía o la poda forman

parte de su crecimiento, pero ni la tormenta ni la aridez lo destruyen cuando sus raíces son profundas y están cerca de la fuente. La misma Escritura conoce, sin embargo, la paradoja de la higuera que no da fruto pese al cuidado recibido (cf. Lc 13,6-9). Se dice que los árboles “mueren de pie”: permanecen erguidos, conservan la apariencia, pero por dentro ya están secos. Algo semejante puede ocurrir en la vida del seminarista o de un seminarista —y más tarde en la vida de un sacerdote— cuando se confunde la fecundidad con la intensidad de las actividades o con el cuidado meramente exterior de las formas. La vida espiritual no da fruto por lo que se ve, sino por lo que está profundamente arraigado en Dios. Cuando esa raíz se descuida, todo acaba secándose por dentro, hasta que, silenciosamente, se termina por “morir de pie”.

En el fondo, la mirada sobrenatural nace de lo más sencillo y decisivo de la vocación: estar con el Maestro. Jesús llamó a los que quiso «para que estuvieran con Él» (Mc 3,14). Ese es el fundamento de toda formación sacerdotal, permanecer con Él y dejarse formar desde dentro; ver a Dios actuar y reconocer cómo Él obra en la propia vida y en la de su pueblo. Por eso, aunque los medios humanos, la psicología y las herramientas formativas sean valiosos y necesarios, no pueden sustituir esta relación. El verdadero protagonista de este camino es el Espíritu Santo, que configura el corazón, enseña a corresponder a la gracia y prepara una vida fecunda al servicio de la Iglesia. Todo comienza ahora, en lo ordinario de cada día, allí donde cada uno decide si permanece con el Señor o intenta sostenerse sólo en sus propias fuerzas.

Queridos hijos, os agradezco, en nombre de la Iglesia, la generosidad de haber decidido seguir al Señor. Hacedlo siempre con la certeza de que no camináis solos: Cristo os precede, María Santísima os acompaña y la Iglesia entera os sostiene con su oración. Finalmente quiero agradecer de manera especial a todas las familias aquí presentes. Confiados entonces en esta certeza, avanzad con paz y con fidelidad. Que el Señor os bendiga. Muchas gracias.

